

Hermann Hesse

En el balneario

EN EL BALNEARIO

NOTAS DE UN TRATAMIENTO EN BADEN

EN EL BALNEARIO

En cuanto mi tren se detuvo en la estación de Baden, en cuanto me apeé del vagón con ciertas dificultades, el encanto de Baden se dejó sentir. En pie sobre el húmedo suelo de cemento del andén, espionando la llegada del mozo del hotel, vi bajar del mismo tren en que yo llegara a tres o cuatro colegas ciáticos, claramente reconocibles como tales por la temerosa tensión del trasero, el paso inseguro y las muecas de dolor y desamparo con que acompañaban sus cautelosos movimientos. Cada uno de ellos tenía su especialidad, su propia variedad de la dolencia, y por consiguiente, su propio modo de caminar, de vacilar, de moverse, de cojear y también sus propias y especiales muecas, pero predominaba el denominador común y los reconocí a la primera mirada como ciáticos, como hermanos, como colegas. Quienquiera que conozca las tretas del nervio ciático, no por el libro de texto, sino por propia experiencia, llamada por los médicos «sensación subjetiva», las reconoce en seguida. Me quedé quieto, contemplando a estas personas marcadas. Y he aquí que las tres o cuatro teman peor cara que yo, se apoyaban con mayor firmeza en sus bastones, contraían más sus nalgas temblorosas, posaban en el suelo las suelas de sus zapatos con más miedo e indecisión que yo, como si todos sufrieran más, fuesen más pobres, más enfermos, más dignos de lástima que yo, y esto me hizo un bien extraordinario y continuó siendo durante mi cura en Baden un consuelo permanente e inagotable: ¡el hecho de que a mi alrededor la gente cojeara, la gente caminara inclinada, la gente suspirara, fuera en sillas de ruedas y estuviera mucho más enferma que yo, y con muchos menos motivos para el buen humor y la esperanza! Yo había encontrado ya en el primer minuto uno de los mayores misterios y hechizos de todos los balnearios, y sorbí mi descubrimiento con verdadera fruición: la hermandad en el sufrimiento, el *socios habere malorum*.

Y cuando abandoné el andén y emprendí una placentera y suave marcha por el camino que conducía al valle del balneario, cada paso me confirmó y acrecentó la valiosa experiencia: los bañistas aparecían por doquier, sentados con expresión de cansancio y algo encorvados en bancos colocados sobre el césped o cojeando y charlando en grupo. Pasó una mujer en una silla de ruedas, con una sonrisa de fatiga y una flor medio marchita en su mano enfermiza, y detrás de ella, empujándola, una esplendorosa enfermera. Un caballero anciano salió de una de las tiendas en que los reumáticos compran sus postales, ceniceros y pisapapeles (necesitan mucho de estos últimos y nunca pude averiguar la razón), y este anciano caballero que salió de la tienda empleó un minuto para cada escalón y contempló el camino que tenía delante como un hombre cansado e inseguro contempla una difícil misión que le ha sido impuesta. Un hombre más joven, con una gorra militar de color grisverde sobre la

hirsuta cabeza, se impulsaba hacia delante ayudado por dos bastones, enérgica y laboriosamente. ¡Ay, esos bastones, que aquí se veían por doquier, esos malditos bastones de enfermo con puntera de goma que se adherían al asfalto como ventosas! Cierto es que también yo usaba bastón, un delicado bastón de Malaca cuya ayuda me era muy valiosa; sólo por necesidad hubiera prescindido de él, ¡pero nadie me había visto nunca con uno de esos tristes bastones de goma! Sí, era evidente y todos debían advertir mi rapidez y agilidad al bajar por este agradable camino, mi aire juguetón al usar el bastón de Malaca, un puro elemento decorativo, un mero ornamento, lo poco que se notaba en mí la característica de los enfermos de ciática, esa temerosa tensión del muslo que yo apenas esbozaba, y en general mi forma airosa de bajar por este camino, mi juventud y energía en comparación con todos estos hermanos y hermanas más viejos, más enfermos, más dignos de lástima, cuya decrepitud se ofrecía a la vista tan inconfundible y despiadadamente. Mi aprobación y afirmación de mí mismo crecían a cada paso, me sentía casi sano, por lo menos infinitamente más sano que todos estos pobres seres. Si estos cojos y semilisiados, estas gentes con bastón de goma esperaban curarse, si Baden podía ayudarlos incluso a ellos, entonces mi pequeña e incipiente dolencia desaparecería aquí como la nieve bajo el viento cálido de las montañas, y el médico descubriría en mí a un ejemplar único, a un fenómeno extremadamente agradecido, a un pequeño milagro de la curación.

Miraba amistosamente a estas estimulantes figuras, lleno de compasión y simpatía. De una pastelería salía ahora una mujer anciana que al parecer había renunciado hacía tiempo a la pretensión de ocultar sus achaques, no se permitía el menor movimiento reflejo, recurría a todos los alivios imaginables, a todas las posibilidades de una musculatura auxiliar, y en consecuencia realizaba ejercicios gimnásticos, se balanceaba y vacilaba abriéndose paso por la calle como una morsa, sólo que más lentamente. Mi corazón la acogió con alegría, ensalcé a la morsa y ensalcé a Baden y a mi buena suerte. Me veía rodeado de colegas y competidores a los que yo llevaba una gran ventaja. ¡Qué buena idea haber venido aquí tan a tiempo, en la primera fase de una ligera ciática, a los primeros y débiles síntomas de una incipiente gota! Me volví, apoyado en mi bastón, y durante largo rato seguí con la mirada a la morsa, lleno de ese conocido sentimiento de bienestar que nos demuestra que el lenguaje aún no ha encontrado expresiones para ciertos estados psíquicos, pues elementos lingüísticos contrastantes como satisfacción en el mal ajeno y compasión están aquí íntimamente ligados. ¡Dios mío, pobre mujer! ¡Hasta qué extremos podía uno llegar!

Pero ni siquiera en este momento entusiasta de vitalidad renovada, ni tampoco durante la dulce euforia de esta hora feliz callaron del todo en mi interior aquellas voces inoportunas que oímos tan de mala gana y que tanto necesitamos, las voces de la razón, y ellas me hicieron notar, en su tono tranquilo, frío y desagradable, que la

fuente de mi consuelo era un completo error, un método falso, que yo, el literato de cojeo insignificante que apenas se apoyaba en su bastón de Malaca, al compararme agradecido con todas las figuras desgarbadas y de cojeo pronunciado, olvidaba tener en cuenta la interminable escala de síntomas que existía más allá de mi persona y no me fijaba en absoluto en las figuras que eran más jóvenes, más ágiles, más robustas y más sanas que yo. Mejor dicho, me fijaba en ellas, pero me negaba a introducirlas en la comparación, y durante los dos primeros días llegué a estar primitivamente convencido de que todas aquellas personas que paseaban sin bastón, sin un cojeo perceptible y con rostros satisfechos no eran en modo alguno hermanos y colegas, no eran bañistas y competidores, sino habitantes sanos y normales de la ciudad. El hecho de que pudiera haber enfermos de ciática que caminasen sin bastón y sin movimientos convulsivos, de que hubiera muchos artríticos en los cuales nadie ni siquiera un psicólogo, pudiera advertir su dolencia al verles pasar por la calle, de que yo, con mi paso ligeramente deformado y mi bastón de Malaca, no estuviera en absoluto en las primeras e inofensivas fases de un trastorno del metabolismo, de que no sólo inspirara la envidia de los auténticos cojos y lisiados sino también la compasión burlona de numerosos colegas a los cuales servía de morsa y de consuelo, en resumen, el hecho de que yo, con mi atenta observación y comparación de los grados de la dolencia, no estuviera realizando una investigación objetiva sino haciéndome ilusiones optimistas, fue algo que no comprendí hasta pasados varios días de un modo lento e inevitable.

Pues bien, saboreé a conciencia la felicidad del primer día, me entregué a orgías de ingenua inseguridad en mí mismo, y no me arrepiento de ello. Atraído por las figuras de mis colegas bañistas, de mis hermanos más enfermos, halagado por la vista de todas las personas que cojeaban, movido a una alegre compasión y a una piadosa complacencia por cada silla de ruedas que se cruzaba en mi camino, bajaba yo a paso lento por la carretera, esta carretera tan cómoda y tan sabiamente trazada por la que se conduce hasta los baños a los huéspedes llegados a la estación, y que con curvas suaves y pendiente agradable y uniforme lleva a los antiguos baños y allí, como un río que se infiltra, se pierde ante la entrada del balneario. Lleno de esperanzas y buenos propósitos me iba aproximando al Heiligenhof, donde tenía intención de alojarme. Era cuestión de resistir aquí de tres o cuatro semanas, bañarme diariamente, pasear cuanto me fuera posible y alejar de mí toda emoción y preocupación. Quizá llegara a ser algo monótono de vez en cuando, no transcurriría sin aburrimiento, porque aquí se imponía lo contrario de la vida intensiva, y para mí, el viejo solitario a quien repugna la vida gregaria de los hoteles, significaría vencer algunos obstáculos y realizar no pocos esfuerzos. Pero no cabía duda de que esta vida nueva y totalmente insólita para mí contendría también, pese a sus aspectos algo burgueses e insípidos, experiencias alegres e interesantes, pues ¿acaso no me hacía verdadera falta, tras años

enteros de vida pacífica y solitaria en el campo, consagrada al estudio, una temporada de convivencia entre los hombres? Y, lo más importante: al otro lado de los obstáculos, al otro lado de estas semanas de tratamiento que ahora se iniciaban, estaba el día en que subiría por esta misma carretera, abandonaría este hotel, curado y rejuvenecido, con rodillas y caderas de movimientos elásticos, me despediría del balneario y a paso cadencioso me dirigiría a la estación por este bonito camino.

Fue una lástima que empezara a llover en el preciso momento en que entraba en el Heiligenhof.

—No nos trae usted buen tiempo —me saludó sonriendo la amabilísima señorita del mostrador de recepción.

—No —contesté, desorientado.

¿Qué significaba aquello? ¿Acaso soy yo, pensé, quien ha conjurado esta lluvia, la ha creado y la ha traído hasta aquí? El hecho de que la más elemental sensatez hablara en contra de ello no podía exonerar al teólogo y místico que hay en mí. Sí, del mismo modo que destino y alma eran los nombres de un concepto, del mismo modo que yo había elegido hasta cierto punto mi nombre y posición, mi edad, mi rostro, mi ciática, y no podía hacer responsable a todo ello a nadie más que a mí mismo, así tenía que considerar esta lluvia. Estaba dispuesto a aceptar también esta responsabilidad.

Después de comunicarlo así a la señorita y de rellenar una ficha de inscripción, inicié la clase de negociaciones para elegir habitación que el hombre normal no conoce, cuyos horrores ni siquiera sospecha el hombre ingenuo y dichoso y cuya tristeza sólo puede conocer el escritor y ermitaño víctima del insomnio, acostumbrado a la soledad y el silencio absoluto, perdido de pronto en un hotel lleno de extraños.

Para las personas normales, elegir una habitación de hotel es una pequeñez, un acto vulgar y corriente en el que no interviene para nada el afecto y que sólo requiere un par de minutos. Para nosotros, sin embargo, los neuróticos, insomnes y psicópatas, este acto banal fantásticamente sobrecargado de recuerdos, afectos y fobias se convierte en un martirio. El hotelero amable, la simpática empleada de recepción que, atendiendo a nuestro tímido y urgente ruego, nos enseñan y recomiendan su «habitación tranquila», no adivinan la tormenta de asociaciones, de temores, de ironías y reproches que provoca en nosotros esa palabra fatal. ¡Oh, qué bien, o mejor dicho, con qué terrible precisión, con qué detallada exactitud conocemos esta habitación tranquila, este escenario de nuestros más angustiosos sufrimientos, de nuestras más dolorosas derrotas, de nuestra más secreta humillación! ¡Con qué falsedad y alevosía, con qué aspecto demoníaco nos miran estos muebles benévolos, estas alfombras bienintencionadas, estas risueñas paredes de papel pintado! ¡Qué sombría y abrumadoramente hostil se nos antoja la puerta de comunicación con la

habitación contigua, que de modo nefasto se encuentra en la mayoría de estas habitaciones, casi siempre consciente de su perverso papel y por ello vergonzosamente oculta tras una cortina! ¡Con qué dolor y resignación levantamos la vista hacia el techo enjalbegado, que en el momento de la inspección siempre ofrece una sonrisa hueca y maligna y que después, por la noche y por la mañana, retumba con los pasos de los huéspedes del piso superior, ay, y no sólo con los pasos, que por ser conocidos no son los enemigos peores! No, sobre esta superficie blanca e inofensiva resuenan a la hora de la fatalidad, como también a través de las delgadas puertas y paredes, ruidos y vibraciones inesperadas, botas y bastones que caen al suelo, golpes fuertes y rítmicos (que indican los prescritos ejercicios gimnásticos), sillas derribadas, un libro o un vaso que resbala de la mesilla de noche, el traslado de maletas y muebles. ¡Y además las voces, las conversaciones o los monólogos, las toses, las risas, los ronquidos! Y por si esto fuera poco, lo peor de todo, los sonidos desconocidos e inexplicables, todos esos rumores insólitos y fantasmales que no sabemos interpretar, cuyo origen y posible duración no podemos prever, todos esos golpes y crujidos, pataleos, chasquidos, murmullos, resoplidos, libaciones, suspiros, chirridos, picoteos, hervores..., ¡sólo Dios sabe qué orquesta invisible puede ocultarse en los pocos metros cuadrados de una habitación de hotel!

Así pues, la elección de un dormitorio es para nosotros una empresa en extremo delicada, importante y hasta casi imposible, hay que pensar en veinte cosas a la vez, en cien posibilidades. En una habitación hay armario de pared, en otra hay calefacción, en la tercera, un tocador de ocarina puede ser la fuente de sorpresas acústicas. Y como se sabe por experiencia que en ninguna habitación del mundo es posible determinar la existencia de la tan ansiada paz que nos garantice el sueño, como la habitación de aspecto más tranquilo puede ocultar sorpresas (¿acaso no había vivido ya en un solitario cuarto para la servidumbre en el quinto piso, a fin de asegurarme de que ningún vecino alteraría mi paz, para encontrar, en vez de un ruidoso coetáneo, una buhardilla infestada de ratas?), ¿no sería mejor acabar renunciando a toda elección, tirarse sencillamente de cabeza en brazos del destino y dejar decidir a la casualidad? En lugar de atormentarse y afligirse, sólo para rendirse a lo inevitable pocas horas después, triste y decepcionado, ¿no sería más inteligente dar carta blanca al ciego azar y aceptar la primera habitación que nos ofrecen? Sí, no hay duda de que sería más inteligente. Sin embargo, no lo hacemos, o lo hacemos muy raramente, porque si la inteligencia y la evitación de emociones dirigieran todos nuestros actos, ¿cómo sería nuestra vida? ¿Acaso ignoramos que nuestro destino es innato e ineludible, y pese a ello nos aferramos esperanzados a la ilusión de la elección, del libre albedrío? ¿No podría cada uno de nosotros, cuando elige al médico para su enfermedad, su profesión y lugar de residencia, su amante o su novia, dejarlo todo, tal vez con mayor éxito, a la pura casualidad, cuando, por el contrario, opta por

la elección y dedica a todas estas cosas gran cantidad de pasión, de esfuerzos, de inquietudes? Quizá lo hiciera ingenuamente, con entusiasmo infantil, creyendo en su poder, convencido de que puede influenciar al destino; pero también es posible que llegue a hacerlo con escepticismo, profundamente convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, pero igualmente convencido de que la acción, las ambiciones, la elección y el sufrimiento son más hermosos, vibrantes, decorosos o al menos divertidos que no inmovilizarse en una pasividad resignada. Pues bien, del mismo modo actúo yo, demente buscador de habitación, cuando pese al profundo convencimiento de la inutilidad y absurda insensatez de mi proceder me enfrasco cada vez en largas negociaciones sobre la elección de mi cuarto, investigando concienzudamente la cuestión de vecinos, puertas, puertas dobles, y todo lo imaginable. Es un juego, un deporte para mí el entregarme cada vez en esta cuestión insignificante y vulgar a la ilusión y a ficticias reglas de juego, como si asuntos de esta índole merecieran una actuación lógica. Mi comportamiento es tan inteligente o tan insensato como el de un niño al comprarse golosinas o el de un jugador que basa sus apuestas en cálculos matemáticos. Sabemos perfectamente que en tales situaciones estamos en manos de la casualidad, y ello no obstante actuamos, por profunda necesidad espiritual, como si la casualidad no existiera y todo en este mundo dependiera de nuestra razón y nuestro gobierno.

Por consiguiente, hablo largo y tendido con la amable señorita acerca de las cinco o seis habitaciones disponibles. Me entero de que junto a una de ellas vive una violinista que practica diariamente durante dos horas; esto ya es algo positivo, sólo se trata de dirigir mi elección hacia el lado más opuesto del cuarto y del piso en que esté situado. Por otra parte, en lo referente a las posibilidades acústicas del hotel gozo de una sensibilidad y percepción que ojalá poseyeran muchos arquitectos. En suma, hice lo necesario, lo sensato, obré cuidadosa y minuciosamente, como ha de obrar un hombre nervioso en la elección de su dormitorio, con el resultado habitual que podría formularse así: «No sirve absolutamente de nada y es seguro que en esta habitación tendré las mismas aventuras y decepciones que en otra cualquiera, pero por lo menos he cumplido con mi deber, me he esforzado, y el resto lo dejo en las manos de Dios». Y simultáneamente, como siempre en tales casos, habló otra voz, más baja, en las profundidades de mi ser: «¿No hubiera sido mejor dejarlo todo en manos de Dios y renunciar a esta comedia?». Oí la voz, como siempre, y al mismo tiempo no la oí, y como de momento estaba de muy buen humor, todo se desarrolló de modo agradable, vi con satisfacción cómo desaparecía mi maleta en el número 65 y pasé de largo, porque era la hora de mi cita con el médico.

Y, ¡oh, sorpresa!, también aquí me fue bien. Ahora ya puedo confesar que esta visita me asustaba un poco, no porque temiera un diagnóstico pesimista, sino porque para mí los médicos pertenecen a la jerarquía espiritual, porque concedo al médico un

rango elevado y porque soporto con dificultad una decepción causada por él, mientras que la tomo muy a la ligera si proviene de un empleado de banca o de ferrocarril, e incluso de un abogado. Espero del médico, sin saber muy bien por qué, un resto de aquel humanismo al que pertenece el conocimiento del griego y el latín y cierta preparación filosófica, y que ya no es necesario en la mayoría de profesiones de la vida actual. En este aspecto, y pese a estar lleno de entusiasmo por lo nuevo y revolucionario, soy totalmente retrógrado, exijo cierto idealismo de las esferas altas y educadas, cierta disposición a la comprensión y al diálogo que esté muy por encima de las ventajas materiales, en suma, un poco de humanismo, aunque sé que este humanismo ya no existe realmente y que incluso sus indicios no se encontrarán dentro de poco más que en los museos de cera.

Tras una corta espera fui introducido en una habitación muy bonita y amueblada con gusto que inmediatamente me inspiró confianza. El médico entró por la puerta de un aposento contiguo donde se había lavado las manos; su rostro inteligente prometía comprensión, y nos saludamos como dos boxeadores civilizados, con un apretón de manos antes del combate. Iniciamos la pelea cautelosamente, estudiándonos el uno al otro, probando con vacilación los primeros golpes. Aún estábamos en terreno neutral, nuestra disputa trataba del metabolismo, la alimentación, la edad y enfermedades anteriores, y parecía totalmente inofensiva; sólo al decir palabras aisladas se cruzaban nuestras miradas, dispuestas a la lucha. El médico tenía en su paleta algunas expresiones del lenguaje secreto de la medicina que yo sólo podía descifrar de modo aproximado, pero que adornaban mucho su disertación y reforzaban sensiblemente su posición con respecto a mí. En todo caso, a los pocos minutos comprendí con claridad que de este médico no había por qué tener aquella horrible decepción que las personas como yo encuentran penoso en los médicos: tropezar, tras una atractiva fachada de inteligencia e instrucción, con una dogmática rígida cuya primera frase postula que el modo de pensar, el criterio y la terminología del paciente son fenómenos subjetivos que para el médico son de un valor puramente objetivo. No, ahora trataba con un médico por cuya comprensión tenía sentido luchar, que no sólo era inteligente como cabía esperar, sino también sabio hasta un grado imposible de determinar al principio, pero lo suficiente para captar la relatividad de todos los valores espirituales. Entre personas cultas y discretas ocurre a cada momento que cada uno de ellos reconoce la mentalidad, el lenguaje, la dogmática y la mitología del otro como un mero intento subjetivo, un mero y fugaz símil. Pero el hecho de que cada uno de ellos reconozca lo propio en sí mismo y conceda tanto a sí propio como a su enemigo el derecho a ser, pensar y hablar como le dicte su conciencia, el hecho, por consiguiente, de que dos personas intercambien ideas entre sí y no olviden ni por un momento la fragilidad de sus herramientas, la ambigüedad de todas las palabras, la imposibilidad de una expresión verdaderamente exacta, y también, en consecuencia,

la necesidad de una entrega intensiva, de una sinceridad mutua y una caballerosidad intelectual, esta situación hermosa, que debería ser natural entre dos seres capaces de pensar, se produce tan raramente que saludamos con ardor cualquier aproximación, cualquier realización aunque sea parcial. Y entonces, hallándome frente al especialista de enfermedades del metabolismo, vislumbré algo parecido a la posibilidad de semejante comprensión e intercambio.

El examen, pendientes aún los resultados del análisis de sangre y las radiografías, fue alentador: corazón normal, respiración excelente, presión arterial muy aceptable; en cambio existían los signos inconfundibles de la ciática, principios de artritis y un estado algo defectuoso de toda la musculatura. Se produjo una pequeña pausa en nuestra conversación mientras el médico volvía a lavarse las manos.

Como era de esperar, en este momento se introdujo el cambio, el terreno neutral fue abandonado y mi interlocutor pasó a la ofensiva con la frase cuidadosamente acentuada y en apariencia indiferente:

—¿No cree usted que sus dolencias puedan tener en parte una causa psíquica?

Lo esperado, lo sabido con antelación se producía por fin. El diagnóstico objetivo no encontraba justificación para mis diversos males, existía un sospechoso exceso de sensibilidad, mi reacción subjetiva a los dolores de la gota no correspondía a la normal prevista, yo debía ser considerado un neurótico. ¡Pues bien, a la lucha!

Con idéntica cautela y como de paso, expliqué que no creía en estados y dolores «determinados psíquicamente», que en mi biología y mitología personal lo «psíquico» no era una especie de factor derivado de lo físico, sino la fuerza primaria, y que yo, por consiguiente, consideraba todos los estados vitales, todos los sentimientos de bienestar y dolor, todas las enfermedades, todos los accidentes y la muerte como psíquicos, como nacidos del alma. Cuando tengo nudos de artritis en las articulaciones de los dedos, es mi alma, es el venerable principio vital, el Algo que hay en mí lo que se expresa con material plástico. Cuando el alma sufre, puede expresarse de muy diversas maneras, y lo que en uno se presenta como ácido úrico y prepara la disgregación de su yo, en otro cumple el mismo objetivo bajo la forma de alcoholismo, y en un tercero se condensa en un trozo de plomo que súbitamente penetra en su cráneo. Entonces admití que la misión del médico ha de limitarse en la mayoría de los casos a buscar los cambios materiales, o sea secundarios, y luchar contra ellos con medios igualmente materiales.

Aun ahora contaba yo con la posibilidad de que el médico no me comprendiera. Por supuesto que no me diría: «Señor mío, lo que usted dice es una idiotez», pero tal vez me dedicara una sonrisa demasiado indulgente, pronunciara una palabra banal sobre la influencia de los estados anímicos, especialmente en un alma de artista, y era posible que además añadiera la palabra fatal «imponderables». Esta palabra es una piedra de toque, una delicada balanza para cocientes intelectuales, que el científico

medio ya ha convertido en «imponderable». Utiliza esta cómoda palabra siempre que se trata de medir y describir las expresiones vitales, para las cuales los aparatos de medición existentes son demasiado burdos y la disposición y capacidad del orador demasiado pequeña. El físico no suele saber mucho, no sabe, por ejemplo, que para los valores fugaces y elusivos, que él llama imponderables, hay métodos de medición y expresión antiguos y muy refinados fuera del ámbito de las ciencias físicas y naturales, y que tanto Tomás de Aquino como Mozart, cada uno en su lenguaje, no han hecho otra cosa que sopesar con inaudita precisión estos llamados imponderables. ¿Podía yo esperar de un médico de balneario, aunque fuese un fénix en su campo, esta delicada sabiduría? Sin embargo, la esperaba de él, y, ¡oh, sorpresa!, no sufrí una decepción. Me comprendió. El hombre reconoció que no veía en la mía una dogmática extraña, sino un juego, un arte, una música en los que ya no cabía ergotismo ni discusión, sólo asentimiento o negativa. Y no negó nada, me comprendió y reconoció, no como poseedor de la razón, naturalmente, lo cual no soy ni quiero ser, sino como un hombre que busca, que piensa, como una antípoda, como un colega de otra facultad, muy apartada de la suya, pero igualmente válida.

Así, mi buen humor, acrecentado ya por el visto bueno de mi presión arterial y respiración, subió hasta el grado máximo. Ya no me importaba lo que ocurriera con la lluvia, mi ciática o el tratamiento, no estaba en manos de los bárbaros, ¡me hallaba frente a un hombre, un colega, de mentalidad elástica, diferente! No es que yo hubiese contado con hablar con él largo y tendido, con dilucidar con él todos mis problemas. No, esto no era necesario, sólo una posibilidad agradable; me bastaba que el hombre a quien consentiría en obedecer durante un tiempo y a quien debía confiarme, poseyera a mis ojos la suficiente madurez humana. No importaba que el médico me considerase hoy un paciente intelectualmente inquieto, pero, por desgracia, un poco neurótico; llegaría el día en que lograría abrir los pisos superiores de mi estructura y mi auténtico credo, mi más íntima filosofía, que entablarían una competición amistosa con los suyos. Quizá incluso ganaría terreno mi teoría del neurótico, basada en Nietzsche y Hamsun, aunque esto no me importaba mucho. El carácter neurótico visto, no como enfermedad, sino como un proceso de sublimación doloroso pero altamente positivo, la idea era bonita. Sin embargo, me parecía más importante vivirla que formularla.

Satisfecho y provisto de numerosas instrucciones para el tratamiento, me despedí del médico. La hoja que me guardé en la cartera y cuyas prescripciones debía empezar a seguir mañana a primera hora, me recomendaba muchas cosas saludables y divertidas: baños, cura de aguas, diatermia, lámpara de cuarzo, gimnasia terapéutica. Estaba claro que no me quedaría mucho tiempo para el aburrimiento.

El hecho de que la velada de mi primer día de balneario transcurriera de modo hermoso y amable y alcanzara su culminación, se lo debo al dueño de mi hotel. La

cena, que ante mi asombro resultó ser un banquete de gran estilo, se compuso de platos tan agradables para el paladar y que yo no probaba desde hacía años como *gnocchi* con hígado de pollo, estofado irlandés y helado de fresa. Más tarde me senté con mi anfitrión ante una robusta mesa de nogal y una botella de vino tinto, y nuestra animada conversación en la hermosa y antigua cervecería me deparó el gozo de encontrar un eco en un hombre desconocido, de otra procedencia, otra profesión, otras ambiciones y otro modo de vida, el gozo de poder participar en sus preocupaciones y alegrías y el de ver compartidas por él muchas de mis opiniones. No nos cantamos mutuamente ningún himno, pero no tardamos en hallar puntos de vista comunes y nos hablamos el uno al otro con la franqueza que fácilmente se convierte en simpatía.

Durante un corto paseo antes de irme a dormir vi las estrellas reflejadas en los charcos de lluvia y vi dos viejos árboles extraordinariamente hermosos en la orilla del río, cuyas aguas rumoreaban con estrépito bajo el viento nocturno. Los árboles seguirían siendo hermosos por la mañana, pero en este momento tenían la belleza mágica e irrepetible que procede de nuestra propia alma y que, según los griegos, sólo resplandece en nosotros cuando Eros nos ha dirigido su mirada.

UN DÍA CUALQUIERA

Al disponerme a describir el curso habitual de un día de balneario, elijo para mayor equidad un día del montón, un día sin carácter extremo, un día normal de sol y nubes, sin acontecimientos especiales en el exterior ni presagios o hechizos especiales en el interior. Porque aquí existen, como es natural, y no sólo para literatos nerviosos, sino para el conjunto de ciáticos, sea cual fuere la fase de su tratamiento, días llenos de achaques y depresiones y días suaves y ligeros, llenos de bienestar y de esperanza renovada, días en que damos brincos y días en que nos arrastramos, angustiados o permanecemos en la cama, perdida toda esperanza.

Pero por mucho que me esfuerce en la descripción de un día cualquiera, de un día normal y corriente, no podré ahorrarme una confesión que me resulta penosa, porque cualquier día, incluso un día de balneario, empieza con una mañana. Probablemente se trata de mi mayor vicio y deficiencia, el sueño difícil, y no cabe duda de que corresponde en todos los aspectos a mi modo de ser, mi filosofía, mi temperamento y mi carácter el hecho de que nunca sé cómo enfocar esa mañana ensalzada por tantos y tan maravillosos poemas. Es una vergüenza y me cuesta confesarlo, pero, ¿qué sentido tendría escribir si no existiera el propósito de decir la verdad? La mañana, esa hora famosa de frescura, iniciación, impulso joven y alegre, es fatal para mí, penosa y molesta; no nos gustamos mutuamente. Esto no quiere decir que me falte comprensión, sensibilidad frente a ese resplandeciente gozo matutino que suena tan claro y evocador en muchas poesías de Eichendorff y Mörike; encuentro poética la mañana en versos, pinturas y también en el recuerdo, y desde la infancia nunca me ha abandonado una vaga remembranza del fresco aire matutino, aunque hace ya muchos años que ni una sola mañana me ha inspirado alegría. Incluso en la alabanza más armoniosa que conozco del aire fresco de la mañana, la composición de Wolf sobre un verso de Eichendorff, *La mañana es mi alegría*, oigo sonar a lo lejos una nota falsa, pues por muy maravillosamente que suene, y por mucho que me convenza el ánimo matutino de Eichendorff, me es imposible creer del todo en la alegría de Hugo Wolf, y encuentro su glorificación de la mañana melancólica, nostálgica y poco sentida. Todo lo que hace de mi vida un problema difícil y precario, sí, incluso peligroso, habla en voz más alta por la mañana, se me presenta con proporciones exageradas. Todo lo que vuelve mi vida dulce, hermosa y extraordinaria, toda la gracia, todo el encanto, toda la música, se aleja de mí por la mañana y casi se pierde de vista, casi se convierte en una saga o una leyenda. De la tumba poco profunda que es mi sueño, superficial, breve y con frecuentes interrupciones, me levanto sin el menor asomo de un sentimiento de resurrección, aturdido, cansado, pusilánime, sin ninguna protección ni coraza contra el mundo circundante, que comunica todos sus

ruidos y oscilaciones a mis sensibles nervios matutinos como a través de un potente megáfono. La vida no vuelve a ser tolerable y buena hasta el mediodía y la tarde y la noche llegan a ser en los días felices incluso maravillosas, resplandecientes, flotantes, bañadas por una luz tenue, llenas de ley y armonía, de hechizo y de música, y me desquitan sobradamente de mil horas malas.

Diré eventualmente en otro lugar por qué la falta de sueño y esta desazón matinal me parecen no sólo una enfermedad sino también un vicio, por qué me avergüenzo de ellas y, sin embargo, siento que así debe ser, que no debo negarlas ni olvidarlas ni «curarlas» desde fuera porque las necesito como impulso y aguijón siempre renovado para mi propia vida y su misión.

El día en el balneario de Baden tiene para mí una ventaja sobre los días de la vida ordinaria: durante el tratamiento, todos los días empiezan con un deber importante y primordial, y este deber es fácil e incluso agradable de cumplir. Me refiero al baño. Cuando me despierto por la mañana, no importa la hora que sea, mi primera y más importante ocupación no es algo fastidioso, no es vestirme ni hacer gimnasia ni afeitarme ni leer el correo, sino el baño, una tarea tranquila, cómoda y sin dificultades. Con una ligera sensación de mareo me incorporo en el lecho, pongo de nuevo en movimiento las piernas entumecidas con algunos ejercicios cautelosos, me levanto, me echo la bata sobre los hombros y camino lentamente por la penumbra del pasillo silencioso hasta el ascensor, que me conduce al sótano donde se encuentran las celdas de baño. Aquí abajo se está muy bien. Bajo las bóvedas de piedra, muy antiguas, que resuenan suavemente, reina siempre un calor tibio y maravilloso pues por doquier brota el agua caliente de los manantiales; la sensación cálida y agradable de estar en una cueva me sobrecoge aquí todos los días, como cuando de niño me construía una cueva con una mesa, dos sillas y una sábana o alfombra. En la celda que tengo reservada me espera la pila hundida en el suelo, llena del agua caliente que brota sin cesar del manantial, entro en ella lentamente, bajando dos escalones de piedra, doy la vuelta al reloj de arena y me sumerjo hasta la barbilla en el agua bienhechora, que huele ligeramente a azufre. Muy por encima de mí, por una ventana de cristales mate, se filtra hasta la bóveda de cañón de mi celda, que me recuerda mucho una celda conventual, la luz tenue del día; allí arriba, un piso sobre mi cabeza y detrás del vidrio opalino, el mundo parece remoto y lechoso, ninguno de sus ruidos llega hasta mí. Y a mi alrededor flota el calor del agua misteriosa, que mana desde hace mil años de desconocidos hornos de la tierra y fluye en mi baño con chorro delgado y continuo. Se me ha recomendado que mueva mucho en el agua todos mis miembros y realice ejercicios gimnásticos y de natación. Obedezco dócilmente durante unos minutos, pero luego me quedo inmóvil, cierro los ojos y casi me duermo mientras contemplo la lenta e incesante lluvia de arena del reloj.

Una hoja marchita, barrida por el viento a través de la ventana, una hoja pequeña

de un árbol cuyo nombre no se me ocurre, yace al borde de mi bañera. La observo, leo la escritura de sus nervios y venas, respiro la notable advertencia de la caducidad, ante la cual temblamos y sin la cual, no obstante, nada sería hermoso. ¡Maravilloso el modo en que la belleza y la muerte, el placer y la caducidad se desafían y condicionan mutuamente! Veo claramente en mi torno y en mi interior, como si fuera algo material, la frontera entre la naturaleza y el espíritu. Del mismo modo que las flores son caducas y hermosas, y el oro imperecedero y aburrido, también son todos los movimientos de la vida natural caducos y hermosos, e imperecedero y aburrido el espíritu. En este momento lo rechazo, no lo veo en absoluto como vida eterna, sino como muerte eterna, como algo inmóvil, estéril, informe, que sólo puede adquirir forma y vida mediante el abandono de su inmortalidad. El oro debe convertirse en flor, el espíritu en cuerpo y alma para poder vivir. No, en esta tibia hora de la mañana, entre un reloj de arena y una hoja marchita, no quiero saber nada del espíritu que en otros momentos soy capaz de venerar; quiero ser caduco, quiero ser niño y flor.

Y tras media hora de flotar en el caliente raudal, el momento de ponerme derecho me ratifica que soy caduco. Toco el timbre para que venga el enfermero que acude y me prepara una toalla recién calentada. Y ahora salgo del agua y la sensación de caducidad me recorre todos los miembros, pues estos baños fatigan mucho, y cuando quiero levantarme después de un baño de treinta o cuarenta minutos, las rodillas y los brazos me obedecen con lentitud. Una vez fuera de la pila, me echo la toalla sobre los hombros, quiero secarme con fuerza, hacer un par de movimientos enérgicos para reanimarme, pero no puedo, me desplomo en la silla, me siento un viejo de doscientos años y tardo mucho rato en poder levantarme, ponerme de nuevo la camisa y la bata y echar a andar.

Camino lentamente, con rodillas débiles, bajo las silenciosas bóvedas; detrás de las puertas de algunas celdas el agua susurra, fluyendo hacia el manantial de azufre que, bajo cristal y entre rocas amarillentas, hierve y burbujea. Acerca de este manantial se cuenta una historia enigmática. En el borde de su cuenca rocosa hay siempre dos vasos de agua a disposición de los huéspedes, o mejor dicho, ya que en esto consiste precisamente la historia, los vasos no están y los huéspedes, al acudir sedientos al manantial, deben rendirse a la evidencia de que ambos vasos han desaparecido una vez más. Entonces menean la cabeza, en la medida que puede hacerlo un huésped del baño, llaman a un empleado, aparece un camarero, un mozo, una doncella o el ascensorista, y todos menean igualmente la cabeza y no comprenden dónde pueden haber ido a parar estos misteriosos vasos. A toda prisa llegan cada vez con otro vaso, el huésped lo llena, lo apura, lo coloca sobre la roca y se va, y cuando vuelve al cabo de dos horas para beber otro sorbo, el vaso ha vuelto a desaparecer. Los empleados, para quienes esta enigmática historia de los vasos significa un fastidio y mucho trabajo adicional, tienen todos su propia explicación

para la desaparición de los vasos, pero ninguna de ellas es del todo convincente. El ascensorista, por ejemplo, opina ingenuamente que los huéspedes se llevan los vasos a su habitación. ¡Como si las camareras no pudieran encontrarlos allí todos los días! En suma, el asunto aún no ha sido aclarado, y yo tuve que ir ocho o diez veces en busca de un vaso. Teniendo en cuenta que en nuestro hotel hay unos ochenta huéspedes y que estos bañistas son personas serias y de cierta edad, aquejadas de gota y reumatismo, que no se dedicarían a robar vasos, he de suponer que o bien se trata de un coleccionista patológico o de un ser infrahumano, un demonio o un dragón del manantial, que se lleva los vasos tal vez para castigar a los hombres por la explotación del manantial, y quizá algún día una persona nacida con buena estrella encontrará en las bóvedas del sótano la entrada de un pozo escondido donde habrá verdaderas montañas de vasos, pues según mis minuciosos cálculos, en un solo año deben desaparecer por lo menos dos mil.

En este manantial me lleno yo ahora un vaso y bebo el agua caliente con placer. Casi siempre vuelvo a sentarme y después me resulta difícil decidirme a emprender de nuevo la marcha. Me arrastro hasta el ascensor, con el cerebro lleno de ideas agradables sobre el deber cumplido y el descanso bien ganado, pues con el baño y el vaso de agua he obedecido efectivamente las prescripciones más importantes del día. Sin embargo, todavía es temprano, todo lo más las siete o las siete y media, aún faltan muchas horas para el mediodía, y lo daría todo, si conociera el hechizo apropiado, por transformar las horas de la mañana en horas vespertinas.

En todo caso y por lo pronto vuelven a acudir en mi ayuda las reglas del tratamiento, que después del baño me ordenan meterme de nuevo en cama. Esto conviene mucho a mi soñoliento cansancio, pero a esta hora ya hace rato que ha comenzado la vida en el hotel, el suelo cruje bajo los pasos apresurados de las doncellas y camareras que sirven los desayunos, y las puertas se abren y cierran con estrépito. Ya es imposible pensar en dormir, si no es por unos minutos, ya que no se han inventado todavía las antífonas que protejan realmente el despierto y refinado oído del insomne.

Pese a ello es agradable acostarse de nuevo, cerrar de nuevo los ojos y no pensar todavía en la serie de actos necios que nos exige la mañana: la necesidad de vestirse, la necesidad de afeitarse, la necesidad de anudarse la corbata, de decir buenos días, de leer el correo, de decidirse por alguna actividad, de reanudar toda la mecánica de la vida.

Mientras tanto continúo tendido en la cama, oigo a mis vecinos de habitación reír, lamentarse, gargarizar, oigo sonar el timbre del pasillo y correr al personal, y pronto me convengo de que es inútil seguir aplazando lo inevitable. ¡Arriba, pues, pajarito, a comer! Me levanto, me lavo, me afeito, ejecuto todas las complicadas evoluciones necesarias para ponerme la ropa y calzarme los zapatos, me estrangulo con el cuello de la camisa, meto el reloj en el bolsillo del chaleco, me adorno con las gafas, todo

con la sensación del presidiario que conoce desde hace décadas el orden de estos actos obligatorios y sabe que esto durará mientras él viva, que nunca tendrá fin.

A las nueve aparezco en el comedor, huésped pálido y silencioso, me siento ante mi pequeña mesa redonda, saludo sin palabras a la bonita y alegre muchacha que me trae el café, unto un panecillo con mantequilla y me meto otro en el bolsillo, abro los sobres que están sobre la mesa, engullo el desayuno, guardo las cartas en el bolsillo de la chaqueta, veo en el pasillo a un huésped que se aburre y desea charlar conmigo, por lo que me sonrío ya desde lejos, e incluso empieza a hablar, para colmo en francés, y yo lo esquivo corriendo, murmuro «perdón» y me precipito a la calle.

Aquí, en el jardín del balneario o en el bosque consigo el deseado aislamiento que me permite vencer totalmente a la mañana. A veces logro trabajar, es decir, sentado en un banco de espaldas al sol y a la gente, escribir las ideas que aún no me han abandonado desde la noche anterior. En general me dedico a pasear, y entonces me alegro de llevar el panecillo en el bolsillo, pues una de mis mejores alegrías matutinas (la expresión es exagerada) consiste en desmigajar el pan y alimentar con él a los numerosos paros y pinzones. Al hacerlo no me acuerdo de que en Alemania, a pocos kilómetros de aquí, no hay pan blanco como éste ni en la mesa de la gente rica, y de que miles de personas carecen totalmente de pan. Niego a este pensamiento tan próximo la entrada en mi conciencia, y a menudo esta negativa me cuesta un gran esfuerzo.

Bajo el sol o la lluvia, trabajando o paseando, consigo de algún modo liquidar la mañana, y entonces llega el momento culminante del día en el balneario, el almuerzo. Puedo asegurar que no soy ningún glotón, pero esta hora es solemne e importante incluso para mí, que conozco los goces del espíritu y el ascetismo. Pero este punto exige una consideración más detenida.

Como ya he apuntado en el prólogo, es propio del temperamento y modo de pensar del reumático y artrítico maduro barruntar la imposibilidad de comprender el mundo de forma Rectilínea, respetar las antinomias y ver la necesidad de contrastes y contradicciones. La vida en el balneario de Baden, siempre sin rozar sus profundas implicaciones filosóficas, da expresión a muchas de estas contradicciones con admirable eficacia. Aquí podría encontrarse gran número de tales símiles, pero yo, eligiendo algo muy banal, pondré como ejemplo los numerosos bancos que en Baden están colocados por doquier: invitan a sentarse y descansar a todos los bañistas de frecuente fatiga y piernas inseguras, los cuales aceptan gustosos tan amable insinuación. Pero apenas un minuto después de sentarse, el bañista, horrorizado, se pone en pie de un salto, pues el filantrópico constructor de todos estos bancos, un profundo e irónico filósofo, ha hecho los asientos de hierro, y el ciático que se sienta en ellos nota una aniquiladora frialdad en la parte más sensible de su cuerpo enfermo, de la que el instinto le impulsa a escapar inmediatamente. El banco le recuerda así su

necesidad de descanso, y un minuto después le advierte con idéntica claridad que el movimiento es la fuente de la vida y que las articulaciones anquilosadas necesitan más ejercicio que reposo.

Pueden encontrarse muchos ejemplos como éste. Pero el espíritu de Baden, que siempre se mueve en antítesis, tiene su expresión más monumental en el comedor, a las horas de comer y cenar. En él se sientan docenas de personas enfermas, todas las cuales han traído consigo su gota o su ciática, todas ellas venidas a Baden con el exclusivo propósito de hallar una posible cura para sus males. Cualquier filosofía práctica, sencilla y puritana aconsejaría encarecidamente a estos enfermos y bañistas, apoyándose en claras y sencillas enseñanzas de la química y la fisiología, una alimentación espartana, sin carne y sin alcohol, cuando no una cura de ayuno. Sin embargo, en Baden no se piensa con tanta sencillez y parcialidad, sino que Baden es desde hace siglos tan famoso por su cura de aguas como por su exquisita y opípara cocina, y es un hecho que en el país hay pocos hoteles y fondas donde la gente coma tan bien y con tanta abundancia como en Baden los enfermos del metabolismo. Allí se mojan con Dezalet los jamones más delicados y con Burdeos los más lujosos Schnitzel, entre la sopa y el asado se sirve la más sabrosa trucha y a los suculentos platos de carne siguen maravillosos pasteles, budines y cremas.

Autores anteriores han intentado explicar de diversas maneras esta antiquísima peculiaridad de Baden. Comprender y aprobar la alta cocina local es fácil: cada uno de los mil bañistas lo hacen dos veces por día; explicarla es más difícil, porque las causas son de naturaleza muy compleja. En seguida nombraré una de las más importantes, pero antes me gustaría rechazar de plano todos esos argumentos racionalistas que se oyen tan a menudo. Se oye decir, por ejemplo, a pensadores vulgares que la buena comida de Baden, tan en contradicción con los verdaderos intereses de los bañistas, se ha ido perfeccionando a lo largo de los años y se debe a la competición entre los diversos hoteles del balneario, pues ya que Baden es conocido desde hace siglos por su excelente comida, cada hotelero tiene el empeño de no ir a la zaga de sus competidores. Esta argumentación tan barata y superficial no resistiría ningún análisis, aunque sólo fuera porque elude el problema en sí y pretende soslayar la cuestión del origen de la buena cocina de Baden con la mención de la tradición y el pasado. ¡Menos aún puede convencernos la absurda idea de que la buena comida se debe a la codicia de los hoteleros! ¡Como si algún propietario de hotel tuviese interés en aumentar lo más posible sus gastos de carnicería, panadería y pastelería, y precisamente aquí en Baden, donde todos los hoteleros disponen de un imán para atraer huéspedes, de una grande e inagotable atracción que ha estado en el sótano durante siglos en forma de manantial de aguas minerales!

No, tenemos que profundizar mucho más para dar una teoría a este fenómeno. El secreto no reside en las costumbres y tradiciones del pasado ni en el cálculo de los

hoteleros: se Oculta en los cimientos de la estructura del mundo como una de las numerosas y eternas antinomias. Si la comida de Baden fuese tradicionalmente pobre y escasa, los hoteleros podrían ahorrar dos tercios de sus gastos y tener igualmente llenos sus establecimientos, porque la gente no viene aquí por la comida, sino obligada por las contracciones de su nervio ciático. Pero supongamos, a título de prueba, que en Baden se viviera de modo racional, luchando contra el ácido úrico y la esclerosis no sólo con baños, sino también con abstinencia y ayunos; ¿cuál sería la probable consecuencia? Los bañistas recobrarían la salud, y al cabo de poco tiempo no quedaría en el país ningún caso de ciática, la cual, como todas las formas de la naturaleza, tiene derecho a existir y a durar. Los baños serían superfluos y los hoteles tendrían que desaparecer. E incluso aunque no se diera importancia a este último perjuicio o pudiera convertirse en ventaja, la falta de gota y ciática en el plano mundial, el despilfarro de los magníficos manantiales no significaría ninguna mejora para el mundo, sino todo lo contrario.

A esta argumentación más bien teológica sigue la psicológica. ¿Quién de nosotros, los bañistas, querría soportar ayunos y mortificaciones además de los baños y masajes, la ansiedad y el aburrimiento? Nadie, preferimos sanar sólo a medias y pasarlo un poco mejor, no somos jovencitos con exigencias absolutas, sino personas mayores hondamente comprometidas con las cosas relativas de la vida y por ello acostumbradas a hacer la vista gorda. Y consideremos en serio la cuestión: ¿sería justo y deseable que cada uno de nosotros se curara totalmente mediante un tratamiento ideal y no tuviera que morir nunca? Si contestamos esta pregunta algo delicada con toda sinceridad, nuestra respuesta es: no. No queremos curarnos del todo, no queremos vivir eternamente.

Verdad es que si nos hicieran la pregunta a cada uno de nosotros por separado, tal vez la respuesta fuera afirmativa. Si me preguntaran a mí, el bañista y escritor Hesse, si estoy de acuerdo con que el escritor Hesse escape a la enfermedad y la muerte, si considero deseable y necesaria su supervivencia eterna, yo, vanidoso como suelen ser los literatos, diría probablemente que sí. Pero en cuanto me formularan la misma pregunta con relación a otros, al bañista Müller, al ciático Legrand, al holandés del número 64, me decidiría inmediatamente por una respuesta negativa. No, en realidad no es necesario que nosotros, las personas mayores, de atractivo algo marchito, incluso sin gota, vivamos para siempre. Sería algo fatal, muy aburrido y muy antiestético. No nos importa morir, más adelante. Pero de momento preferimos, después de los fatigosos baños y de la fatídica mañana, pasarlo un poco bien, roer un ala de pollo, quitar la piel a un buen pescado, Sorber un vaso de vino tinto. Así somos nosotros, cobardes, débiles, ávidos de placeres, viejos y egoístas. Así es nuestra psicología, y dado que nuestra alma, la de los reumáticos y gente madura, es a la vez el alma de Baden, consideramos justificada también por este lado la tradición

gastronómica de Baden.

¿Es suficiente esta justificación para nuestra vida regalada? ¿Necesita más argumentos? Los hay a centenares. Mencionemos uno solo, muy sencillo: los baños de aguas termales «consumen», es decir, estimulan el apetito. Y como yo no soy Únicamente bañista y comilón, sino que en otras ocasiones busco el polo opuesto y conozco los goces del ayuno, no me remuerde la conciencia si frente a un mundo hambriento y en perjuicio de mi metabolismo me entrego durante tres semanas a la glotonería.

Me he desviado considerablemente. ¡Volvamos a la descripción de un día cualquiera! Me siento, pues, ante la mesa, contemplo el desfile de pescado, asado y fruta, miro larga y pensativamente durante las pausas las piernas de las camareras, todas cubiertas por medias negras, y miro pensativo, pero con menos insistencia, las piernas del camarero. Estas piernas (las del camarero) son para nosotros los pacientes un espectáculo apreciado y un gran consuelo. Porque este camarero, que es un hombre muy agradable, estuvo aquejado tiempo atrás de un reumatismo muy grave y en extremo doloroso, hasta el punto que le era imposible andar, y un tratamiento en Baden lo curó completamente. Todos nosotros lo sabemos, a muchos se lo ha contado él mismo. Por este motivo miramos a menudo con expresión tan pensativa las piernas del camarero jefe. Las piernas de las jóvenes camareras, en cambio, son de por sí esbeltas y ágiles sin la mediación de ningún tratamiento, y esto nos inspira una reflexión aún más profunda.

Como vivo aislado de los demás, las comidas son las únicas oportunidades que tengo para conocer algo más de cerca a mis colegas bañistas. Ignoro sus nombres, y sólo con algunos he cambiado una palabra que otra, pero los veo sentados, los veo comer y con esto me entero de muchas cosas. El holandés, mi vecino de habitación, cuya voz atraviesa la pared todas las noches y todas las mañanas y me roba el sueño durante horas, habla aquí en la mesa con su mujer en tonos tan bajos que a no ser por el número 64 no reconocería su voz. ¡Oh, qué tipo tan sosegado!

Algunas figuras de nuestro teatro de mediodía me deleitan a diario con la decisión de sus rasgos y la precisión de su papel. Hay una gigantesca holandesa, de dos metros de altura y peso proporcional, una aparición majestuosa digna de representar a nuestra princesa del balneario. Su porte es magnífico, aunque su paso deja mucho que desear, y su modo de entrar en el comedor revela una coquetería que se me antoja muy peligrosa, casi alarmante, pues se apoya en un bastón delicado y juguetón que parece estar a punto de romperse a cada momento. Pero tal vez sea de hierro.

Después hay un caballero tremendamente serio, juraría que por lo menos es consejero nacional, viril, moral y patriótico de pura cepa, con el párpado inferior algo rojo y colgante como el de esos fieles perros de San Bernardo, la nuca ancha y rígida, capaz de resistir cualquier golpe, la frente llena de arrugas, la cartera llena de bien

ganados y bien contados billetes, el pecho lleno de altos e intachables ideales, siempre intolerantes. Una vez, en una noche terrible, soñé que este hombre era mi padre y que tenía que responder ante él, primero de mi falta de patriotismo, luego de una deuda de juego de cincuenta francos, y tercero de haber seducido a una muchacha. Al día siguiente a este espantoso sueño sentí grandes deseos de volver a ver en persona a dicho caballero, ante el cual había temblado tanto en mi sueño. Verlo me curaría, pues la realidad es siempre mucho más inofensiva que la imagen de nuestra pesadilla, tal vez el hombre me sonreiría, me saludaría con una inclinación de cabeza o gastaría una broma a la camarera del comedor, o al menos corregiría con su aparición corporal la caricatura de mi sueño. Pero cuando llegó el mediodía y volví a ver al adusto caballero en el comedor, no me saludó con la cabeza, ni sonrió, se sentó con expresión lúgubre ante su botella de vino tinto, y cada arruga de su frente y su nuca expresaba moralidad y decisión inexorables, por lo que me inspiró un gran temor y por la noche recé para que no volviera a aparecérseme en sueños.

En cambio, el señor Kesselring es un hombre encantador, amable y gentil, y está en la flor de la edad; ignoro su profesión, pero debe ser un hidalgo o algo parecido. Su cabello rubio, sedoso y ondulado es como una aureola en torno a su frente, dos hoyuelos seductores adornan sus mejillas, los infantiles ojos azules miran con ingenuidad y entusiasmo, y las manos líricas acarician suavemente el elegante chaleco de color liso. Ninguna falsedad puede morar en este pecho, ninguna emoción ruin nublar la nobleza de estas poéticas facciones. Sonrosado de la cabeza a los pies como una doncella de Renoir, Kesselring debió entregarse en su juventud a los picaros Juegos de Cupido, el alado. Pero me faltan palabras para describir mi espanto y decepción cuando un día al atardecer me enseñó en el salón de fumadores una pequeña colección de bolsillo de fotografías indecentes.

No obstante, el huésped más interesante y apuesto que he visto en este comedor no se encuentra hoy aquí, ha venido Solo una vez, y en aquella ocasión se sentó frente a mí, a la misma mesa redonda que yo ocupé y pude contemplar durante la hora de la cena sus ojos pardos y alegres y sus manos esbeltas; entre todos los pacientes, una flor solitaria llena de esplendor y juventud. ¡Querido amigo, vuelve para comer conmigo los exquisitos manjares, probar el buen vino y alumbrar la sala con nuestros cuentos y nuestras risas!

Nosotros los huéspedes nos controlamos unos a otros, como es costumbre en los lugares de veraneo, pero la moda y la elegancia juega en ello un papel insignificante. En cambio, seguimos con atención el estado de salud de nuestros cofrades, en los que nos vemos reflejados, y si el anciano caballero del número 6 tiene hoy un buen día y es capaz de caminar solo desde la puerta hasta la mesa, todos nos alegramos, y todos meneamos la cabeza con consternación si nos dicen que la señora Flury no podrá hoy abandonar el lecho.

Después de habernos contemplado y comido bien durante una hora larga, interrumpimos de mala gana este placer y salimos de nuestra habitación favorita. Ahora empieza para mí la parte más agradable del día. Si hace buen tiempo busco el jardín del hotel, donde tengo en un lugar apartado una silla extensible, mi cuaderno, mi lápiz y un tomo de Jean Paul. A las tres o las cuatro me espera casi siempre el «tratamiento», es decir, debo ir al consultorio del doctor para que sus enfermeras me apliquen los métodos de curación más modernos. Me siento bajo la lámpara de cuarzo y procuro aprovechar al máximo la energía solar de esta linterna mágica, acercando lo más posible a ella las partes más necesitadas de mi cuerpo. Ya me he quemado varias veces en este intento. Después me espera la incansable colaboradora del doctor para la sesión de diatermia. Ata a mi muñeca pequeñas almohadillas que son polos eléctricos y deja pasar la corriente, mientras coloca al mismo tiempo otras almohadillas en mi nuca y espalda; lo único que yo he de hacer es gritar si quema demasiado. Durante este tratamiento existe además la posibilidad —un aliciente más— de que el médico entre y entablemos conversación, y aunque esta esperanza no se realiza en diecinueve de veinte días, es preciso contar con ella.

Me decido a dar un pequeño paseo, y cuando paso por delante del jardín del balneario observo una gran animación que forzosamente ha de deberse a uno de los muchos conciertos que a menudo tienen lugar en el salón del casino y de los cuales aún no he escuchado ninguno. Así pues, entro y veo un numeroso público reunido en la sala; es la primera vez que contemplo tan *in corpore* a los enfermos y agüistas locales. Cientos de colegas de ambos sexos están sentados en sillas, algunos ante un té o un café, otros provistos de libros o labores de punto, escuchando a un reducido grupo de músicos que tocan impetuosamente al fondo del gran salón. Durante mucho rato me quedo en pie junto a la puerta, observando y escuchando, pues no hay ninguna silla libre. Veo tocar a los músicos, que tocan complicadas piezas de maestros en su mayoría desconocidos, y no es culpa de la calidad de su interpretación el hecho de que yo no pueda sentir ninguna simpatía hacia este acto. Los músicos hacen su trabajo incluso muy bien, y precisamente por ello me asalta el deseo de que toquen música auténtica, y no todas estas muestras de habilidad, adaptaciones y arreglos. Y al mismo tiempo no lo deseo en absoluto. No me parecería mejor que en lugar de este ameno extracto de *Carmen* o del *Murciélagos* tocaran un cuarteto de Schubert o un dúo de Händel. Por el amor de Dios, eso sería mucho peor. Ya he tenido que soportar algo parecido en otra ocasión, cuando ante una sala medio vacía el primer violinista de un *café-dansant* tocó la *Chaconne*, de Bach, y mientras la tocaba, mi oído captó las siguientes impresiones: dos hombres jóvenes pagaron su consumición a una camarera, que les dio el cambio haciendo tintinear las monedas sobre la mesa; una enérgica dama reclamaba violentamente su paraguas en la guardarropía; un niño precioso, de unos cuatro años, distraía a toda una mesa con sus

gorjeos, además de la general actividad de botellas, vasos, tazas y cucharillas, y una señora anciana de vista defectuosa tropezó con el camarero y provocó la caída de una bandeja llena de pasteles. Cada uno de estos sucesos, considerado aisladamente, era un suceso válido, digno de mi simpatía y atención, pero el ataque simultáneo de tantos hechos e impresiones estaba por encima de mis facultades psíquicas. Y de ello sólo tenía la culpa la música, la *Chaconne*, de Bach, ella era la única que estorbaba. ¡No, pese a todo mi respeto por los músicos del casino! Además, en este concierto faltaba para mí lo principal: el sentido. El hecho de que doscientas personas se aburran y no sepan cómo pasar la tarde no es en mi opinión motivo suficiente para que un grupo de buenos músicos toquen adaptaciones de óperas conocidas. Lo que faltaba en este concierto era el corazón, lo más íntimo: la necesidad vital de liberar al alma de la tensión a través de la música. Sin embargo, también en esto puedo equivocarme. Al menos, no tardo en comprobar que este público apático no es una masa homogénea, sino que consiste en muchas almas aisladas, y una de estas almas reacciona a la música con enorme sensibilidad. Al fondo de la sala, muy cerca del podio, está sentado un devoto amigo de la música, un caballero de barba negra y lentes de oro que, recostado en la silla y con los ojos cerrados, mueve absorto la bien proporcionada cabeza al compás de la música, y cuando termina una pieza tiene un sobresalto, abre mucho los ojos y es el primero en comenzar la salva de aplausos. No contento sólo con aplaudir, se pone en pie, sube al podio, se ingenia para que el director de la orquesta note su presencia a sus espaldas y, bajo los prolongados aplausos del público, le colma de los más entusiasmados elogios.

Cansado de estar de pie y menos arrobado por esta interpretación que el barbudo entusiasta, me dispongo a alejarme durante la segunda pausa cuando del salón contiguo llega a mis oídos un rumor enigmático. Pregunto al ciático más próximo y me entero de que es una sala de juego. Lleno de expectación, me dirijo a ella. Es cierto, hay palmas en los rincones y extraños asientos redondos y afelpados, y parece ser que se juega a la ruleta en una gran mesa de color verde. Me abro paso hasta ella, la rodea una apretada fila de curiosos entre cuyos hombros puedo observar el curso del juego. Mi mirada se detiene primero en el director de la mesa, un caballero afeitado que viste frac, sin edad, de cabellos castaños y una expresión tranquila y filosófica, y dotado de una asombrosa facilidad para trasladar velozmente las monedas de un cuadro a otro de la mesa con ayuda de una varilla elástica especial o rastrillo. Maneja el flexible rastrillo como un diestro pescador de truchas maneja la caña de acero inglesa, y además es capaz de lanzar las monedas al aire de modo que caigan sobre el cuadro deseado. Y durante toda esta actividad, cuyo ritmo se supedita a los gritos del joven ayudante que está atento a la bola, su rostro tranquilo y sonrosado, bajo los cabellos castaños y sin vida, permanece siempre impassible. Lo contemplo durante largo rato; está sentado en un taburete de diseño especial, con el

asiento inclinado, y se mantiene inmóvil, lo único que mueve son los ojos inquietos mientras lanza con la mano izquierda las monedas de tres marcos, las recoge de nuevo con el rastrillo que empuña su mano izquierda y las retira a un lado. Ante él hay columnas de monedas de plata, grandes y pequeñas. Su ayudante hace girar una y otra vez la rueda, y cuando la bolita se para en una casilla numerada, grita el número correspondiente, invita a hacer juego, anuncia que ya están hechas las apuestas, advierte: «*rien ne va plus*», y mientras tanto, el director de la mesa juega y trabaja sin cesar. Yo había visto esto con frecuencia en la época remota y legendaria de antes de la guerra, en los años de mis viajes y vagabundeos, había visto en muchas ciudades del mundo estas palmeras y sillones acolchados, estas mismas mesas verdes y estas bolitas, y había pensado en las hermosas historias de jugadores escritas por Turguéniev y Dostoyevski y después dirigido mi atención hacia otras cosas. Sólo un detalle me sorprendió ahora al examinar la escena más de cerca: el hecho de que todo el juego no tuviese otro objeto que divertir al caballero vestido de frac. Echaba sus táleros sobre la mesa, los empujaba del cinco al siete, de par a impar, contaba las ganancias, deducía las pérdidas —pero siempre era su propio dinero—. Ningún miembro del público hacía apuestas, eran sólo bañistas, en su mayoría de origen provinciano, que observaban con interés y profunda admiración, exactamente igual que yo, las evoluciones del filósofo, y escuchaban las frases frías, casi glaciales que el ayudante gritaba en francés. Cuando yo, movido por la compasión, coloqué dos francos sobre la esquina de la mesa que tenía al alcance, cincuenta ojos se posaron en mí, fascinados y muy abiertos, y esto me resultó tan penoso que apenas pude esperar el momento en que mis francos desaparecieron bajo el rastrillo para alejarme a paso apresurado.

También hoy paso algunos minutos frente a los escaparates de la calle principal del balneario. En ella se encuentran varias tiendas donde los bañistas pueden comprar los artículos que les parecen imprescindibles, como postales, leones y lagartos de bronce, ceniceros con grabados de hombres famosos (así el comprador puede darse el gustazo de apagar diariamente sus cigarros sobre el ojo de Richard Wagner) y muchos otros objetos sobre los que no me atrevo a escribir, pues a pesar de un detenido examen no conseguí averiguar su significado y utilidad; muchos de ellos parecen destinados al culto de pueblos primitivos, y su conjunto me entristece, ya que me demuestra con excesiva claridad que, pese a toda mi buena voluntad para ser sociable, vivo fuera del mundo burgués y real, no sé nada de él y nunca lo comprenderé ni podré hacerlo comprender en mis escritos, por muchos años y esfuerzos que dedique a este fin. Cuando miro estos escaparates, en los que no figuran objetos de uso diario, sino los llamados artículos de regalo, de lujo o para fiestas, me horroriza la extrañeza de este mundo; entre cien objetos, sólo hay veinte o treinta cuyo destino, sentido y utilidad soy capaz de intuir, y ninguno cuya posesión

me parezca deseable. Son objetos ante los cuales paso largo rato jugando a las adivinanzas: ¿se pondrá eso en el sombrero, en el bolsillo, en el vaso de cerveza? ¿Será acaso parte de un juego de cartas? Hay grabados e inscripciones, divisas y citas que proceden de mundos imaginarios totalmente desconocidos para mí, inaccesibles para mi imaginación, y hay también empleos de símbolos que me son conocidos y admirados, que no puedo comprender ni aprobar. Por ejemplo, la figura tallada de Buda u otra divinidad china en el pomo de un elegante paraguas de señora se me antoja algo extraño, incomprensible, penoso y, sí, incluso inquietante; no puede ser un sacrilegio deliberado y consciente pero las intenciones, necesidades y estados psíquicos que mueven al tendero a exponer y al comprador a adquirir estos absurdos objetos..., eso es lo que tanto me gustaría saber y no encuentro manera de averiguar. ¡O bien una cafetería de moda, donde la gente se congrega a las cinco de la tarde! Puedo comprender perfectamente que a las personas acomodadas les guste beber té, café o chocolate y saborear pasteles caros con nata. Pero ¿por qué personas libres y sensatas soportan para deleitarse con estas cosas una música insinuante y dulzona, el ambiente incómodo y vulgar de salas pequeñas, atestadas, recargadas de los más superfluos adornos y, sobre todo, por qué dichas personas no consideran todas estas incomodidades y contradicciones como tales, sino que las desean y las buscan? Esto es lo que nunca podré comprender, y ya me he acostumbrado a atribuir esta incapacidad a mi estado de ánimo ligeramente esquizofrénico. Sin embargo, me preocupa una y otra vez. Y la misma gente elegante y acomodada que se sienta en semejantes cafés, ahogando en la música pegajosa y dulzona sus pensamientos, sus charlas, casi su respiración, rodeada de un lujo macizo, de mármol, plata, alfombras, espejos, esta misma gente oye por la noche con aparente embeleso una conferencia sobre la noble sencillez de la vida japonesa y tiene en su casa hermosas ediciones de las palabras de Buda y leyendas de monjes. No pretendo ser ciertamente fanático ni moralizador e incluso me gusta parecer a muchos algo chiflado y cargado de vicios peligrosos y me alegra ver a la gente satisfecha, ya que las personas satisfechas hacen la vida más agradable... pero ¿están realmente satisfechas?, ¿les compensa todo este mármol, la música, la nata? ¿Acaso no leen en los periódicos, mientras criados con librea les sirven platos llenos de exquisitos pasteles, reportajes sobre el hambre, sobre revoluciones, ejecuciones, tiroteos? ¿Acaso no hay tras las enormes cristalerías de estos elegantes cafés un mundo lleno de pobreza y desesperación, de locura y suicidio, de miedo y dolor? Sí, ya lo sé, todo esto ha de existir, todo encaja dentro de un orden y Dios lo quiere así. Pero lo sé del mismo modo que sabemos que sólo vivimos una vez. No es una idea convincente. En realidad no encuentro nada de esto justo ni ordenado por Dios, sino demente y espantoso.

Me detengo, preocupado, ante las tiendas que venden tarjetas postales ilustradas. De esto entiendo mucho, puedo decir que he estudiado bastante a fondo las postales

con vistas de Baden, todo con la intención de conocer mejor al bañista medio a través de este síntoma de sus necesidades. Hay muchas con bonitas vistas del Baden antiguo, y también pinturas y láminas antiguas con escenas de los baños, en las cuales se pone de manifiesto que el Baden de los siglos pasados era menos serio y decente, tal vez menos higiénico que hoy día, pero decididamente más divertido. Estos viejos grabados, sus torres y frontones, sus atuendos y trajes típicos, todos inspiran un poco de nostalgia, aunque, naturalmente, nadie querría haber vivido en aquellos tiempos. Todas estas vistas de la ciudad y del balneario, ya sean del siglo XVI o del XVIII, irradian la suave y serena tristeza propia de tales grabados, pues todo en ellos es bonito, en todos ellos parece reinar la paz entre la naturaleza y el hombre, y casas y árboles no dan la impresión de estar en perpetua guerra. La belleza y la uniformidad parecen abarcarlo todo, desde el soto de alisos hasta el vestido de la pastora, desde la torre almenada de las puertas hasta el puente y el manantial, e incluso hasta el esbelto perrito que hace pipí contra la columna de estilo imperio. Se puede encontrar un toque de vanidad y cursilería en muchos de estos viejos grabados, pero no se ve nada feo, nada estridente; las casas se alinean como guijarros o como pájaros posados en hilera sobre un cable, mientras que en las ciudades actuales casi todas las casas se hacen reproches mutuos, compiten entre sí, se empujan unas a otras.

Y recuerdo que una vez, durante una hermosa fiesta en la que todos vestíamos trajes de la época de Mozart, a mi amada se le anegaron de improviso los ojos de lágrimas y, cuando yo, asustado, le pregunté la razón, me dijo: «¿Por qué ahora tiene que ser todo tan feo?». Entonces la consolé explicando que nuestra vida no es peor, sino más libre y más rica que la de antes, que bajo las decorativas pelucas había piojos y tras el fausto de las salas de espejos y los candelabros, pueblos hambrientos y oprimidos, y que en realidad era una suerte que sólo conserváramos de aquellos tiempos lo más bonito, el recuerdo de su aspecto festivo. Pero no todos los días se tienen pensamientos tan sensatos.

¡Volvamos a las postales ilustradas! Hay en este país una categoría especial de postales que no carece de originalidad. El lenguaje popular llama a esta comarca Tierra de Nabos, y existen diversas series de grabados que representan toda clase de escenas populares. Escenas de la escuela, de la vida militar, de excursiones familiares, de riñas, y todas las figuras de estos grabados tienen aspecto de nabo. Se ven amantes nabo, duelos de nabos, congresos de nabos. Estas postales gozan de gran aceptación, ciertamente con justicia, y no obstante no inspiran alegría. Junto a los temas históricos y las escenas de nabos hay una tercera categoría: la de los temas eróticos. Sería lógico pensar que en este terreno hay mucho camino por recorrer y que grabados de esta clase podrían prestar a este mundo aburrido de los escaparates algo de raza, algo de savia y esplendor. Pero ya en los primeros días tuve que renunciar también a esta esperanza. Me sorprendió ver lo corta que se había quedado la vida

amorosa en este mundo de imágenes. Todos los cientos de imágenes de esta categoría se distinguen por una deplorable inocencia y pudor, y también aquí encontré que mi gusto se apartaba radicalmente del de la mayoría, pues si alguien me confiara el encargo de compilar representaciones de la vida amorosa, elegiría ciertamente otras imágenes que las expuestas aquí. En éstas no reina ni el patetismo del erotismo puro ni la poesía del juego mal disimulado, sino que reina por doquier un avergonzado ambiente de esponsales, todas las parejas de amantes están cuidadosamente vestidas, los novios casi siempre con levita y sombrero de copa y un ramillete en las manos, muchas veces brilla la luna, y al pie del grabado, un verso intenta explicar la situación, por ejemplo:

*Hermosa criatura, bajo el destello
lunar
Veo en tus ojos azules mi dicha
centellear.*

Esta categoría me decepcionó mucho, era evidente que el editor de estas postales sólo había captado la parte convencional y poco interesante de la vida amorosa. Sin embargo, me llamaron la atención algunos versos como ejemplos de la poesía popular de nuestra era, como éstos:

*Tener en mi mano la del ser amado
Es mi ideal, del alma el lazo sagrado.*

Por poco magistrales que nos parezcan estos versos, son clásicos en comparación con el grabado que acompañan. Una muchacha, cuya cabeza parece inspirada en el modelo de cera de una peluquería, está sentada en un banco bajo un grupo de árboles, y un joven muy bien vestido se halla ante ella, ocupado en ponerse o quitarse sus guantes de cabritilla.

También hoy me detuve un rato delante de estas postales y como sentía tedio y un gran vacío y una necesidad acuciante de poner distancia entre mí y este mundo tan apreciable en sí de conciertos, jugadores, amantes correctos y retratos de nabos, cerré los ojos y supliqué en mi corazón a Dios que me salvara, pues sabía que me hallaba muy cerca de un ataque de profundo desengaño y hastío de la vida, ataques que para mi desgracia siempre me sorprenden precisamente cuando lleno de buena voluntad realizo el intento de abandonar mi actitud de ermitaño y tipo raro, entregándome al deseo o a compartir la dicha y el dolor de la mayoría.

Y Dios vino en mi ayuda. Apenas había cerrado los ojos y el corazón al mundo del balneario y de los nabos, lleno de íntima nostalgia por un saludo o un sonido de

otras esferas más conocidas y más sagradas para mí, cuando tuve la idea salvadora. En nuestro hotel había un rincón apartado y desconocido para muchos huéspedes donde el propietario, a quien adornan muchos rasgos amables como éste, tiene prisioneros a dos jóvenes martas en una cárcel de alambre, protegidas del contacto humano. Sentí de pronto un urgente deseo de ver a las martas, lo obedecí ciegamente, volví corriendo al hotel y fui hacia la jaula de los animales. En cuanto me encontré allí, todo se solucionó, tenía precisamente lo que necesitaba en este momento crítico. Los dos nobles y hermosos animales, curiosos y confiados como niños, se dejaron atraer fácilmente al exterior del cubículo donde dormían, corrieron y saltaron llenos de fuerza y vitalidad por la espaciosa jaula, se detuvieron delante de mí junto a la alambrada y olfatearon mi mano con sus hocicos húmedos y sonrosados. Yo no necesitaba nada más. Mirar estos ojos claros, la obra maestra de sus magníficas pieles creadas por Dios, sentir su aliento cálido y vivo, respirar el olor salvaje y penetrante de sus cuerpos, esto era suficiente para convencerme de la tranquila existencia de todos los planetas y estrellas fijas, de todos los bosques de palmeras y ríos de la selva virgen. Las martas me garantizaban lo que igualmente hubiera podido garantizarme cualquier nube, cualquier hoja verde; pero yo había necesitado esta prueba más concluyente.

Las martas eran más fuertes que las postales, que el concierto, que el comedor. Mientras existieran las martas, la fragancia del mundo primitivo, el instinto y la naturaleza, el mundo seguiría siendo posible para un poeta, seguiría siendo hermoso y prometedor. Respirando libremente, sentí desaparecer la opresión, me reí de mi mismo, alargué a las martas un trozo de azúcar y me lancé, liberado, al aire de la tarde. El sol ya tocaba el borde de las montañas verdes, un cielo azul con celajes dorados resplandecía, infantil y diáfano, sobre el valle de mis extravíos, sentí sonriente la llegada de mi momento bueno, pensé en mi amada, jugué con versos incipientes, percibí música, percibí dicha y recogimiento esparciéndose por el mundo, me despojé, rezando, de toda la carga del día y me lancé, pájaro, mariposa, pez, nube, al mundo alegre, pasajero y pueril de las formas.

No quiero describir aquí el atardecer en que regresé tarde al hotel, cansado y feliz. Podría desvanecerse mi entera filosofía de ciático. Feliz, cansado y entonando una canción regresé ya caída la noche, y he aquí que el sueño tampoco me falló, también él, un ave tan tímida, llegó confiadamente y me condujo sobre sus alas azules al paraíso.

EL HOLANDÉS

Durante largo tiempo he rehuído escribir este capítulo. Ahora debo hacerlo.

Cuando catorce días atrás elegí con cuidado y cautela la habitación número 65, no hice en conjunto una mala elección. La habitación, clara y agradablemente tapizada, tiene una alcoba donde se encuentra la cama, y me gustó por la originalidad de su plano, aparte de que posee buena luz y algo de vista al río y los viñedos. Además, está en el piso más alto, de modo que no vive nadie encima de mí, y apenas llegan los ruidos de la calle. Elegí con acierto. También pregunté acerca de los vecinos de habitación y recibí informes tranquilizadores. A un lado vivía una señora anciana a la cual en verdad no he oído ni una sola vez. ¡Pero al otro lado, en el número 64, vivía el holandés! En el curso de doce días, en el curso de doce amargas noches este caballero se ha convertido en muy importante para mí, ¡ay, demasiado importante! Ha llegado a ser una figura mítica, un ídolo, un demonio y un fantasma, y no he podido vencerlo hasta hace pocos días.

Nadie me creería al indicar quién es. Este caballero de Holanda que desde hace tantos días me impide trabajar y durante tantas noches me ha impedido dormir no es ni una fiera iracunda ni un músico entusiasta, no llega borracho a su habitación en los momentos más inesperados ni pega a su mujer ni se pelea con ella, no silba ni canta, ni siquiera ronca, al menos no con la fuerza suficiente para estorbarme. Es un hombre sólido, cortés, ya no tan joven, que vive con la regularidad de un reloj y carece de vicios que salten a la vista. ¿Cómo es posible que este ciudadano ideal me hiciera sufrir tanto?

Pues es posible, es un hecho, por desgracia. Los dos puntos principales, los pilares de mi infortunio, son éstos: Entre las habitaciones 64 y 65 hay una puerta, provista de cerrojo y obstruida por una mesa, es cierto, pero en modo alguno es una puerta gruesa. Éste es uno de los infortunios, que no tiene remedio. El segundo es más grave: El holandés tiene esposa. Y no existen medios permitidos para hacerla abandonar el mundo, o al menos el número 64. Así pues, me ha tocado la extraordinaria mala suerte de que mis vecinos, exactamente como yo mismo, pasan la mayor parte del día en su habitación.

Si yo viviera asimismo con una esposa o fuera profesor de canto o tuviera un piano, un violín, un cuerno de caza, un cañón o un bombo, podría emprender la lucha contra mis vecinos holandeses con alguna esperanza de éxito. Pero la situación es la siguiente: Durante las veinticuatro horas del día, la pareja holandesa no oye ningún sonido procedente de mi habitación, los trato como se trata a reyes y moribundos, los protejo sin cesar con el favor inapreciable de un silencio perfecto y absoluto. ¿Y cómo corresponden ellos a este favor? Me otorgan, puesto que duermen cada noche

de doce a seis, una tregua diaria de seis horas. Puedo elegir entre dedicar estas horas al trabajo, al sueño, al rezo o a la meditación. En las restantes dieciocho horas del día no tengo elección, esas dieciocho horas diarias no me pertenecen, en cierto modo no transcurren en mi habitación, sino en el número 64. Durante dieciocho horas del día en el número 64 se charla, se ríe, se hace el aseo personal, se reciben visitas. No se disparan armas de fuego ni se toca música ni se disputa, esto debo reconocerlo. Pero tampoco se reflexiona, ni se lee, ni se medita, ni se guarda silencio. Sin interrupción brota el torrente de las charlas, a menudo se reúnen cuatro o seis personas, y por la noche la pareja chismorrea hasta las once y media. Entonces se oye el tintineo de cristal y porcelana, la actividad de los cepillos de dientes, el desplazamiento de sillas y las melodías del gargarismo. Después crujen las camas y se hace el silencio, que se prolonga (reconozcámoslo también) hasta más o menos las seis, hora en que uno de los cónyuges, no sé si él o ella, se levanta y hace retemblar el pavimento, va al cuarto de baño, y a partir de mi vuelta ya no se interrumpe el hilo de las conversaciones, los ruidos, las risas, el desplazamiento de sillas y todo lo demás hasta poco antes de medianoche.

Si yo fuera un hombre normal y sensato como los demás, me acomodaría fácilmente a la situación. Cedería, ya que dos son más fuertes que uno, y pasaría el día fuera de mi habitación, en la sala de lectura o de fumadores, en los pasillos, en el casino, en los restaurantes, como hace la mayor parte de los bañistas. Pero yo estoy poseído por la demente y agotadora pasión de pasar muchas horas del día sentado ante el escritorio, pensando intensamente, escribiendo intensamente, con frecuencia para romper después todo lo escrito; y por la noche me domina el ansia acuciante de dormir, pero conciliar el sueño es para mí un caso muy complicado que puede durar horas, y entonces tengo el sueño muy ligero, muy frágil, un aliento basta para interrumpirlo. Y cuando a las diez o las once me siento agotado y estoy a punto de adormecerme, no me ayuda en absoluto que los holandeses celebren sus reuniones sociales en la habitación contigua. Y mientras espero, ansioso y exhausto, a que llegue la medianoche, a que el hombre de La Haya me conceda permiso para amodorrarme, la espera, la escucha y pensar en el trabajo de mañana me ha desvelado tanto, que la mayor parte de las seis horas que me son concedidas para el descanso ha pasado ya cuando logro dormirme.

¿Es necesario decir que soy plenamente consciente de lo injustificada que es mi pretensión de que el holandés me deje dormir más? ¿Es necesario explicar lo que sé muy bien, que no es él el culpable de mi sueño difícil y mis aficiones intelectuales, sino únicamente yo? Pero no escribo estas notas de Baden para culpar a otros o disculparme a mí mismo, sino para registrar experiencias, aunque sólo sean las experiencias desfiguradas de un psicópata. Esa otra cuestión más complicada sobre la justificación del psicópata, esa terrible e impresionante cuestión de si en

determinados tiempos y culturas no es más digno, noble y justo ser psicópata que adaptarse a tales circunstancias a costa de sacrificios de todos los ideales, esta grave cuestión, que es la de todos los espíritus diferentes desde Nietzsche, no voy a analizarla en estas páginas; de hecho constituye el tema de casi todos mis escritos.

Así pues, debido a las circunstancias ya mencionadas, el holandés se ha convertido para mí en un problema. No puedo explicarme del todo por qué me refiero siempre, en pensamientos y en palabras, sólo al holandés en singular. Al fin y al cabo son una pareja, son dos personas. Pero ya sea porque soy más paciente con la mujer que con el hombre por galantería instintiva, o porque la voz y el paso más pesado del hombre son los que realmente me molestan, el hecho es que no son «los», sino «el» holandés quien me mortifica. Pero esta instintiva absolución de la mujer en mis sentimientos hostiles y la conversión del hombre en enemigo y antípoda se debe a impulsos muy profundos y elementales: el holandés, el hombre de robusta salud, aspecto atractivo, porte digno y cartera repleta, ya me resulta desagradable, a mí, el intruso, solamente como tipo.

Es un caballero de unos cuarenta y tres años, mediana estatura, tal vez un poco rechoncho, que da una impresión de salud y normalidad. Tanto el rostro como la figura son macizos y redondeados, pero no hasta el punto de llamar la atención; la cabeza grande y vigorosa, de frente algo abombada, se antoja maciza y desproporcionada al cuerpo por culpa de un cuello un poco corto. Su salud y su peso, aunque el holandés se mueve con mesura y tiene modales perfectos, hacen que sus movimientos y sus pasos sean más audibles y enérgicos de lo que desearían sus vecinos. Su voz es profunda y regular, y el volumen de su tono no cambia mucho; toda su personalidad, considerada imparcialmente, resulta seria, digna de confianza, tranquilizadora, casi simpática. Lo único que predispone un poco en contra de él es que tiene tendencia a resfriarse (algo muy común, por otra parte, en todos los bañistas de Baden), y cuando tose y estornuda evidencia igualmente una gran pujanza y energía.

Este señor de La Haya tiene, pues, la desgracia de ser vecino mío, enemigo que amenaza y a menudo impide mi trabajo durante el día y obstaculiza, como también a menudo impide mi sueño durante parte de la noche. Sin embargo, no todos los días ha sido su existencia un castigo para mí. Ha habido días cálidos y soleados en que he preferido trabajar al aire libre; en un rincón escondido del jardín del hotel, donde, con la carpeta sobre las rodillas, he escrito páginas y más páginas, he pensado en paz, perseguido mis sueños o leído tranquilamente mi libro de Jean Paul. Pero en los días frescos o lluviosos, y de éstos hubo muchos, me encontraba el día entero frente a la pared del enemigo; mientras yo, silencioso y en tensión, me dedicaba a mi trabajo sentado ante el escritorio, en la habitación contigua el holandés corría de un lado a otro, llenaba la palangana, escupía a sus anchas, se desplomaba en un sillón,

conversaba con su mujer, reía con ella algún chiste, recibía visitas. Había horas muy penosas para mí. Contaba, sin embargo, con una ayuda importante: mi trabajo. No soy un héroe del trabajo ni merezco premios de aplicación, pero cuando he empezado algo, cuando me dejo dominar y hechizar por una visión o una serie de ideas, cuando, aunque sea de mala gana, me lanzo al intento de dar una forma a estas ideas, entonces me abstraigo totalmente y ninguna otra cosa es importante para mí. Había horas en que toda Holanda hubiese podido celebrar una *kermesse* en el número 64 sin que yo me enterara, porque estaba cautivado por mi solitario fantástico y peligroso rompecabezas, perseguía mis pensamientos con calor y pluma convulsa, construía frases, elegía entre un torrente de asociaciones, buscaba con obstinación las palabras adecuadas. El lector puede reírse de ello pero escribir es siempre para nosotros los escritores una ocupación frenética y emocionante, una travesía en alta mar con un bote diminuto, un vuelo solitario a través del espacio. Mientras se busca una palabra aislada, se elige entre tres palabras posibles y se intuye la sensibilidad y en el oído la frase entera que se pretende construir, mientras se forja esta frase, mientras se ejecuta la construcción elegida y se aprietan los tornillos de la estructura, a fin de tener siempre presentes, de manera misteriosa, tanto el tono como las proporciones de todo el capítulo y de todo el libro, se está desarrollando una actividad en extremo absorbente. Por propia experiencia sólo conozco una tensión y concentración semejantes en la actividad del pintor. En su caso ocurre lo mismo: elegir con acierto cada uno de los colores es fácil y bonito, se puede aprender y después llevarlo a la práctica. Pero tener realmente presentes en todo momento todas las partes del cuadro, incluso las que aún no están pintadas, e intuir la red entera de colores formando un conjunto armónico, es asombrosamente difícil y se consigue muy pocas veces.

Hay, por lo tanto, en el trabajo literario una necesidad tan grande de concentración, que en el tenso momento de la producción es posible aislarse de impedimentos y perturbaciones exteriores. El autor que sólo considera factible trabajar ante una mesa cómoda, con la mejor luz, con su acostumbrado material de trabajo, con papel especial y demás cosas por el estilo, me resulta sospechoso. Aunque uno busque instintivamente todas las facilidades y comodidades externas, también se puede trabajar sin ellas. Yo logré con frecuencia levantar un tabique aislante entre yo y el número 64 lo cual me valió una hora productiva. Sin embargo, en cuanto empezaba a cansarme y a ello contribuía mucho la crónica falta de sueño, volvía a oír las perturbaciones.

Pero mucho peor que su efecto en el trabajo era su efecto en el sueño. No expondré aquí mi teoría del insomnio, basada puramente en la psicología. Sólo diré que mi pasajera inmunidad al holandés, mi capacidad de aislarme del número 64, únicamente me asistía de vez en cuando durante el trabajo, pero me fallaba lamentablemente cuando intentaba dormirme.

Pues bien, el insomne, cuando es víctima de su aflicción durante un tiempo prolongado, experimenta hacia sí mismo y hacia su ambiente más próximo sentimientos de repugnancia, de odio, y también, incluso ansias de destrucción, como ocurre con la mayoría de la gente en circunstancias de agotamiento nervioso. Como mi ambiente más próximo se limitaba ahora exclusivamente a Holanda, durante las noches de insomnio se fueron acumulando lentamente en mí contra el holandés sentimientos de aversión, agriedad y odio que no podían disiparse durante el día, ya que la tensión y la perturbación no dejaban de asediarme. Cuando estaba en la cama, privado de sueño por culpa del holandés, febril por el cansancio y el deseo imperioso de dormir, y oía los pasos firmes y sólidos de mi vecino, sus movimientos pesados y contundentes, sus tonos enérgicos, sentía hacia él un odio que podía calificarse de vehemente.

Sin embargo, durante esta situación fui consciente hasta cierto punto de la insensatez de mi odio, siempre pude en determinados momentos reírme de él, y de este modo le despojé de su virulencia. Pero fue fatal para mí que este odio impersonal, dirigido solamente contra las perturbaciones de mi sueño, contra mi propio nerviosismo y la fragilidad de las puertas, me resultara más difícil de neutralizar a medida que pasaban los días y se convertía en más irrazonado y personal. Al final ya no servía de nada que me probase y reiterase a mí mismo la inocencia personal del holandés. Lo odiaba, sencillamente, y no sólo en los momentos en que me molestaba de verdad, en que sus pasos, frases y risas eran tal vez realmente inconsiderados en plena noche. No, ahora lo odiaba siempre, con el odio justiciero, ingenuo y necio con que un pequeño comerciante cristiano odia a los judíos o un comunista a los capitalistas, con esa especie de odio necio, absurdo, irracional y en el fondo, cobarde o envidioso, que tanto lamento siempre en los demás, que envenena la política, el comercio y la opinión pública y del cual yo nunca me habría creído capaz. Ya no odiaba solamente su tos, su voz, sino a él mismo, su persona real, y cuando durante el día nos encontrábamos en alguna parte y él se mostraba complacido, sin sospechar nada, para mí era un encuentro con un enemigo peligroso, y toda mi filosofía sólo me servía para no expresar mis sentimientos. Su rostro liso y alegre, sus gruesos párpados, sus labios abultados, su vientre bajo el elegante chaleco, su modo de andar y su porte, todo me resultaba repugnante y odioso, y lo que más odiaba eran los innumerables signos de su fuerza, salud e indestructibilidad, su risa, su buen humor, la energía de sus movimientos, la apatía de la mirada, todo ello signo de su superioridad biológica y social. Naturalmente, era muy fácil estar sano y de buen humor, darse aires de persona satisfecha, cuando se robaba el sueño y la fuerza de otro, se disfrutaba de la consideración, el silencio y el propio dominio del vecino y en cambio no se tenía el menor cuidado para no hacer retemblar día y noche el edificio con ruidos y vibraciones. ¡Que el diablo se llevara a

este caballero de Holanda! Sombrío, recordaba al Holandés Errante. ¿No había sido también él un maldito demonio y espíritu maligno? En realidad recordaba mejor a aquel otro holandés descrito por el poeta Multatuli, aquel vividor y ricachón cuyo bienestar y riqueza se basaba en el despojamiento de los malayos. ¡Bien por Multatuli!

Mis amigos, los que conocen mi modo de pensar y sentir mis convicciones y mi concepto de la vida, podrán hacerse una idea de lo mucho que yo sufría en esta situación indigna, la preocupación y el tormento que suponía para mí este odio violento, condenado por mi corazón, contra una persona inocente, y no debido ciertamente a la inocencia de mi «enemigo», ni a la injusticia que yo le hacía en mis sentimientos, sino debido ante todo a la insensatez de mi comportamiento, a la profunda contradicción entre mi actitud práctica y todo aquello que me dictaban mis conocimientos, mi credo y mi religión. Porque no hay nada en el mundo en lo que crea más profundamente, ni hay un concepto más sagrado para mí que el de la unidad, el concepto de que la totalidad del mundo es una unidad divina y de que todo el sufrimiento, todo el mal reside en que los individuos ya no nos consideramos una parte indivisible del Todo y concedamos excesiva importancia al Yo. Yo había experimentado mucho dolor en mi vida, cometido muchos errores, caído en muchas necedades y amarguras, pero una y otra vez había conseguido liberarme, olvidar mi Yo y entregarme, sentir la unidad, reconocer como ilusión la discrepancia entre lo interno y lo externo, entre el Yo y el mundo, y ceder a la unidad voluntariamente y con los ojos cerrados. Nunca me había resultado fácil, nadie podía estar peor dotado que yo para la santidad; pero a pesar de ello siempre había acabado encontrando aquel milagro al que los teólogos cristianos han dado el hermoso nombre de «gracia», esa divina experiencia de la reconciliación, de la no resistencia, del consenso voluntario, que no es otra cosa que la entrega cristiana del Yo o el reconocimiento hindú de la Unidad. Y ahora, por desgracia, yo volvía a estar totalmente alejado de la Unidad, era un Yo aislado, doliente, abominante y hostil. También lo eran otros, ciertamente, en esto no me hallaba solo, había multitud de personas cuya vida entera era una lucha, una belicosa afirmación del Yo contra el mundo circundante, para quienes la idea de la unidad, del amor, de la armonía era desconocida y de conocerla la hubieran considerado absurda y disparatada; sí, la religión media del hombre en la práctica consistía en una exaltación del Yo y de su lucha. Pero sentirse bien en este aislamiento del Yo y en esta lucha sólo era posible para los ingenuos, los seres primitivos fuertes e intactos; para el hombre culto, para el que ha visto a través del sufrimiento y se ha diferenciado sufriendo, estaba prohibido encontrar la felicidad en esta lucha, para él la felicidad sólo es concebible en la entrega del Yo, en la experiencia de la unidad. ¡Ay, existían ciertamente los ingenuos que podían amarse a sí mismos y odiar a sus enemigos, los patriotas que nunca necesitaron dudar de sí

mismos porque en todos los males y miserias de su país ellos jamás tuvieron la culpa, sino, naturalmente, los franceses, o los rusos, o los judíos, quienesquiera que fuesen, pero siempre otro, un enemigo! Tal vez estos hombres, nueve de cada diez, eran realmente felices en su primitiva religión, tal vez vivían envidiablemente alegres bajo su coraza de estupidez o de prudente resistencia a pensar —aunque esto era sumamente dudoso—, porque, ¿dónde encontrar una medida común para la felicidad de esos hombres y la mía, para sus sufrimientos y los míos?

La noche en que tuve estos pensamientos fue larga, angustiosamente larga. Tendido en la cama y a merced del holandés, que en la habitación contigua tosía, escupía, corría de un lado a otro, sintiéndome exhausto, con los ojos ardientes por una lectura demasiado prolongada (¿qué otra cosa podía hacer?), pensé que ahora tenía que poner fin sin remedio a esta situación penosa y denigrante. Apenas asomó en mí esta claridad, este convencimiento o esta decisión, diáfana como el alba, apenas quedó esta frase formulada ante mi alma: «Esto hay que terminarlo cuanto antes y buscar una solución», aparecieron en mi interior las habituales y vulgares fantasías que tan bien conocen las personas nerviosas en momentos de gran congoja. Me pareció que esta lastimosa situación sólo tenía dos salidas, entre las cuales yo debería elegir: o suicidarme o habérmelas con el holandés, agarrarlo por el cuello y vencerlo. (En este preciso momento volvió a toser con abrumadora energía). Ambas ideas eran bellas y liberadoras, aunque algo pueriles. Era atrayente la idea de quitarse la vida por un procedimiento normal y corriente, con la típica e infantil noción del suicidio: «Os está bien empleado si ahora me rajo la garganta». También era atrayente la idea, eliminar al holandés en lugar de a mí mismo, estrangularlo o matarlo de un tiro, quedar vencedor sobre su brutal y vulgar vitalidad.

Pero estas ingenuas fantasías de matar al enemigo o a mí mismo se agotaron muy pronto. Podía uno entregarse a ellas durante un rato, escaparse en alas de la imaginación, pero no tardaban en marchitarse y perder su encanto, pues tras un corto paseo por estos laberintos, el deseo quedaba debilitado. Tuve que confesarme que estos deseos eran sólo exaltaciones del momento y que yo no ansiaba realmente la destrucción del holandés ni la mía propia. Su alejamiento sería suficiente. Traté de vestir con imágenes este alejamiento, encendí la luz, cogí la guía de ferrocarriles de la mesilla de noche y me dediqué al trabajo de organizar un plan de viaje completo, según el cual el holandés tenía que partir al amanecer del día siguiente y llegar a su patria lo antes posible. Esta ocupación me procuró un poco de placer, vi al hombre levantarse de la cama en la fría penumbra del amanecer, le oí hacer por última vez sus abluciones en el número 64, calzarse las botas, abrir la puerta, lo vi dirigirse hacia la estación, temblando de frío, y partir en el tren; lo vi discutir a las ocho en Basilea con aduaneros franceses, y cuanto más lejos lo enviaba en mi imaginación, tanto más aliviado me sentía. Pero en París mi fantasía empezó a fallar, y todo el cuadro se

deshizo en pedazos mucho antes de que mi hombre hubiese llegado a la frontera holandesa.

Esto eran juegos de niños. No vencería de modo tan sencillo y barato al enemigo, al enemigo que habita en mi interior. No se trataba de vengarme del holandés, sólo se trataba de adoptar una actitud hacia él que fuese válida, positiva y digna de mí. Mi misión estaba muy clara: Tenía que despojarme de mi estúpido odio, tenía que sentir afecto por el holandés. Entonces ya podría escupir y armar un estruendo; yo sería superior a él, gozaría de inmunidad. Si lograba sentir afecto por él, toda su salud y vitalidad no le serviría de nada, me pertenecería, su imagen ya no se resistiría a la idea de la unidad. ¡Adelante, pues, el objeto era digno, se trataba de aprovechar bien una noche de insomnio!

La misión era así de sencilla y así de difícil, y pasé realmente casi toda la noche tratando de llevarla a cabo. Tenía que transformar al holandés, rehacerlo, convertir al objeto de mi odio y fuente de mis sufrimientos en objeto de mi amor, mi interés, mi comprensión y fraternidad. Si no lo conseguía, si no había en mí el grado de calor necesario para esta refundición, estaba perdido, el holandés continuaría atascado en mi garganta y yo tendría que seguir odiándolo más días y más noches. Mi misión era simplemente cumplir aquel maravilloso mandato: «Ama a tus enemigos». Hacía ya mucho tiempo que estaba acostumbrado a no considerar sólo el aspecto moral de todas estas frases tan notables y urgentes del Nuevo Testamento, no como órdenes, como «Harás esto», sino como advertencias amistosas de un verdadero sabio, que nos indica: «Intenta otra vez cumplir al pie de la letra esta sentencia; te sorprenderá el bien que puede hacerte». Yo sabía que estas sentencias no son únicamente lo más sublime en exigencia moral, sino también lo más sublime y más inteligente en felicidad espiritual, y que toda la teoría de amor del Nuevo Testamento, además de todos sus otros significados, tiene también el sentido de una técnica espiritual de la mayor clarividencia. En este caso era evidente, y el más joven y cándido de los psicoanalistas hubiera podido atestiguarlo, que entre yo y mi salvación sólo se interponía el mandato aún incumplido de amar a mi enemigo.

Pues bien, lo conseguí, no se me quedó atragantado, sino que se transformó. Pero el proceso no fue fácil, me costó trabajo y sudor, me costó dos o tres horas nocturnas del esfuerzo más violento. Pero después lo conseguí.

Empecé representándome la figura del temido sujeto con la mayor claridad posible, hasta que no faltó ni una mano, ni un dedo de la mano, ni un zapato, ni una ceja, ni una arruga de la mejilla, hasta que lo vi delante de mí en todos sus detalles, hasta que lo poseí totalmente en mi interior y pude hacerlo andar, sentarse, reír y dormir. Me lo representé lavándose los dientes por la mañana y durmiéndose sobre la almohada por la noche, vi el cansancio de sus párpados, vi el relajamiento del cuello y el suave desmayo de la cabeza. Lograrlo requirió una hora larga, pero con ello

había ganado mucho. Amar algo significa para el poeta aceptarlo en su fantasía, calentarlo y mimarlo, jugar con ello, introducirlo en la propia alma y animarlo con el propio aliento. Esto hice yo con mi enemigo, hasta que me perteneció y se introdujo en mí. Sin su cuello un poco corto tal vez no lo hubiera conseguido, pero el cuello vino en mi ayuda. Aunque vistiera o desnudara al holandés, le pusiera levita o pantalones cortos, lo sentara en un bote de remos o a la mesa del comedor, lo convirtiera en soldado, rey, mendigo, esclavo, anciano o niño en todas estas formas tan diferentes tenía el cuello corto y los ojos un poco saltones. Esta característica era su punto débil, por aquí tenía que atacarlo. Tardé mucho rato en rejuvenecer al holandés, hasta que lo vi como hombre recién casado, como novio, como estudiante y como colegial. Cuando por fin logré transformarlo en un niño, su cuello inspiró por primera vez mi compasión. Por el suave camino de la piedad conquistó mi corazón, cuando me imaginé a los padres de este niño vigoroso y enérgico preocupados por este ligero signo de predisposición al asma. Por el suave camino de la compasión continué adelante, y no necesité mucho arte para representarme los años futuros. Cuando llegué a ver al hombre que sería dentro de diez años a partir de ahora, padeciendo su primer ataque de apoplejía, todo en él me habló de improviso conmovedoramente, sus labios gruesos, sus párpados pesados, su voz poco flexible, todo en él adquirió poder de atracción, y antes de que en mi tenaz imaginación sufriera la muerte imaginaria, su humanidad, su debilidad, su calidad de mortal me inspiraron sentimientos tan fraternos que ya no tenía ninguna prevención contra él. Entonces sentí alegría, le cerré los ojos y cerré también los míos, porque ya amanecía, y porque mi larga poesía nocturna me había dejado exhausto y mi cabeza sobre la almohada parecía la de un fantasma.

Durante el día y la noche siguientes tuve amplia oportunidad de constatar que había ganado una victoria sobre Holanda. El hombre podía reír o toser, podía tener aspecto de sano y pisar con estrépito, podía arrastrar sillas o hacer chistes, ya nada me sacaba de quicio. Durante el día podía trabajar aceptablemente, y también descansar aceptablemente durante la noche.

Mi triunfo fue grande, pero no lo saboreé mucho tiempo. Dos días después de la noche de la victoria, el holandés se marchó inopinadamente, con lo cual volvió a ser el vencedor, y me dejó en extremo decepcionado porque ya no servían para nada mi amor y mi invulnerabilidad, tan arduamente conquistados. Su partida, que en un principio había ansiado tanto, casi me afligió.

En su lugar se instaló en el número 64 una pequeña dama gris de bastón con punta de goma a la que veía u oía muy raramente. Era una vecina ideal, jamás me inspiró cólera y hostilidad. Pero esto sólo puedo confesarlo ahora que ha pasado el tiempo. Durante varios días, esta nueva vecindad constituyó para mí un desengaño constante; me hubiera gustado mucho más recuperar a mi holandés, ahora que por fin

le había cobrado afecto.

MAL HUMOR

Cuando hoy rememoro el optimismo de mi primer día en Baden, mi alegre y pueril esperanza, mi ingenua confianza en esta cura de baños y sobre todo, la frívola y ufana ilusión, la infantil vanidad con que me consideraba relativamente joven y fuerte, un enfermo de fácil curación; cuando recuerdo mi actitud juguetona y despreocupada de aquel primer día, mi fe primitiva en Baden, en la levedad de mi ciática, en los cálidos manantiales, en el médico del balneario, en la diatermia y la lámpara de cuarzo; entonces me resulta difícil reprimir el impulso de ponerme ante el espejo y sacarme la lengua. ¡Dios mío, cómo han desaparecido estas ilusiones, cómo se han desvanecido estas esperanzas! ¿Qué queda aún de aquel recién llegado elástico, erguido y sonriente que jugaba con su bastón de Malaca y bajaba bailando el camino del balneario, encantado consigo mismo? Ahora me veo como un verdadero simio. ¿Y qué queda aún de aquella filosofía tan optimista, satisfecha, adaptable y mundana con la que entonces jugaba y me adornaba como con mi bastón de Malaca?

Cierto es que este bastón no ha sufrido ningún cambio. Ayer rechacé indignado la proposición del director de los baños de colocar una de esas malditas puntas de goma en el extremo de mi bonito bastón. Pero ¿quién sabe si no aceptaré mañana esta proposición, en caso de que me la repitan?

Tengo unos dolores terribles, y no sólo al caminar, sino también estando sentado, por lo que desde anteayer casi no me muevo de la cama. Cuando salgo del baño por la mañana, los dos pequeños peldaños me cuestan un gran esfuerzo, me agarro a la barandilla para subirlos, jadeando y sudando, apenas me quedan fuerzas para envolverme en la toalla, y entonces me desplomo en la silla. Ponerme las zapatillas y la bata representa un deber odioso y difícil, el camino hasta el manantial sulfuroso y de allí al ascensor y del ascensor al dormitorio es un viaje largo, interminable y doloroso. En este viaje matutino utilizo todas las ayudas imaginables, me apoyo en el enfermero, en los pomos de las puertas, en las paredes y muevo las piernas y la espalda sin la menor consideración a la estética, de aquella forma trabajosa y tambaleante que una vez (¡oh, qué indeciblemente lejos me parece!) observé con irónica compasión en aquella anciana dama a quien me atreví a comparar con una morsa. Si alguna vez una frívola agudeza se ha vuelto, vengadora, contra el gracioso que la pronunció, éste ha sido mi caso.

Por las mañanas, cuando me siento al borde de la cama y retraso la dolorosa tarea de agacharme para ponerme los zapatos, o cuando estoy medio echado y exhausto en la silla de mi cabina después del baño, la memoria me dice que hace poco, sólo unas semanas, había mañanas en que saltaba de la cama, realizaba con fuerza y precisión mis ejercicios respiratorios, dilataba el tórax, hundía el vientre y espiraba pausada y

rítmicamente, como si mi aliento saliera de un oboe. Puede que sea verdad, pero ya casi puedo creer que un día me puse en pie con piernas rectas y rodillas apretadas, sobre unos pies ligeros, y pude ejecutar profundas y lentas flexiones de rodillas y todos los demás ejercicios gimnásticos.

De todos modos, ya me dijeron al comienzo de la cura que probablemente se presentarían reacciones semejantes, que los baños fatigan mucho y que muchos pacientes ven incrementados sus dolores al principio del tratamiento. Yo lo acepté asintiendo con la cabeza. Pero no imaginé siquiera que este cansancio pudiera ser tan lastimoso y el aumento de los dolores tan violento y abrumador. A los ocho días me había convertido en un viejo que busca las sillas y los bancos de la casa y el jardín y cada vez ha de hacer un esfuerzo para levantarse, que ya no puede subir escaleras y a quien el chico del ascensor ha de ayudar a entrar y salir de él.

Del exterior venían también toda clase de decepciones. En Zurich, a cuatro pasos de aquí, viven varios amigos íntimos que saben que estoy enfermo y me encuentro aquí bajo tratamiento; dos de ellos incluso me prometieron visitarme cuando fui a verlos durante mi viaje hacia Baden. Pero no ha venido ninguno y, naturalmente, ninguno vendrá; que yo confiara en ello y me alegrase fue otro de mis inveterados infantilismos. No vendrán, claro, sé de sobra lo ocupados que están estos pobres hombres y lo tarde que se acuestan después del teatro, el restaurante, la invitación; fue una estupidez mía no recordarlo y esperar como un niño pequeño que esta gente se complacería en visitar a un amigo enfermo y aburrido. Pero yo siempre cuento con lo más inaudito, espero lo más hiperbólico; apenas conozco a alguien que me resulta simpático, le atribuyo las mejores cualidades, sí, incluso se las exijo, y luego me desilusiono y entristezco si carece de ellas. Lo mismo me ocurrió con la joven y bonita dama del hotel con la que conversé varias veces y que me fue muy simpática. Cuando me nombró como libros favoritos unas novelas pésimas, me quedé atónito por unos momentos, pero en seguida me dije que yo, el conocedor de cuestiones literarias, no tengo derecho a exigir en los demás criterio y comprensión en este terreno. Deglutí aquellos títulos, me amonesté a mí mismo y seguí atribuyendo a la dama lo mejor y lo más noble. ¡Y ayer noche en el salón cometió este crimen! Ella, la mujer simpática, alegre, incluso bonita, la mujer que seguramente no pegaría a un niño ni atormentaría a un animal en mi presencia, ¡se sentó al piano en mi presencia y tocó con la frente alta y mirada inocente un minué del siglo dieciocho con manos torpes, violentas y asesinas! Yo estaba horrorizado, triste y rojo de vergüenza, pero nadie se dio cuenta de que había ocurrido algo grave, era el último que albergaba tan insensatos sentimientos. ¡Oh, cómo ansié mi soledad, mi guarida que nunca debí abandonar, donde hay ciertamente sufrimientos y miserias, pero no pianos, ni conversaciones literarias, ni hombres cultos!

Y todo el tratamiento, todo Baden ha llegado a parecerme insufrible. Que yo sepa,

casi todos los huéspedes de nuestro hotel han estado anteriormente en Baden, muchos visitan el balneario por sexta o por décima vez, y de acuerdo con el cálculo de probabilidades a mí me pasará lo mismo que a todos los enfermos del metabolismo, es decir, que la dolencia empeora de año en año y la esperanza de curación degenera en la esperanza más modesta de encontrar un alivio efímero con estos tratamientos al menos una vez al año. El médico, desde luego, insiste en darnos seguridades, pero esto es parte de su profesión, y del aspecto saludable de los pacientes se cuida materialmente la opípara comida y colorísticamente la lámpara de cuarzo, que al broncearnos del modo más decorativo consigue que demos la impresión de haber llegado de las altas montañas rebosando salud.

Además, este ambiente podrido y relajado del balneario corrompe también moralmente. He perdido mis dos buenas cualidades espartanas adquiridas con los años, la respiración y la gimnasia, y la preferencia por los alimentos sin grasa, si bien tengo para ello el beneplácito del médico; también ha desaparecido casi totalmente la afición que tenía al principio a la observación y el trabajo. No es que lo sienta por esta *Psychologia Balnearia*, sino al contrario, pues no se trataba de ninguna obra ni intento de creación con un fin determinado; era solamente una ocupación, un pequeño ejercicio cotidiano para los ojos y la muñeca. Pero también en esto triunfa la pereza, y ahora gasto muy poca tinta. De no ser por la victoria sobre el holandés, aunque fuese muy ardua, tendría que acusarme de holgazanería y degeneración. Pero puedo hacerlo en muchos puntos. Ante todo, se ha adueñado de mí una pereza, una desidia malhumorada que me paraliza ante todo lo bueno y útil, por ejemplo, ante cualquier esfuerzo físico por pequeño que sea. Después de obligarme a dar el más breve paseo y de levantarme de la mesa, así como después de los baños y tratamientos, me echo en la cama o en una tumbona, y en cuanto a mi presente estado espiritual, lo comprenderé claramente más tarde, cuando lea estos necios apuntes que garabateo de vez en cuando impulsado por un resto de sentimiento del deber. Actualmente sólo estoy hecho de pereza, lánguido aburrimiento y somnolencia crónica.

Aún me queda por hacer una confesión más vergonzosa. El hecho de que ya no desee trabajar, ni pensar, ni apenas leer, de que haya perdido todo vigor y energía tanto psíquicos como físicos, sería ya suficientemente grave, pero aún hay más. He comenzado a entregarme precisamente a la parte superficial y embrutecedora, estéril y viciosa de esta apoltronada vida de balneario. Por ejemplo, al mediodía como todos los bocados exquisitos no ya por diversión y con íntima superioridad o al menos ironía, como hacía al principio, sino que como, mejor dicho, devoro, aunque hace mucho tiempo que no conozco el hambre, estos largos y opíparos menús dos veces al día con la glotonería estúpida y sin freno del hombre aburrido, del gordo y egoísta burgués, bebo casi siempre durante la cena un poco de vino y me he acostumbrado a apurar una botella de cerveza antes de acostarme, cuando hacía veinte años que no la

probaba. Al principio la bebía como somnífero, porque me la recetaron, pero desde hace días la bebo puramente por costumbre y por gula. ¡Es increíble lo de prisa que se aprende todo lo malo e inútil, lo fácil que es convertirse en un perro holgazán, en un cerdo glotón!

Pero mi talento para el vicio no se ha contentado en modo alguno con comer, beber, holgazanear y permanecer en la cama. La inercia y ociosidad físicas van de la mano con las psíquicas. Lo que jamás hubiera creído posible ha sucedido: no me limito a evitar en lo espiritual todos los senderos difíciles, accidentados y peligrosos, sino que busco también en lo espiritual aquellos placeres insulsos, perversos, idiotamente pomposos y sin contenido que siempre he rehuido y abominado y por los cuales he culpado y despreciado al burgués y al ciudadano en particular y a nuestra época y civilización en general. Me he aproximado tanto al nivel medio del bañista, que no sólo no desprecio ni rehúso una parte de dichos placeres, sino que los comparto y los busco. Ya no tardaré mucho en leer la nomenclatura de bañistas (de todas las diversiones de los pacientes, ésta es la que se me antoja más extraña), en pasar toda la tarde hablando con la señora Müller sobre su reumatismo y las diferentes clases de té y en enviar a mis amigos cartas postales con parejas de novios o esos audaces hombres-nabo.

A los conciertos, que durante mucho tiempo he evitado tan cuidadosamente, acudo ahora con bastante frecuencia; me siento en una silla como los demás, oigo sonar la música ligera y tengo la agradable sensación de que con ella se aleja audible y palpablemente un retazo de tiempo, un retazo del tiempo que tanto nos sobra a los bañistas. A veces logra ganarme y hechizarme la propia música, la atracción puramente sensual de un par de instrumentos bien tocados, sin que roce mi conciencia el carácter y el contenido de la pieza interpretada. Oigo ahora sin lamentos y hasta el final frívolas piezas musicales cuya composición me hubiese repugnado hace un tiempo. Me quedo sentado un cuarto de hora, a veces hasta media hora, cansado y en posición desgarbada, entre el hastío general, oigo como los demás el paso del tiempo, tengo como los demás una expresión aburrída, me rasco de vez en cuando como los demás el cuello o la nuca, apoyo la barbilla en el pomo del bastón o bostezo, y sólo en momentos aislados se despierta mi alma, asustada y rebelde como un caballo salvaje que se encuentra de repente en una cuadra, para volver a dormir y soñar casi en seguida, solitaria, sin mí, porque estoy separado de ella desde que vengo a esta sala de conciertos.

Y es ahora, cuando formo parte de la gente, cuando soy un bañista cualquiera, un cansado y aburrído filisteo, que me doy cuenta de lo ridículo y frívolo que era al presentarme en las primeras páginas de este escrito como un representante del mundo y su mentalidad. Lo hice con ironía, y es ahora, al pertenecer efectivamente a este mundo adocenado, al entrar sin alma en una sala y oír música ligera, como quien

toma el té o bebe una cerveza, cuando siento con toda claridad lo mucho que aborrezco este mundo. Porque ahora, en este mundo, me odio, desprecio y repudio a mí mismo, a mí y a nadie más. No, pactar con este mundo, pertenecerle, gozar de prestigio en él y sentirme bien —lo sé en este momento con cada fibra de mi ser— no es para mí, lo tengo prohibido, es un pecado contra todo lo bueno y sagrado que conozco y en cuya participación estriba mi dicha. ¡Y únicamente porque ahora cometo este pecado, porque he pactado con este mundo y lo he aceptado, experimento un terrible desasosiego! Y sin embargo, persisto en ello, la pereza es más fuerte que mi intuición, el vientre lleno y siempre ávido es más fuerte que el alma de tímido lamento.

Ahora intervengo a veces en la conversación de mis colegas bañistas, después de comer nos quedamos un rato en el pasillo y enunciamos opiniones totalmente concordantes sobre el estado de la política y la moneda, sobre el tiempo y la cura de aguas y también sobre la filosofía de la vida y preocupaciones familiares. Yo, con la barriga llena de buena comida, expreso mi conformidad cuando se dice que los jóvenes necesitan tener una autoridad sobre ellos y que a nadie le perjudica trabajar de firme algún tiempo y alimentarse con amargos mendrugos. De vez en cuando, el alma palpita, las palabras saben a hiel en mi boca, y entonces he de alejarme corriendo y buscar la soledad (¡oh, qué difícil es encontrarla aquí!), pero ya he cometido ese pecado contra el espíritu, ya soy culpable del pecado de la charlatanería inútil, del asentimiento irreflexivo.

Otra distracción a la que me estoy aficionando aquí es el cinematógrafo. Ya he pasado varias veladas en el cine, y si la primera vez lo hice para estar solo en alguna parte, no tener que escuchar ninguna conversación y escapar de la proximidad del holandés, la segunda ya fui para divertirme, por ansias de distracción (¡también me he acostumbrado a la palabra «distracción», que antes no figuraba en mi vocabulario!). Fui varias veces y, fascinado y aturdido por las imágenes que desfilaban ante mis ojos, no sólo me dejé atraer por el más espeluznanteseudodramatismo y pseudoarte, además de una música deplorable, sino que también soporté el ambiente tan perjudicial para el cuerpo como para el espíritu que reinaba en aquella sala. Ya he empezado a soportarlo todo, a tragarlo todo, incluso lo más necio y repugnante. He visto durante más de una hora la proyección de una película en la que aparecía una emperatriz de la antigüedad y teatro, circo, iglesia, gladiadores, leones, santos y eunucos, y he soportado que los más altos valores y símbolos, que trono y cetro, ornato y aureola, cruz y todos los posibles e imposibles estados y facultades del alma, y cientos de hombres y animales sirvieran de diversión a la plebe, que todo este espectáculo magnífico en sí fuese depreciado por un texto interminable y totalmente idiota, envenenado por un dramatismo falso y degradado por un público sin criterio. Era espantoso en muchos momentos, estuve muchas veces a punto de echar a correr,

pero los ciáticos no pueden correr con facilidad y me quedé, contemplé el desatino hasta el final, y es probable que mañana o pasado mañana vuelva a aquella sala. Sería injusto negar que también he visto en el cine cosas llenas de encanto, como un simpático acróbata y humorista francés que tenía mejores ocurrencias que la mayoría de poetas. El objeto de mi acusación, lo que excita mi repulsa y mi ira, no es el cine, sino yo mismo, el espectador de cine. ¿Quién me obliga a ir, a soportar la terrible música, a leer los textos estúpidos, a escuchar las carcajadas de la gente, mis hermanos menos culpables? En aquella película monumental vi cómo media docena de magníficos leones, que dos minutos antes estaban vivos, eran arrastrados ya cadáveres por la arena, y oí reír a la mitad de los espectadores ante escena tan triste y cruel. ¿Acaso estas aguas termales contienen algo, una sal, un ácido, una cal, algo que nivela a la gente, que origina prevención contra todo lo elevado, noble y valioso y elimina la prevención contra lo bajo y vulgar? Sea lo que fuere, yo me inclino y me avergüenzo, y hago algunos votos para más tarde, para cuando haya vuelto a mi estepa.

¿He terminado ya la lista de malas costumbres y vicios recién adquiridos? No, aún no la he terminado. Me he aficionado también al juego de azar, he jugado varias veces con placer y en tensión ante la mesa verde y también ante una máquina a la que se alimenta con monedas de plata a través de diversas pequeñas ranuras. Por desgracia, no puedo jugar como quisiera porque tengo poco dinero, pero he apostado lo que me era posible y por dos veces he conseguido jugar durante una hora entera sin perder más de uno o dos francos. Con esto no he tenido, naturalmente, la verdadera experiencia del jugador, pero la he olfateado y debo confesar que me procuró un gran placer. También he de reconocer que no me inspiró remordimientos de conciencia como los conciertos, las conversaciones con los bañistas y los leones del cine, sino que, por el contrario, el sabor un poco prohibido y antiburgués de este vicio me gustó extraordinariamente, y lamento de veras no poder hacer apuestas más sustanciosas.

Las sensaciones del juego eran para mí las siguientes: primero me quedaba un rato al borde del tapete verde, mirando los números y escuchando la voz del hombre que movía la ruleta. El número que pregonaba este hombre, el número elegido por la bola, que un segundo antes era un número cualquiera entre muchos, resplandecía ahora con un cálido brillo en la voz del hombre, en el hueco ocupado por la bola y en los oídos y corazones de los oyentes. «*Quatre*», se pregonaba, o «*cinq*» o «*trois*», y el número no sólo resplandecía en mi oído y mi conciencia y en la pista redonda y cónica de la bola, sino también en el tapete verde. Si salía el siete, la negra y rígida cifra siete adquiría durante segundos en su correspondiente campo verde un resplandor festivo, anulaba todos los otros números, pues todos los otros sólo habían sido alternativas mientras que él había llegado a ser cumplimiento y realidad. La realización de lo posible, y la espera y participación en este hecho eran el alma del

juego. Cuando había observado y escuchado durante unos minutos y empezaba a sentirme atraído por el juego, llegaba el primer momento hermoso y emocionante: se gritaba el seis, y esto no me sorprendía, era tan justo, natural y real como si yo lo hubiese esperado, sí, incluso como si yo lo hubiese llamado y hecho realidad. A partir de este segundo, mi espíritu participaba en el juego, husmeaba el destino, me sentía un buen amigo de la casualidad, y debo confesar que esta sensación produce una gran dicha, es la esencia y el imán de todo el juego. Así pues, si oía gritar el siete, luego el uno, después el ocho, no me sentía sorprendido ni desengañado, creía incluso que ya esperaba estos números, y ahora quedaba establecido el contacto, yo estaba conectado a la corriente y podía abandonarme a ella. Ahora miraba fijamente el tapete verde, leía los números y me sentía atraído por uno de ellos, oía que me llamaba suavemente (muchas veces lo hacían dos a la vez), veía que me hacía señas y colocaba mis francos sobre ese número. Si no salía elegido, no experimentaba decepción ni desencanto, sólo era cuestión de esperar que saliera pronto mi seis o mi nueve. Y así ocurría, a la segunda o tercera vez era pregonado. El momento de ganar es maravilloso. Has llamado al destino y te has puesto en sus manos, crees estar en contacto con el gran misterio, te imaginas que eres aliado y amigo suyo; y he aquí que es verdad, se confirma tu ilusión silenciosa y secreta, tu pequeño y oculto deseo se cumple, se realiza el milagro, la intuición se convierte en realidad, tu número es elegido por la todopoderosa bola de la suerte, el hombre de la ruleta lo grita en voz alta y el director de la mesa te lanza un puñado de resplandecientes monedas de plata. Esto es extraordinariamente bello, es pura suerte, y no tiene nada que ver con el dinero, pues yo, el autor de estas páginas, no he conservado ni uno solo de los francos ganados, el juego me los ha vuelto a arrebatarse todos, y sin embargo, siguen brillando los hermosos momentos en que ganaba, la maravillosa, íntima e infantil sensación de triunfo que equivalía cada vez a un magnífico árbol navideño cubierto de regalos, a un milagro, a una fiesta, y ciertamente una fiesta del espíritu, una corroboración, afirmación y elevación del instinto vital más íntimo y profundo. Por supuesto que se puede sentir el mismo gozo, la misma felicidad maravillosa en planos más elevados, en formas más nobles y diferenciadas: el resplandor de un profundo conocimiento de la vida, el momento de una victoria interior y sobre todo el momento creador, el instante del descubrimiento, del fulgor de una idea, el sabor triunfante del acierto en el trabajo del artista, todo esto es, en regiones más elevadas, parecido a la experiencia de ganar en el juego, como son parecidos la imagen y su reflejo. Pero ¡cuán raramente vive incluso el afortunado, el agraciado, estos supremos y divinos momentos, cuán raramente brilla en nosotros, las personas maduras y cansadas, una satisfacción, una sensación de felicidad plena que pueda compararse en fuerza y magnificencia a las dichosas experiencias de la infancia! Estas experiencias son las que persigue el jugador, aunque parezca que le interesa el dinero. Lo que persigue y

trata de encontrar es el ave del paraíso de la alegría, tan rara en nuestra vida insulsa y monótona, y es a ella a quien busca la nostálgica ansiedad de su mirada.

La suerte iba, pues, de un lado para otro, había momentos en que me identificaba con ella, me trasladaba a la bola en sus vertiginosas vueltas, ganaba, y una sensación deliciosa me hacía estremecer. Entonces pasaba el momento culminante. Tenía en el bolsillo del pantalón un grueso puñado de monedas recién ganadas y seguía apostando, y lentamente se iba desvaneciendo la sensación de seguridad, salía un uno o un cinco que me cogían completamente de sorpresa, se mostraban hostiles y se burlaban de mí. Ahora estaba intranquilo y ansioso, apostaba a números con los que no me asociaba la intuición, vacilaba largo rato entre par e impar, pero no dejaba de apostar hasta que había perdido todo el dinero del juego. Y sentía, no después, sino incluso mientras jugaba, la profundidad del símil, veía en el juego la imagen de la vida, donde ocurre exactamente lo mismo, donde el presentimiento irracional nos comunica los más fuertes hechizos y da rienda suelta a las fuerzas más impetuosas, donde la crítica y la razón contribuyen a la atrofia de los buenos instintos, tergiversándolos y resistiéndose a ellos, y así ocurre lo que debe ocurrir, totalmente sin nuestra intervención y por encima de nuestras cabezas. El jugador apasionado, que ha sobrepasado su punto culminante y pese a ello no puede dejar de jugar, que ya no actúa bajo la dirección de ningún presentimiento o fe profunda, se parece mucho a la persona que no reflexiona en las cuestiones importantes de la vida y, en lugar de esperar y cerrar los ojos, comete casi irremediamente un error por exceso de cálculo, esfuerzo y razonamiento. Y una de las reglas más seguras ante el tapete verde es ésta: cuando veas a un jugador que está cansado y tiene mala suerte, que apuesta una y otra vez al mismo número y siempre sin éxito, apuesta tú al número que hasta ahora ha probado en vano y que al fin abandona por cansancio, porque es seguro que saldrá.

El juego por dinero es muy diferente de todas las demás diversiones del balneario. Aquí, junto al tapete verde, no se leen libros ni se entablan conversaciones superficiales ni se tejen calcetines como en los conciertos o en el jardín; tampoco hay nadie que bostece o se rasque el cuello. Aquí los reumáticos ni siquiera se sientan, se mantienen fatigosa y heroicamente en pie, sin miramientos para sus piernas que tanto cuidan en otras ocasiones. Aquí, en la sala de juego, no se hacen chistes ni se habla de enfermedades ni de Poincaré, tampoco se ríe, o casi nunca; la gente está seria y habla en susurros en torno a la mesa de juego, la voz del empleado suena ahogada y solemne, las monedas de plata tintinean con suavidad sobre el tapete, y sólo esto, este recogimiento y relativa discreción y dignidad, presta al juego desde mi punto de vista una incalculable ventaja sobre aquellas diversiones en las que la gente se muestra tan ruidosa, desaliñada e incontinente. En la sala de juego reina un ambiente serio de día festivo, y los huéspedes entran con algo de timidez, como en una iglesia, sólo se

atreven a cuchichear y miran con respeto al caballero de frac. Y éste se comporta ejemplarmente, no como una persona, sino como el titular neutral de un cargo o una dignidad.

No puedo investigar aquí las causas psicológicas de este ambiente de fiesta y su agradable y benéfica solemnidad, porque ya he renunciado hace tiempo a la ficción de que mi *Psychologia Balnearia* se refiere a otra psique que no sea la mía propia. Es posible que la atmósfera respetuosa, llena de dignidad y devoción, que reina en la sala de juego se deba simplemente a que aquí no se trata de música, drama u otras puerilidades, sino de lo más sagrado y querido que conocen los hombres: el dinero. Pero, como ya he dicho, no quiero analizarlo, se encuentra más allá de mi problema. Sólo haré constar que, al contrario de todas las demás diversiones populares, en la sala de juego domina un ambiente muy parecido a la veneración. Y mientras que, por ejemplo, el público del cine no se recata de hablar o proferir expresiones inarticuladas de gusto o disgusto, el actor de aquí, el jugador, se siente obligado incluso en los momentos de la emoción más violenta, justificada y permitida, es decir, cuando gana o pierde dinero, a comportarse con decoro y dignidad. Veo aquí a las mismas Apersonas que durante el cotidiano juego de cartas acompañan la pérdida de veinte céntimos con arranques de mal humor en forma de maldiciones, y que ante la ruleta pierden cien veces más —no diré «sin parpadear», porque los párpados se mueven mucho—, pero sí sin gritar e importunar a cuantos les rodean con indecorosas expresiones de sus sentimientos.

Puesto que los gobiernos sabios se preocupan de todo cuanto pueda elevar el nivel de educación del pueblo y apoyan y subvencionan a los institutos que contribuyen a ello, me atreveré a indicar aquí, pese a ser en este terreno un profano completo, el hecho de que entre todos los juegos, distracciones y diversiones, no hay ninguno que inspire al participante tanto dominio de sí mismo, serenidad y decoro como el juego de azar en una sala pública.

Pero por muy simpático, e incluso benéfico que me resultara el juego, siempre encontré la ocasión de reflexionar sobre sus aspectos negativos, y todavía más de vivirlos experimentalmente. Todas las objeciones expresadas con tanto patetismo moralizador por los economistas nacionales en contra del juego se me antojan insignificantes desde mi punto de vista. Es cierto que el jugador corre el peligro de ganar dinero con demasiada facilidad y, en consecuencia, de menospreciar la santidad del trabajo; también es cierto que le acecha el peligro de perder todo su dinero y, por último, que la prolongada contemplación del rodar de la bola y los táleros puede hacerle perder la noción fundamental de la moral económico-burguesa, la incondicional veneración del dinero; pero ocurre que yo no puedo tomar muy en serio ninguno de estos peligros. A mí, el psicólogo, no me parecería nada grave que muchas personas enfermas espiritualmente sufrieran la rápida pérdida de su fortuna y

de su fe en la santidad del dinero, sino por el contrario su salvación más segura y tal vez la única posible, y también me parece que en nuestra vida actual, en contraste con el culto universal al trabajo y el dinero, sería muy deseable adquirir el sentido del juego espontáneo, de la entrega a la casualidad y de la confianza en los caprichos del destino, pues todo ello nos hace mucha falta.

No, lo que en mi opinión es el inconveniente del juego de apuestas y que pese a sus aspectos positivos acaba convirtiéndolo en un vicio, es algo puramente psíquico. Según mi agradabilísima experiencia personal, sentir durante veinte minutos diarios la tensión del juego de la ruleta y la atmósfera tan irreal de la sala de juego comunica una excitación muy placentera. Para un alma aburrida, vacía y fatigada, esto es un verdadero bálsamo, uno de los mejores que he probado. El inconveniente reside (y el juego tiene este inconveniente en común con el igualmente agradable alcohol) en que esta placentera excitación del juego procede del exterior y es puramente mecánica y material, por lo que el gran peligro consiste en que la confianza en esta siempre eficaz mecánica de la excitación puede hacer descuidar y finalmente perder el propio ejercicio, la propia actividad interior. Si en lugar de poner en movimiento al alma mediante la reflexión, los sueños, la meditación o la fantasía, se hace mecánicamente por medio de la ruleta, el error es casi el mismo que si se confía el propio cuerpo a baños y masajes y se renuncia a la propia actividad, al deporte y el entrenamiento. También la mecánica de excitación del cinematógrafo, que sustituye la propia labor artística de la vista en el descubrimiento, selección y contemplación de lo bello e interesante por un espectáculo visual puramente material, se basa en el mismo engaño.

No, del mismo modo que junto al masajista necesitamos el ejercicio físico, también necesita el alma su propio entrenamiento además o en lugar del juego y todas estas agradables excitaciones. Por eso es cien veces mejor que el juego de azar cualquier ejercicio activo del alma: ejercicios mentales y de memoria, la reproducción con los ojos cerrados de cosas que se han visto, la reconstrucción nocturna del curso del día, la libre fantasía y asociación. Menciono esto tanto para los amigos del bienestar popular como para corregir lo dicho sobre mi calidad de profano, porque en este terreno de la experiencia y educación puramente psíquica no soy ningún profano, sino un viejo especialista casi demasiado experto.

Ahora he vuelto a desviarme del tema, lo cual parece ser el destino de estos apuntes, que, incapaces de llegar a la solución de un problema aislado, van alineando las ideas de modo asociativo y casual, a medida que se presentan. Pero supongo que también esto debe formar parte de la psicología del huésped de balneario.

He abandonado mi tema, mi tan fastidioso tema, en favor de un pequeño panegírico del juego de azar, panegírico que continuaría de buen grado, pues la reanudación del tema me resulta penosa. Pero así ha de ser. Volvamos al bañista

Hesse, contemplemos de nuevo a este caballero envejecido y apoltronado, de porte cansado y apático y visible cojera. El hombre no nos gusta, no podemos amarlo, no deseamos sinceramente una larga o interminable continuación de su vida nada ejemplar ni interesante. No pondremos ninguna objeción a que este caballero abandone de una vez el escenario, donde hace tiempo que ya no representa un personaje satisfactorio. Si, por ejemplo, una mañana lo vence el cansancio durante el baño, se hunde en el agua y permanece debajo de ella, no veremos en el lance ningún motivo para apenarnos.

Pero el hecho de que nos interese tan poco por el susodicho bañista se debe únicamente a su función actual, a su momentáneo estado de agregación. No podemos perder de vista la siempre existente posibilidad de que su estado cambie, de que su esencia se transforme en un nuevo denominador. Este milagro, que ya ha sido vivido con frecuencia, es posible en todo momento. Cuando meneamos la cabeza al considerar al bañista Hesse y lo encontramos maduro para desaparecer, debemos tener siempre presente que no podemos creer en la desaparición, en el sentido de destrucción, sino sólo en el sentido de transformación, porque el fundamento y substrato de todas nuestras opiniones, y por ende de nuestra psicología, es la fe en Dios, en la Unidad —y la Unidad es siempre capaz de restablecerse, aun en el caso más desesperado, por el camino de la gracia y del entendimiento—. No existe el enfermo que no pueda sanar y volver a la vida con un solo paso, aunque sea el paso hacia la muerte. No existe el pecador que, con un solo paso, aunque tal vez sea el de la ejecución, no pueda ser de nuevo inocente y divino. Y no hay ninguna persona afligida, desviada y en apariencia indigna a la que no pueda renovar y convertir en un niño risueño un toque de la gracia. Ojalá este credo mío, este conocimiento mío no sea jamás olvidado ni al escribir ni al leer estas páginas. Y el autor de estas páginas no sabría de hecho de dónde sacar el valor, la justificación y la audacia para enfrentarse a sus críticas y veleidades, sus pesimismo y psicologías, si no existiera constantemente en su alma el conocimiento de la Unidad como un equilibrio indestructible. Por el contrario: cuanto más me expongo y me aventuro por un lado, cuanto más despiadadamente critico, cuanto más elástica es mi entrega a las veleidades, tanto más claro es el resplandor del lado opuesto, la luz de la reconciliación. De no ser por esta compensación infinita, ¿de dónde sacaría yo el valor de decir una sola palabra, de pronunciar una opinión, de sentir y expresar amor u odio y de vivir una sola hora?

MEJORÍA

Mi cura pronto tocará a su fin. Y, gracias a Dios, estoy mejor, estoy bien. Durante toda una semana me sentí completamente perdido y desalentado, sólo enfermo, sólo cansado, sólo aburrido y hastiado de mí mismo. Poco faltó para que hiciera poner en el bastón una punta de goma. Poco faltó para que empezase a leer la lista de bañistas. Poco faltó para que en lugar de escuchar la música ligera sólo un cuarto o media hora, resistiera todo un concierto de una hora o dos, y para que bebiera por la noche dos botellas de cerveza en lugar de una. Poco faltó para que apostara y perdiera en el casino todo mi dinero. También empecé a interesarme por mis vecinos de mesa del hotel, personas excelentes y simpáticas a las cuales respeto y de las que hubiera podido aprender mucho si no hubiese cometido el viejo error de intentarlo por la vía de la conversación. Y las conversaciones con personas a las que no se está vinculado íntimamente son casi siempre tan tediosas y decepcionantes. Ocurre además, por desgracia, que los extraños ven siempre en mí al profesional y se creen obligados a hablarme de arte y literatura, y entonces, naturalmente, sólo se dicen lugares comunes y las personas más interesantes se me muestran bajo un aspecto en el que no se diferencian de todas las demás.

Añadamos a esto los dolores y el tiempo desapacible, que empeoraba mi resfriado día tras día (ahora comprendo los eternos resfriados de mi holandés), y la terrible fatiga de los baños —fueron días de los que no puedo envanecerme—. Pero también ellos pasaron. Llegó un día en que los dolores empeoraron tanto que no pude levantarme ni siquiera para tomar el baño diario. Me declaré en huelga, permanecí acostado el día entero, y a partir del día siguiente empecé a mejorar. Este día en que se produjo el cambio se me antoja memorable, porque el cambio y la transformación llegaron de modo inesperado y repentino. El hombre acaba con todas las situaciones, por muy desagradables que sean, cuando se lo propone de verdad, y yo nunca dudé, ni en los días más negros y deprimidos de esta cura, en plena postración, de que terminaría por encaramarme hasta el borde de esta sima. El ascenso, la lenta y fatigosa conquista del mundo exterior, la lenta búsqueda y el lento hallazgo de la orientación más sensata, era, como ya sabía, un camino siempre transitable, el muy transitable y muy recomendable camino de la razón. Pero por experiencias anteriores conocía también el otro camino, el que se encuentra sin buscarlo, el de la dicha, la gracia y el milagro. Nunca me hubiera atrevido a esperar que el milagro se produjera en mí, que yo pudiese liberarme de esta situación vergonzosa, no entre la fatiga y el polvo del sendero de la razón, del entrenamiento consciente, sino volando sobre el camino florido de la gracia.

El día en que desperté del letargo y me decidí a continuar el tratamiento y la vida,

me sentía ciertamente algo descansado, pero en modo alguno de buen humor. Las piernas me dolían, la espalda también, mi nuca estaba rígida, levantarme me resultó difícil, difícil el trayecto hasta el ascensor y el baño, difícil el camino de vuelta. Cuando por fin llegó el mediodía y me dirigí al comedor, malhumorado y sin apetito, adquirí de pronto conciencia de mí mismo, dejé de ser solamente el bañista que baja las escaleras del hotel con miembros pesados y rostro abatido, para ser al mismo tiempo espectador de mí mismo. En uno de los muchos escalones ocurrió de repente, me dividí de improviso en dos personas, me miré a mí mismo, vi descender las escaleras a este bañista inapetente, lo vi apoyarse en la barandilla, lo vi entrar en el comedor respondiendo al saludo del camarero jefe. Yo había vivido ya muchas veces esta experiencia e interpreté en seguida como un buen presagio el hecho de que se presentara inopinadamente en mitad de este período estéril y enojoso.

Tomé asiento ante mi solitaria mesa redonda del luminoso comedor y al mismo tiempo me observé, me vi sentándome, acercando la silla a la mesa y mordiéndome un poco los labios porque el movimiento me causó dolor, cogiendo el florero con un gesto mecánico y colocándolo más cerca de mí, y sacando la servilleta del aro con lentitud y vacilación. Iban entrando otros bañistas, que se sentaban a su mesita como los enanos de Blancanieves y sacaban la servilleta del aro. Pero el bañista Hesse era el blanco principal de mi Yo observador. El bañista Hesse vertió un poco de agua en su copa con expresión de autodominio pero profundamente aburrida, partió un trozo de pan, todo como pasatiempo, y luego se olvidó de beber el agua y comer el pan, removiéndola distraídamente su sopa con la cuchara, miró con ojos ausentes hacia las otras mesas del espacioso comedor, echó un vistazo a las paredes decoradas con paisajes, observó al camarero jefe mientras éste corría por la sala, y estudió a las bonitas camareras de uniforme negro y delantal blanco. Algunos comensales comían en grupo ante mesas algo más grandes, pero casi todos permanecían solitarios frente a su plato, con expresiones de autodominio pero profundamente aburridas, vertiendo un poco de agua o vino en sus copas, partiendo el pan, dirigiendo miradas ausentes a los demás comensales, mirando las paredes decoradas con paisajes y observando al camarero y las bonitas camareras de uniforme negro y delantal blanco. En las paredes esperaban los decorativos paisajes, amables, mudos y un poco tímidos, y desde el techo, obra de un decorador desaparecido, miraban con amabilidad y nada de timidez cuatro cabezas de elefante que en días pasados me inspiraron alegría porque soy amigo y adorador de los dioses hindúes y veía en cada una de estas cabezas al dios Ganesha, delicado, inteligente, con cabeza de elefante, al cual venero mucho. Y con frecuencia, al levantar la vista hacia los elefantes me preguntaba por qué después de haber oído en mi infancia que la ventaja del cristianismo reside principalmente en que carece de dioses e ídolos, considero yo precisamente, a medida que envejezco y aprendo, un gran inconveniente que esta religión no tenga, a excepción de la

maravillosa María del catolicismo, dioses ni ídolos. Me gustaría mucho que, por ejemplo los apóstoles, en vez de predicadores algo aburridos y severos en exceso, fueran dioses con toda clase de facultades y prodigios naturales, y sólo veo una débil pero agradable sustitución de ellos en los animales de los evangelistas.

Pues bien, el hombre que ahora me miraba a mí y a los demás bañistas, al aburrido Hesse y a los aburridos comensales, no era el enfermo de ciática Hesse, sino el viejo Hesse, ermitaño algo misántropo y bicho raro, vagabundo y poeta, amigo de mariposas y lagartijas, libros antiguos y antiguas religiones, aquel Hesse que se enfrentaba al mundo con decisión y energía y para quien significaba una gran pena que sus autoridades le obligasen a exhibir un certificado de naturaleza o rellenar un formulario para el censo de la población. Este viejo Hesse, este Yo que en los últimos tiempos había perdido y del que me había distanciado un poco, estaba de nuevo ante mí y nos contemplaba. Veía al inapetente bañista Hesse desmenuzando con el tenedor un succulento pescado y llevándose a la boca con desgana pedazo por pedazo, lo veía cambiando de lugar sin necesidad o sentido la copa de agua y el salero, estirando o doblando las piernas bajo la silla, y veía a los otros huéspedes haciendo lo mismo, estas gentes llenas de hastío, servidas y alimentadas con la máxima diligencia por el *maître* y las jóvenes y bonitas camareras, pese a que nadie tenía apetito; y veía también que fuera, tras las solemnes ventanas arqueadas del comedor, en otro mundo, las nubes se extendían por el cielo. El misterioso espectador veía todo esto, y de improviso toda la escena se le antojó de una extrañeza inaudita, ridícula, cómica o tal vez inquietante; la serie de figuras de cera temerosas y rígidas, que no vivían del todo, y el Hesse hastiado, que comía sin apetito. Este espectáculo de absurda solemnidad era indeciblemente grotesco, insoportablemente estúpido; la cantidad exorbitante de comidas, porcelana, cristal, plata, vino, pan, servidumbre, todo para un par de huéspedes hartos y saciados cuyo tedio y melancolía no podía curar la comida ni la bebida ni la vista de las nubes flotantes.

Entonces el bañista Hesse levantó su copa de vino sólo por aburrimiento, se la llevó a los labios pero no bebió, añadió así un acto nuevo a la serie de actos automáticos e inútiles de esta comida, y en aquel momento se produjo la fusión de los dos Yo, el comensal y el observador, y tuve que dejar rápidamente la copa sobre la mesa porque me acometió de pronto un deseo irrefrenable de reír, una alegría totalmente infantil, una visión repentina de la inmensa ridiculez de esta situación. Por un instante me pareció ver en la imagen de la sala llena de gente enferma, apática, mimada y perezosa (pues atribuí a todos un estado de ánimo similar al mío), el reflejo fiel de toda nuestra vida civilizada, una vida sin ímpetu, discurriendo obligatoriamente por canales predeterminados, monótona, sin relación con Dios y con las nubes del cielo. Pensé durante un momento en los miles de comedores parecidos a éste, en los cientos de miles de cafeterías con manchadas mesas de mármol y música

pegadiza y dulzona, en los hoteles y oficinas, en la arquitectura, la música, las costumbres entre las que vive nuestra humanidad, y todo se me antojó parecido en valor e importancia al aburrido juego de mi mano ociosa con el tenedor de pescado, al paseo insatisfecho y triste de mi mirada por el espacioso comedor. Sin embargo, comedor y mundo, bañistas y humanidad no me parecieron en modo alguno durante aquel momento terribles y trágicos, sino únicamente de una extrema ridiculez. Sólo hacía falta reír para romper el círculo vicioso, interrumpir el mecanismo, para que Dios y las aves y las nubes irrumpieran en el ambiente marchito de la sala y nosotros dejáramos de ser melancólicos huéspedes a la mesa del balneario y nos convirtiéramos en satisfechos huéspedes de Dios a la mesa multicolor del mundo.

Como ya he dicho, en este segundo posé rápidamente mi copa de agua sobre la mesa, sobrecogido por una potente risa interior. Me costó un esfuerzo considerable reprimir esta risa, impedir que explotase. ¡Ay!, de niños nos ha ocurrido a menudo que, sentados a la mesa, en la escuela o en la iglesia, las ganas de soltar una fuerte y justificada carcajada nos han acometido de repente, pero no estaba permitido reír y había que impedirlo de algún modo, en atención al maestro, en atención a los padres, en atención al orden y la ley. A disgusto creíamos y obedecíamos a estos maestros, a estos padres, y nos asombraba mucho, y aún nos asombra hoy que detrás de sus órdenes, doctrinas religiosas y códigos morales se encontrara como máxima autoridad aquel Jesús que precisamente declaró bienaventurados a los niños. ¿Acaso se refirió únicamente a los niños modelo?

Pero una vez más consigo dominarme. Guardo silencio y siento el nudo en la garganta y el cosquilleo en la nariz, y busco ansiosamente cualquier pequeña válvula o salida, una salida permitida y posible para lo que me está sofocando. ¿Sería factible pellizcar un poco la pierna del camarero cuando pasara por mi lado, o salpicar con agua de mi copa a la camarera de mi mesa? No, no era factible, todo estaba prohibido, se repetía la misma historia de treinta años atrás.

Mientras pensaba esto, con la risa atragantada en la garganta, miré hacia la mesa más cercana y vi el rostro de una mujer desconocida, una dama de cabellos grises y aspecto enfermo que había apoyado su bastón contra la pared y estaba ocupada en jugar con el aro de su servilleta, pues nos hallábamos en una pausa entre dos platos y todos empleábamos los medios habituales para pasar el rato. Uno leía atentamente un periódico viejo; era evidente que conocía su contenido de memoria desde hacía tiempo, y sin embargo, por aburrimiento, leía una y otra vez la noticia de la enfermedad del señor presidente y el informe sobre la actividad de una comisión de estudios en Canadá. Una vieja solterona mezclaba dos sobres de polvos en su copa, medicamentos, para tomarlos después de la comida. Se parecía un poco a una de las temibles ancianas de los cuentos que mezclan polvos mágicos para causar la desgracia de personas más agraciadas que ellas. Un caballero de aspecto elegante y

fatigado, como un personaje de Turgueniev o Thomas Mann, contemplaba con distinción y nostalgia uno de los paisajes de las paredes. La que más me gustaba era nuestra gigante, que con porte intachable y de buen humor, como casi siempre, estaba sentada ante el plato vacío sin parecer irritada ni aburrida. En cambio, aquel caballero grave y moralista de las arrugas y la nuca rígida parecía un testigo de cargo y tenía una expresión en el rostro como si acabara de sentenciar a muerte a su propio hijo, mientras que sólo había comido un plato de espárragos. El señor Kesselring, el paje sonrosado, era también hoy sonrosado y gentil, aunque parecía algo envejecido, como si no tuviera un buen día, y el hoyuelo de su mejilla se antojaba hoy tan inverosímil y superfluo como la colección de fotografías picantes que llevaba en el bolsillo. ¡Qué raro y grotesco era todo! ¿Por qué estábamos todos quietos, esperando y sonriendo? ¿Por qué comíamos y esperábamos más comida, si hacía rato que estábamos hartos? ¿Por qué pasaba Kesselring por sus poéticos cabellos un diminuto cepillo de bolsillo, por qué llevaba consigo aquellas estúpidas fotografías, por qué sus bolsillos estaban forrados de seda? Todo era tan inmotivado e inverosímil, todo provocaba violentamente la risa.

Miré, pues, con fijeza el rostro de la vieja señora. Entonces soltó de pronto el aro de su servilleta y me miró a su vez, y mientras nuestras miradas se cruzaban, la risa se escapó hasta mi rostro y no lo pude evitar, sonreí a la dama del modo más amistoso, dando rienda suelta a mi alegría acumulada, que se evadió entre los labios y centelleó en mis ojos. Ignoro lo que ella pensaría de mí, pero reaccionó magníficamente. Primero bajó con rapidez la mirada y volvió a coger su juguete, pero ya había cierta inquietud en su rostro, y mientras yo seguía observándola con la mayor curiosidad, fue contrayéndose más y más hasta hacer las muecas más extraordinarias. ¡Se reía! ¡Luchaba con muecas y tragando saliva contra las ganas de reír que yo le había contagiado! Y así nos quedamos ambos en nuestros sitios, dos huéspedes del hotel conocidos como personas mayores y serias, mirándonos como colegiales, de soslayo, y tratando con nuestras muecas de dominar la risa. Dos o tres personas del comedor se dieron cuenta y empezaron a sonreír, satisfechas y algo burlonas, y, como si se hubiera roto el cristal de una ventana, dejando entrar el cielo blanquiazul, durante unos minutos recorrió toda la sala un humor alegre y cosquilleante, como si todos se hubiesen percatado a su vez de lo ridículos que éramos en nuestra dignidad de enfermos y nuestra aburrida tristeza.

Desde aquel momento me encuentro mejor, ya no soy sólo un bañista especializado en estar enfermo y curarme, sino que la enfermedad y la cura han vuelto a ser cosas secundarias. Continúo sintiendo dolor, esto es innegable. Pero ya que Dios quiere que duela, decido dejar en paz a la enfermedad; no estoy dispuesto a hacerle la corte todo el día.

Después de comer me dirigió la palabra un huésped del hotel, un caballero que

me era muy antipático, lleno de opiniones, que ya me había ofrecido periódicos muy a menudo y obligado a conversar; hacía días que, en una larga y extremadamente tediosa conversación sobre la educación y la instrucción pública, yo había asentido sumisamente y sin reservas a todos sus autorizados axiomas y criterios. Ahora el tipo se detenía como de costumbre en el pasillo y me cortaba el paso.

—Buenos días —me dijo—. ¡Hoy parece usted muy satisfecho!

—Es verdad, estoy muy satisfecho. Durante la comida he visto pasar algunas nubes por el cielo, y como hasta ahora había creído que estas nubes eran de papel y pertenecían a la decoración del comedor, me ha alegrado mucho descubrir que son aire y nubes auténticos. Se han ido flotando ante mis ojos, no estaban numeradas y ninguna llevaba una tarjeta con el precio de venta. Ya puede usted imaginarse lo mucho que me he alegrado. ¡La realidad existe, en pleno Baden! ¿No es maravilloso?

¡Oh, qué poco hermoso era el rostro con que el caballero acogió mis palabras!

—Vaya, vaya —dijo con tanta lentitud que necesitó un minuto entero—. ¿Conque usted creía que ya no existía la realidad? Si me permite la pregunta, ¿qué entiende por realidad?

—¡Oh! —respondí—, filosóficamente, ésa es una pregunta muy complicada. Prácticamente, en cambio, es muy fácil de contestar. Por realidad, señor mío, entiendo lo mismo que lo que se llama «naturaleza». En todo caso, no considero realidad todo lo que nos rodea continuamente aquí en Baden, ni las historias de enfermos y tratamientos, ni las novelas de reumatismo o dramas de gota, ni los conciertos del casino o al aire libre, ni los menús, ni los programas, ni los enfermeros, ni los bañistas.

—¡Cómo! ¿De modo que los bañistas tampoco son para usted una realidad? Así, por ejemplo, yo, el hombre que está hablando con usted, ¿no soy real?

—Lo siento, le aseguro que no deseo ofenderle, pero de hecho usted no tiene realidades para mí. Tal como se me presenta, carece de esos rasgos convincentes que convierten para nosotros lo percibido en experimentado, lo ocurrido en realidad. Usted existe, señor mío, esto no puedo discutirlo. Pero existe en un plano que ante mis ojos carece de realidad en el espacio y el tiempo. Yo diría que existe en un plano de papel, de dinero y créditos, de moral, de leyes, de inteligencia, de respetabilidad. Usted es un coetáneo de la virtud, del imperativo categórico y de la razón, y tal vez incluso está emparentado con el capitalismo. Pero no tiene la realidad que a mí me convence en cada piedra y cada árbol, en cada sapo y cada pájaro. Puedo, señor mío, aprobarlo y respetarlo infinitamente, puedo dudar de usted o creerle, pero me es imposible percibirle, me es totalmente imposible amarlo. Usted comparte este destino con sus parientes y allegados, con la virtud, la razón, el imperativo categórico y todos los ideales de la humanidad. Son todos maravillosos, estamos orgullosos de ustedes. Pero no son reales.

El caballero abrió mucho los ojos.

—Y si ahora sintiera por casualidad la palma de mi mano contra su rostro, ¿no se convencería de mi realidad?

—Si llevara usted a cabo este experimento, en primer lugar se arrepentiría, pues soy más fuerte que usted y de momento estoy maravillosamente libre de todo escrúpulo moral; pero es que además no alcanzaría su objetivo con esta prueba que me propone con tanta amabilidad. Yo reaccionaría a su experimento con ese instinto de conservación que siempre funciona con tanta eficacia, y su ataque no me convencería de su realidad, de la existencia en usted de una persona y un alma. Si coloco un brazo o una pierna entre dos polos eléctricos, me expongo a una descarga, pero no por ello consideraré la corriente eléctrica una personalidad o una criatura de mi especie.

—Tiene usted una naturaleza de artista, ya lo sé, y es preciso hacerle concesiones. Parece ser que odia y combate la inteligencia, el pensamiento lógico; por mí, puede usted hacerlo. Pero ¿cómo compaginar esto con su calidad de poeta, con tantas de sus manifestaciones? Conozco frases, artículos y libros suyos que predicán exactamente lo contrario, en los que se declara a favor de la razón y la inteligencia y en contra de la naturaleza irracional y casual, en los que aboga por las ideas y reconoce lo espiritual como principio supremo. Qué me dice a eso, ¿eh?

—¿Conque digo esas cosas? Sí, es posible. Verá, tengo la desgracia de estar siempre contradiciéndome a mí mismo. La realidad lo hace sin cesar y, en cambio, no lo hace la inteligencia, ni la virtud, ni usted, mi muy poco estimado señor. Por ejemplo, después de una marcha rápida en verano puedo estar totalmente poseído por el anhelo de un vaso de agua y declarar que el agua es la cosa más maravillosa del mundo. Un cuarto de hora después, cuando ya he bebido, no hay en la tierra nada tan poco interesante para mí como el agua. Lo mismo me ocurre con la comida, con el sueño, con el pensamiento. Mi actitud hacia el llamado «intelecto», por ejemplo, es exactamente la misma que hacia la comida o la bebida. Muchas veces no hay nada en el mundo que me atraiga tan poderosamente y se me antoje tan imprescindible como el intelecto, como la posibilidad de la abstracción, de la lógica, de la idea. Pero en otro momento, cuando estoy saturado y necesito y ansío lo contrario, todo lo intelectual me repugna como un alimento en malas condiciones. Sé por experiencia, que este proceder es considerado arbitrario y falto de carácter, y sí, incluso ilícito, pero nunca he podido comprender por qué, pues del mismo modo que he de alternar constantemente la comida y el ayuno, el sueño y la vigilia, también he de oscilar constantemente entre la naturalidad y el entendimiento, entre la experiencia y el platonismo, entre el orden y la revolución, entre el catolicismo y el espíritu de reforma. Que un hombre pueda venerar durante toda su vida al intelecto y despreciar a la naturaleza, ser siempre revolucionario y nunca conservador, o al revés, me parece

algo muy virtuoso, lleno de carácter y consistente, pero también me parece fatal, repugnante e insensato, como si alguien quisiera estar siempre comiendo o durmiendo. Y no obstante, ¡todos los partidos, políticos y espirituales, religiosos y científicos, se basan en la premisa de que tan insensato proceder es posible y natural! Tampoco usted, señor, considera acertado que en ciertos momentos yo ame apasionadamente al intelecto y le atribuya lo imposible, y en otros lo odie y reniegue de él y me vaya en busca de la inocencia y la plenitud de la naturaleza. ¿Por qué? ¿Por qué encuentra lo natural falto de carácter, e ilícito lo sano y evidente? Si es capaz de esclarecérme, me declararé de buen grado, oralmente y por escrito, vencido en todos los puntos. Entonces le atribuiré a usted toda la realidad posible, le prestaré toda una aureola de realidad. Pero ya lo ve, ¡no puede explicármelo! Está aquí presente, y bajo su chaleco hay el menú que ha ingerido, pero no un corazón, y en su cráneo engañosamente bien imitado hay inteligencia, en efecto, pero no naturaleza. ¡Nunca he visto algo tan ridículamente irreal como usted, reumático y bañista! El papel le asoma por los ojales, el intelecto le sale por las costuras, señor mío, en su interior no hay más que periódicos y cédula de impuestos, Kant y Marx, Platón y tipos de interés. ¡Si soplo, desaparecerá! Sólo con que piense en mi amada o en una pequeña primavera amarilla, ¡sólo eso será suficiente para borrarlo por completo de la realidad! No es usted un objeto, no es usted una persona, es una idea, una abstracción estéril.

Y en efecto, cuando yo, un poco acalorado, pero del mejor humor, alargué el brazo con el puño cerrado para demostrar su irrealidad a la figura, el puño la atravesó; ya no estaba. No me di cuenta hasta ahora de que había abandonado el hotel sin sombrero y buscado la solitaria orilla del río; me hallaba solo bajo los hermosos árboles, y el agua fluía y murmuraba. Y una vez más me encontré apasionadamente sometido al polo opuesto del intelecto, íntima y embriagadoramente enamorado del mundo necio y sin leyes de la casualidad, del juego del sol y las sombras en la tierra de color rosa claro, de las numerosas melodías de la corriente fluvial. ¡Ah, ya conocía estas melodías! Me acordé de un río de la India en cuya margen me había sentado como camarada de un viejo barquero, ya no recordaba su nombre, habían pasado mil años, y yo sentía la embriaguez de la diversidad y la casualidad. Pensé en mi amada, en el trozo de oreja que asoma por entre sus cabellos, y me sentí dispuesto en el corazón para derribar y renegar de todos los altares que un día edificara en honor de la razón y las ideas y a construir un altar nuevo en honor de aquel misterioso y apenas visible trozo de oreja. De que el mundo es una unidad y, sin embargo, múltiple, de que la belleza sólo es posible en lo perecedero, de que la gracia sólo puede ser experimentada por el pecador, de éstas y otras cien verdades profundas y eternas, aquel delicado pabellón del oído podía ser igualmente símbolo y sagrada alegoría que cualquier Isis, Vishnú o flor de loto.

¡Cómo murmuraba el río a mis pies, en su cauce de piedra, cómo cantaba la luz del mediodía, en los troncos moteados de los plátanos! ¡Qué hermoso era vivir! Ya estaba olvidado, se había desvanecido aquel loco deseo de reír que me acometiera en el comedor, tenía lágrimas en los ojos, una profunda exhortación me llamaba desde los murmullos del sagrado río, mi corazón estaba lleno de paz y agradecimiento. ¡Ahora, mientras paseaba por entre los árboles, vi claramente por primera vez el abismo de mal humor, extravío, sufrimiento y necedad en el que había vivido estas últimas semanas! ¡Dios mío, qué indefenso estaba, qué poco era preciso para hacer de mí un tipo repulsivo y cobarde! Un poco de enfermedad y dolor, dos semanas de vida de balneario, un período de insomnio, y ya me hundía hasta el cuello en el mal humor y la desesperación. ¡Yo, que había oído la voz de los dioses hindúes! ¡Qué alivio ver roto el maleficio, sentir de nuevo a mi alrededor aire, sol y realidad, percibir de nuevo voces divinas, abrigar de nuevo en el corazón recogimiento y amor!

Evoqué con atención estos días vergonzosos, confuso, asombrado, triste y también divertido por todas las locuras de que había sido víctima. No, ahora ya no necesitaba volver al casino, ni siquiera su respetable sala de juego, ahora ya no tenía el dilema de cómo pasar el tiempo. El hechizo estaba roto.

Y cuando hoy, pocos días antes del final de mi cura, reflexiono sobre cómo pudo ocurrir, cuando busco las causas de mi extravío y de todas estas vergonzosas experiencias, sólo necesito leer algunas páginas de estos apuntes para ver el motivo con claridad. No tuvo la culpa mi afición a soñar y fantasear, ni tampoco mi falta de moralidad y civismo, sino exactamente lo contrario. ¡Había sido demasiado moral, demasiado sensato, demasiado cívico! También esta vez había cometido el viejo y eterno error en el que ya cayera cientos de veces. Quería adaptarme a una norma, quería someterme a exigencias que nadie me imponía, quería ser o aparentar ser alguien que no era yo. Y de este modo me había violentado una vez más a mí mismo y a la vida entera.

Había querido ser alguien que no era yo. ¿De qué forma? Haciendo de mi ciática una especialidad, representando el papel del ciático, del bañista, del huésped de hotel que se adapta al ambiente burgués, en lugar de seguir siendo sencillamente yo mismo. Había tomado demasiado en serio a Baden, a la cura, al ambiente, a mis articulaciones doloridas, me había propuesto sanar cumpliendo el castigo de este tratamiento. Había querido alcanzar, por el camino de la penitencia, el castigo, el esfuerzo, mediante baños y abluciones, médico y magia brahmánica, lo que sólo puede alcanzarse por el camino de la gracia.

Siempre me ha sucedido lo mismo. Esta famosa psicología de los baños, que urdí sumergido en agua caliente, ha sido también una tontería, un intento de violentar la vida con racionios, y era inevitable que fracasara y se vengase. Ni soy como imaginé durante un tiempo, el representante de una filosofía especial de ciático, ni

existe tal filosofía. Tampoco existe la sabiduría del cincuentón sobre la que he fantaseado en el prólogo. Es posible que mi modo de pensar actual sea un poco diferente del de veinte años atrás, pero mis sentimientos y mi esencia, mis deseos y esperanzas son los mismos, no son más inteligentes ni más necios. Hoy como entonces puedo ser ya un niño, ya un anciano, tener dos años o un millar. Y mis intentos de adaptarme al mundo de las normas, de representar al ciático cincuentón, obtienen resultados tan nulos como mi intento de reconciliarme con la ciática y con Baden a través de mi psicología.

Hay dos caminos que conducen a la salvación: El camino de la justicia, para los justos, y el camino de la gracia, para los pecadores. Yo, que soy un pecador, he vuelto a cometer la equivocación de seguir el de la justicia. Nunca lo conseguiré por ese camino, pues si bien es néctar para los justos, para nosotros, los pecadores, es un veneno que nos convierte en malos. Es mi destino caer una y otra vez en estas tentativas erróneas, del mismo modo que en lo intelectual es mi destino que, siendo un poeta, siempre esté tratando de dominar el mundo con la mente en lugar de intentarlo con el arte. Una y otra vez recorro estos amplios, fatigosos y solitarios caminos, lo intento arduamente con la razón, y siempre termino en un estado de sufrimiento y extravío. Pero también es cierto que la resurrección sucede siempre a esta muerte, la gracia vuelve a rozarme con su aliento y el sufrimiento y el extravío ya no son graves, los errores han sido útiles y valiosas las derrotas, porque me han conducido al corazón materno, me han vuelto a regalar la experiencia de la gracia.

Así pues, voy a dejar de moralizar sobre mí mismo, no me quejaré ni arrepentiré de los intentos de la razón, la psicología y la cura, de las derrotas y represiones, ni volveré a acusarme a mí mismo. Todo ha acabado bien. Oigo de nuevo la voz de Dios, todo va bien.

Cuando hoy miro a mi alrededor en la habitación número 65, tengo una sensación cómica, experimento por esta habitación, al pensar en la inminente despedida, un sentimiento hogareño, la marcha ya me duele un poco por anticipado. ¡Cuán a menudo he escrito páginas enteras en esta pequeña mesa, muchas veces rebosando alegría y sintiendo que hacía algo valioso, y otras lleno de desazón y escepticismo, pero entregado al trabajo, al intento de comprender y esclarecer, o al menos de confesarme sinceramente! ¡Cuán a menudo he leído a Jean Paul en esta mecedora! ¡Cuántas noches he tratado de dormir en la cama de esta alcoba, ensimismado, descontento conmigo mismo o disculpándome, considerando mis sufrimientos un enigma cuya interpretación y solución estaba seguro de encontrar algún día! ¡Cuántas cartas he recibido y escrito aquí, cartas de desconocidos y a desconocidos que se ven reflejados en mis libros, que en sus preguntas, confesiones, acusaciones y confidencias buscan lo mismo que yo busco en mis confesiones y poesías: claridad, consuelo, justicia y un gozo nuevo, una inocencia nueva, un amor nuevo por la vida!

¡Cuántos pensamientos, cuántos estados de ánimo, cuántos sueños me han visitado en esta pequeña habitación! De aquí he salido hacia el baño en las mañanas cansadas y confusas, presentido la muerte en mis miembros doloridos y rígidos y leído en ellos el triste mensaje de la caducidad; aquí he tejido mis fantasías vespertinas o luchado con el holandés. Aquí, en aquellos días de felicidad, le leí a mi amada el prólogo de la psicología y presencié su gozo al oír el pequeño homenaje a Jean Paul, al cual también ella ama mucho. Y finalmente, todo el tiempo pasado en Baden, esta cura, esta crisis, esta pérdida y recuperación del equilibrio ha sido para mí una época importante.

¡Es una lástima que no haya experimentado este sentimiento hogareño y de afecto por esta pequeña habitación de hotel tres o cuatro semanas antes! Pero ya no hay remedio. Me basta con poder aceptar, amar y llamar propios hoy a la habitación y el hotel, al holandés y el tratamiento. Ahora que mis días en Baden están tocando a su fin, me doy cuenta de que aquí se está muy bien. Creo que podría permanecer en Baden durante meses. En realidad, tendría que hacerlo, aunque sólo fuera para reparar lo que aquí he pecado, contra mí mismo, contra la razón, contra el tratamiento y contra mis vecinos de habitación y de mesa. ¿Acaso no he llegado a dudar, en algunos días totalmente pesimistas, del propio médico, de la sinceridad de sus aseveraciones y del valor de las esperanzas que fomentan en mí? Sí, hay mucho por reparar. ¿Qué derecho tenía, por ejemplo, a escandalizarme ante la secreta galería de retratos del señor Kesselring? ¿Acaso era yo un censor? ¿No tenía también yo mis propias aficiones, que tampoco aprobaría todo el mundo? ¿Y por qué veía solamente en aquel caballero moralista de las arrugas al burgués, al egoísta y al presuntuoso juez de su prójimo? Del mismo modo podría haber hecho de él un romano, un héroe trágico monumentalmente estilizado, sufriendo bajo el peso de su propia dureza y de su propia justicia. Y así en todo; había miles de faltas por reparar, mil pecados e inhumanidades que expiar —cuando hubiese abandonado el camino del error y me hallara en brazos de la gracia—. ¡Dejemos, pues, que los pecados sean pecados y alegrémonos si conseguimos pasar un tiempo sin acumular otros nuevos!

Cuando a veces me asomo al abismo de los días malos del pasado, veo en las profundidades una imagen fantasmal, lejana y diminuta: el bañista Hesse, pálido y solitario, sentado ante sus manjares con rostro aburrido, un pobre diablo sin humor ni fantasía, gris por falta de mundo, un hombre enfermo y desagradable que no posee a su enfermedad, sino que es poseído por ella. Me aparto temblando, contento de que este pobre diablo ya esté muerto y no podamos, encontrarnos. ¡Descanse en paz!

Si los versículos del Nuevo Testamento no se toman como mandamientos, sino como manifestaciones de un conocimiento extraordinariamente profundo de los secretos de nuestra alma, la palabra más sabia que se ha pronunciado jamás, el breve resumen de todo el arte de vivir y toda la doctrina de la felicidad es aquella frase:

«Ama a tu prójimo como a ti mismo», que por otra parte ya se halla en el Antiguo Testamento. Se puede amar al prójimo menos que a uno mismo —y entonces el hombre es egoísta, codicioso, capitalista, burgués, y aunque amontone dinero y poder, no puede tener el corazón alegre y le están vedadas las satisfacciones más delicadas y exquisitas del alma—. O bien se puede amar al prójimo más que a sí mismo, y entonces el hombre es un pobre diablo, repleto de complejos de inferioridad, lleno del ansia de amarlo todo, y, sin embargo, lleno también de rencor hacia sí propio, viviendo en un infierno cuyo fuego atiza diariamente. ¡En cambio, el equilibrio del amor, el saber amar sin sentirse nunca culpable, este amor hacia sí mismo que no se roba a los demás y este amor hacia los otros que no reduce ni violenta al propio Yo! El secreto de toda la felicidad, de toda la bienaventuranza está contenido en esta frase. Y si se quiere, también puede uno volverse hacia el lado hindú y darle esta interpretación: ¡Ama a tu prójimo, pues es tú mismo!, una traducción cristiana del *tat twam asi*. ¡Ah, toda la sabiduría es tan sencilla, ha sido expresada y formulada hace ya tanto tiempo y con tanta exactitud y claridad! ¿Por qué sólo nos pertenece de vez en cuando, sólo en los días buenos? ¿Por qué no siempre?

MIRADA RETROSPECTIVA

Escribo esta última página lejos de Baden. Ya no estoy allí, me encuentro —llena ya mi cabeza de nuevos planes y tentativas— una vez más en mi estepa, una vez más en la soledad de mi celda. Gracias a Dios, el bañista Hesse ha muerto y ya no nos concierne. En su lugar ha vuelto a aparecer un Hesse totalmente distinto, un hombre aquejado de ciática, es cierto, pero que la domina, no ella a él.

Cuando abandoné Baden, la despedida me resultó efectivamente algo penosa. Había cobrado afecto a toda clase de cosas y personas de las cuales ahora tenía que separarme, de mi habitación, de mi hotelero, de los árboles de la orilla del río, del médico, que en la audiencia de despedida se portó nuevamente del modo más agradable, de las martas, de las bonitas y simpáticas camareras Rösli, Trudi y las demás, del comedor, de los rostros y figuras de muchos de mis hermanos en el sufrimiento. ¡Adiós, amable y siempre sonriente y servicial enfermera del aparato de diatermia! ¡Adiós, gigantesca holandesa, y también a ti, héroe Kesselring de los bucles dorados!

La despedida del propietario del Heiligenhof fue muy hermosa. Escuchó con una sonrisa mi agradecimiento, las alabanzas que dediqué a su hotel, y entonces me preguntó si el médico estaba contento conmigo y con mi cura, y cuando le conté que el médico me había alabado mucho y confiaba en mi curación completa, por lo que yo podía abandonar Baden con tranquilidad, la sonrisa de mi anfitrión adquirió una apacible socarronería y, posando una mano en mi hombro, me dijo:

—¡Claro, váyase tranquilo! Le felicito. Pero yo sé algo que usted tal vez no sepa: ¡Volverá!

—¿Que volveré? ¿A Baden? —interrogué.

Prorrumpió en una carcajada.

—Naturalmente. Todos vuelven, curados o no, todos acaban volviendo. La próxima vez será usted un parroquiano.

No he olvidado esta frase de despedida. Probablemente tenía razón, probablemente volveré, una vez, quizá muchas veces. Pero nunca más seré el mismo de la primera ocasión. Volveré a bañarme, volveré a someterme a la corriente eléctrica, volveré a ser bien alimentado, quizá tenga también depresiones y mal humor y me dedique a beber o jugar, pero todo será diferente, como ha sido diferente de todas las otras veces mi último regreso a la selva. En los detalles será todo igual, o muy parecido, pero en conjunto será nuevo y distinto, otras estrellas brillarán sobre mi cabeza. Porque la vida no es un cálculo ni una fórmula matemática, sino un milagro. Así ha ocurrido durante toda mi vida: Todo ha vuelto, las mismas notas, los mismos placeres y alegrías, las mismas tentaciones, una y otra vez me he dado la

cabeza contra los mismos cantos, luchado contra los mismos dragones, perseguido las mismas mariposas, repetido siempre las mismas situaciones y constelaciones, y a pesar de ello siempre ha sido un juego nuevo, eternamente hermoso, peligroso y emocionante. Mil veces he sentido euforia, mil veces una inmensa fatiga, mil veces he sido pueril, mil veces viejo e indiferente, y nada de ello ha durado mucho, todo ha vuelto y nunca ha sido igual. La Unidad que venero y que se oculta tras la multiplicidad no es jamás una unidad aburrida, gris, pensativa y teórica. Es la vida misma, llena de travesura, de dolor, de risas. Ha sido representada por la danza del dios Shiva, que baila hasta reducir el mundo a pedazos, y por muchas otras imágenes, no rechaza ninguna interpretación, ningún símil. Es posible introducirse en ella en cualquier instante, nos pertenece en todos los momentos en que no conocemos ni tiempo ni espacio ni sabiduría ni ignorancia, en que abandonamos las convenciones, en que nos entregamos con amor y abnegación a todos los dioses, todos los hombres, todos los mundos, todas las épocas. En tales momentos experimentamos a la vez la unidad y la multiplicidad, vemos pasar ante nosotros a Buda y a Jesús, hablamos con Moisés, sentimos en la piel el sol de Ceilán y vemos los hielos del Polo. Durante el breve tiempo transcurrido desde mi regreso de Baden he estado en ella diez veces.

Así pues, no he «sanado». Estoy mejor, el médico está satisfecho, pero no me he curado, puedo empeorar en cualquier momento. Aparte de la afectiva mejoría, me he traído algo más de Baden: he dejado de contemplar mi ciática con excesiva ansiedad. He comprendido que forma parte de mí, que me la he ganado a pulso, como las incipientes canas en mis cabellos, y que no es sensato querer erradicarla o conjurarla a que se vaya. ¡Seamos tolerantes con ella, aplaquémosla por medio de la reconciliación!

Y cuando regrese a Baden, me sumergiré de otro modo en el agua caliente, veré de otro modo a mis vecinos, tendré otros juegos y preocupaciones, escribiré de otra forma. Cometeré pecados de otra índole y volveré a encontrar a Dios por caminos nuevos. Y siempre creeré que soy el que actúa, el que vive, cuando sé muy bien que no soy yo, sino Él.

Cuando echo ahora una mirada retrospectiva a las semanas de mi tratamiento, nace en mí, como en toda retrospectión, aquella agradable ilusión de superioridad, de comprensión y clarividencia de la que se goza tan íntimamente en la juventud a cada nueva etapa de la vida. Veo los sufrimientos de mi más reciente Yo, los dolores físicos y las angustias espirituales ya pasados, la penosa situación superada, y aquel Hesse que hace poco tiempo se portaba tan cómicamente en Baden se me antoja muy lejano de este Hesse inteligente que ahora lo contempla con perspectiva. Veo la exageración con que reacciona este bañista Hesse ante insignificantes pequeñeces, reconozco el juego grotesco de sus obligaciones y complejos, y risibles porque ya no son actuales.

Pero ¿qué es grande o pequeño, importante o insignificante? Los psiquiatras declaran neurasténica a una persona que reacciona sensible y violentamente a pequeñas perturbaciones, pequeñas incitaciones y pequeñas ofensas a su amor propio, mientras que la misma persona soporta tal vez con serenidad sufrimientos y conmociones que la mayoría calificarían de muy graves. Y se considera sana y normal a la persona a la que se puede pisar sin que lo note, que soporta sin protestar la música más deplorable, la arquitectura más triste, el aire más viciado, pero que golpea la mesa y arma un escándalo cuando pierde un poco de dinero en una partida de cartas. He visto en tabernas a muchos hombres de buena reputación, que pasan por ser completamente normales y respetables, gritando, temblando y maldiciendo con tanto fanatismo y grosería a causa de una partida cuya pérdida pretenden achacar a su pareja, que he sentido la imperiosa necesidad de encargar al médico más cercano el internamiento de este desgraciado. Hay numerosas escalas de medición y todas pueden darse por válidas, pero yo nunca lograré considerar sagrada ninguna de ellas, aunque sea la de la ciencia o la de la moral pública del momento.

Y la misma persona que es capaz de reírse de la autodescripción del bañista Hesse y lo encuentra bastante cómico (en lo cual tiene razón), se asombraría mucho si viera descrita y analizada con detalle una sola de sus propias ideas, una sola de sus reacciones cotidianas ante el mundo que le rodea. Del mismo modo que bajo el microscopio algo invisible o repugnante, una partícula de polvo, puede convertirse en un firmamento maravilloso, así se convertiría bajo el microscopio de una auténtica psicología (que todavía no existe) la más pequeña emoción del alma, por mala, necia e insensata que fuera, en un espectáculo sagrado y devoto, porque no veríamos en ella nada que sirviera de ejemplo, ninguna imagen comparable con lo más sagrado que conocemos: la vida.

Sería presuntuoso si dijera que todos mis intentos literarios durante muchos años no son más que un intento, un intento vacilante de alcanzar esa meta lejana, el frágil y débil presentimiento de aquella psicología auténtica mediante el ojo del universo, bajo cuya mirada nada es pequeño o necio o repulsivo o malo, sino todo sagrado y digno de respeto. Y, si embargo, se trata de algo parecido.

Y cuando ahora, despidiéndome de estas páginas, dedico al conjunto de mi época de Baden una última mirada, persiste en mí una insatisfacción, un dardo, una tristeza. Esta tristeza no es causada por mis tonterías, mi falta de paciencia, mi nerviosismo, mis juicios duros y atolondrados, en suma, mis deficiencias y errores humanos de los cuales sé que están profundamente arraigados y son necesarios. No, mi tristeza, mi sensación de vacío, mi dolor tienen como causa estos apuntes, estos intentos de reproducir con la máxima verdad y sinceridad una minúscula fracción de la vida. Estoy afligido y avergonzado, he de confesarlo, no por mis pecados y vicios, sino solamente por el fracaso de mi experimento lingüístico, por el escasísimo resultado

de mi esfuerzo literario.

Y mi decepción se basa en un punto exactamente determinado. Tal vez consiga explicar esto por medio de un símil:

Si yo fuera músico, podría sin dificultad escribir una melodía para dos voces, una melodía compuesta de dos líneas correspondientes entre sí, que se completan, luchan y se condicionan mutuamente, pero que en todo momento, en todas las notas, están en relación y son parte del más íntimo y vivo efecto recíproco. Y todos cuantos supieran leer música comprenderían mi doble melodía, verían y oirían siempre en cada nota el tono opuesto, el hermano, el enemigo, el antípoda. Pues bien, esta doble voz, esta antítesis perpetuamente en lucha, esta doble línea es lo que yo querría expresar con mi material, con palabras, pero por mucho que lo intento, me resulta inútil. Lo pruebo una y otra vez, y si hay algo que presta tensión e impulso a mi trabajo, es únicamente este esfuerzo intensivo por alcanzar algo imposible, esta lucha salvaje por algo a lo que no accedo. Quisiera encontrar una expresión para la duplicidad, quisiera escribir capítulos y frases donde continuamente fueran visibles a la vez melodía y contramelodía, donde al lado de la policromía y la burla de la seriedad se encontrase siempre la Unidad. Porque la vida para mí sólo consiste en esto, en la fluctuación entre dos polos, en el ir y venir entre los dos pilares del mundo. Quisiera gozar constantemente indicando la gloriosa policromía del mundo, y recordar también constantemente que la base de esta policromía es una unidad; quisiera demostrar constantemente que lo bello y lo deforme, la luz y la oscuridad, la santidad y el pecado sólo son contrastes durante un momento, que nunca dejan de fundirse entre sí. Para mí, las palabras más sublimes de la humanidad son aquéllas en que se expresa con signos mágicos esta dualidad, las pocas sentencias y parábolas misteriosas en las que se reconocen los grandes contrastes del mundo como necesidad e ilusión a la vez. El chino Lao-tse formó varias de estas sentencias, en las que parecen tocarse por una fracción de segundo los dos polos de la vida. El mismo milagro ocurre todavía con más nobleza y sencillez, con efusión todavía mayor en muchas palabras de Jesús. No conozco nada más conmovedor que esto en el mundo, el hecho de que una religión, una doctrina, una escuela espiritual vaya sintetizando y refinando a través de los siglos la enseñanza del bien y del mal, de lo justo y lo injusto, exhorte más y más a la bondad y la obediencia, ¡y termine en su cima con el reconocimiento mágico de que noventa y nueve justos son menos ante Dios que un pecador en el instante de su conversión!

Pero tal vez es un gran error, sí, incluso un pecado por mi parte creer que he de dedicarme al anuncio de estos sublimes presentimientos. Tal vez la desgracia de nuestro mundo actual resida precisamente en que esta elevada sabiduría esté a la venta en todas las calles, que en cada Iglesia Nacional, junto a la fe en las autoridades, la talega y el orgullo patriótico, se predique la fe en el milagro de Jesús,

que el Nuevo Testamento, recipiente de las sabidurías más preciosas y peligrosas, se venda en cualquier tienda y sea repartido completamente en vano por los misioneros. Quizá estos inauditos, audaces y a veces alarmantes presentimientos e intuiciones que se hallan en muchas frases de Jesús tendrían que mantenerse cuidadosamente ocultos y rodeados de una muralla de protección. Tal vez sería bueno y deseable que los hombres, para aprender una de esas poderosas palabras, tuvieran que sacrificar años y arriesgar su vida, como han de hacerlo por otras cosas valiosas. De ser así (y muchos días creo que así es), el último de los escritores de folletines obra mejor y con más acierto que el que se esfuerza por expresar lo eterno.

Éste es mi dilema y mi problema. Se puede hablar mucho acerca de ello, pero no hallar la solución. Doblar el uno hacia el otro los dos polos de la vida, escribir la dualidad de la melodía de la existencia es algo que jamás conseguiré. No obstante, seguiré el oscuro mandato de mi interior y acometeré la tentativa una y otra vez. Ésta es la pluma que hace funcionar el mecanismo de mi reloj.

VIAJE A NUREMBERG

*Dedicado a mis amigos
Fritz y Alice Leuthold*

El autor de estos recuerdos de viaje no tiene la suerte de contarse entre las personas que son conscientes de claros motivos para sus actos; tampoco tiene la suerte de creer en tales motivos en sí mismo o en los demás. Los motivos, según me parece, no son nunca claros. La causalidad no tiene lugar en la vida, sólo en el pensamiento. Una persona enteramente espiritualizada, emancipada por completo de la naturaleza, podría ser capaz de reconocer en su vida una causalidad continuada, y estaría justificada en considerar únicos las causas e impulsos accesibles a su mente, ya que consistiría exclusivamente en conciencia. Pero yo aún no he conocido nunca semejante persona o semejante dios, y en lo que concierne a nosotros, las demás personas, me permito ser escéptico a propósito de todas las motivaciones de un acto o una circunstancia. No existe la persona que actúe por «motivos», sólo se lo imagina, y además procura que otros también se lo imaginen, en interés de la vanidad y la virtud. En todo caso, yo siempre he podido comprobar que los impulsos determinantes de mis actos se hallan en regiones inaccesibles a mi comprensión o mi voluntad. Y si hoy me formulo la pregunta de cuál fue realidad el motivo de mi viaje otoñal desde el Tesino a Nuremberg —un viaje que duró dos meses—, me sumo en una gran perplejidad, y cuanto más lo analizo, tanto más ramificados y divididos me parecen las causas y los impulsos, remontándose al final a años muy remotos y no como una línea continua de causalidad, sino como una espesa red de dichas líneas, hasta que este viaje casual y sin importancia se me antoja determinado por innumerables puntos de mi vida anterior. Sólo alcanzo a comprender los nudos más burdos de este entretejido. Cuando hace un año pasé una breve temporada en Suabia, uno de mis amigos suabos, que vive en Blaubeuren, se lamentó de que no hubiese ido a visitarle, y yo le prometí reparar mi negligencia en mi siguiente viaje a Suabia. Éste, visto desde fuera, fue el primer estímulo de mi viaje. Pero esta promesa tenía motivos adicionales, como comprendí después con toda claridad. Por mucho que me guste volver a ver a un viejo amigo que se alegra de mi visita, soy un hombre comodón que rehúye viajes y personas y al que no atrae demasiado la idea de un viaje por carreteras estrechas y apartadas. No, no fue sólo la amistad ni la educación lo que me impulsó a hacer esta promesa, sino otra cosa, algo que se ocultaba bajo el nombre de «Blaubeuren», un encanto misterioso, un raudal de ecos, reminiscencias y atractivos. Blaubeuren era en primer lugar una bonita ciudad de provincia suaba, y sede de varios conventos de religiosas, en uno de los cuales yo mismo me eduqué de niño. Además, había en Blaubeuren y en el mencionado convento cosas célebres y valiosas como, por ejemplo, un altar gótico. De todos modos, es difícil que estos argumentos histórico-artísticos hubiesen logrado ponerme en movimiento. Pero en el complejo «Blaubeuren» había algo más, algo a la vez suabo y poético y, para mí, de irresistible encanto: en Blaubeuren se encontraba el famoso Tarugo de Plomo, y en el Blautopf de Blaubeuren habitó en otros tiempos la hermosa Lau, y esta hermosa Lau

había nadado por aguas subterráneas desde el Blautopf hasta la bodega del convento de monjas y aparecido después en un pozo, «metida hasta el pecho en el agua», como relata su historiador. Y en estas bellas fantasías que los mágicos nombres de Blau y Lau, nació mi anhelo de visitar Blaubeuren. Pasó mucho tiempo antes de que comprendiera y constatará que el objeto de mis deseos era el Blautopf y la hermosa Lau en su baño de la bodega del convento, y que mis ansias de viajar a Blaubeuren se debían a ellos. Siempre he llegado a la conclusión de que yo, así como esas personas envidiables que conocen los motivos de sus actos, no soy nunca impulsado y dirigido por tales motivos, sino por querencias, y yo no tengo nada en contra de admitir en mí estas querencias, ya que han formado la parte más bella y dominante de mis años de juventud. Dos figuras femeninas de sendas poesías guiaron en los años juveniles mis fantasías poéticas y sensuales como hermosos modelos, ambas bellas, ambas misteriosas, ambas salpicadas de agua: la hermosa Lau de *El enano giboso* y la hermosa Judith en su baño de *Enrique el Verde*. Durante muchos, muchos años no había vuelto a pensar en ninguna de las dos, ni a pronunciar sus nombres, ni a leer sus historias. Y ahora, de improviso, al pensar en la palabra Blaubeuren vi de nuevo a la hermosa Lau, metida hasta el pecho en el agua, apoyando los blancos brazos sobre el brocal del pozo, y sonreí, consciente del motivo que me impulsaba a hacer el viaje. Y además de la hermosa Lau, a quien apenas podía esperar ver en su antigua morada, a estos ecos y fantasías iba unido el recuerdo de mi juventud y su potente mundo de ensueños, del poeta Mörike, de antiguos juegos, palabras y cuentos suabos, de la lengua y el paisaje de mi niñez. Ni la casa paterna ni la ciudad de mis años infantiles podían ejercer sobre mí un hechizo similar, las había vuelto a ver demasiado a menudo, las había perdido irremisiblemente. Aquí, en cambio, en las fantasías tejidas en torno al nombre «Blaubeuren» estaba concentrado todo el amor que aún perduraba en mí hacia la juventud, la patria y el pueblo. Y todas estas relaciones afectivas, todos los recuerdos y sentimientos se hallaban bajo el signo de Venus, de la hermosa Lau. No podía dárseme un hechizo más poderoso.

Sin embargo, todo esto dormitaba en mí, sin que nada de ello penetrara mi conciencia; el viaje era sólo una promesa que podía cumplir dentro de dos o diez años. Entonces, un día de primavera llegó una invitación a una conferencia en Ulm. Si la hubiera recibido en cualquier otro momento, me habría disculpado del mismo modo que las veces anteriores, y una postal rehusando cortésmente la invitación habría puesto fin al asunto. Pero la carta de Ulm no llegó en un momento cualquiera, sino en una época especial en que la vida me deparaba un malestar desusado, en que sólo veía a mí alrededor preocupaciones, cargas y desazón, y ningún aspecto agradable, y en que la idea de un cambio, una huida, tenía que resultarme atrayente. Por lo tanto, no escribí aquella postal cortés, sino que leí la invitación por segunda vez, y ya consciente a medias de que Ulm estaba muy cerca de Blaubeuren; después

dejé la carta sobre mi escritorio un par de días. Entonces escribí aceptando con la única condición de que la conferencia no tuviera lugar en pleno invierno, sino en otoño o primavera. Los organizadores de Ulm propusieron los primeros días de noviembre, y yo di mi conformidad, no sin aquella pequeña reserva mental con que siempre considero una promesa a largo plazo, el pensamiento secreto de que «si ocurre algo, siempre puedo telegrafiar con una contraorden».

Ahora era primavera y noviembre aún estaba lejos, y no me detuve a pensar mucho en este compromiso. Tenía otras ideas y preocupaciones, más próximas y acuciantes, y cuando recordaba el asunto de Ulm era con cierto mal humor por haberme dejado convencer para una conferencia en cuyo valor no creía y que acabaría siendo una obligación inoportuna. Los cantantes, virtuosos o actores, cuya profesión es aparecer en público, tienen que adaptarse a fastidiosa circunstancia de comprometerse para unos días o unas horas determinadas con medio año o un año entero de anticipación, pues su profesión así lo exige, y han de prescindir del capricho y estado de ánimo momentáneo y practicar su arte en cualquier momento dado. Pero para un escritor que vive en un pueblo, casi no viaja y apenas sale de su estudio, la idea de que ha de pronunciar una conferencia dentro de dos meses y exactamente el día doce, en esta o aquella ciudad, suele resultarle espantosa. ¡Cuán fácilmente puede sentirse enfermo en esa fecha! ¡Con qué facilidad puede ocurrir que precisamente entonces sea una época favorable para el trabajo, que haya llegado el momento bueno que con tanta frecuencia se ha esperado en vano y entonces, en pleno trabajo satisfactorio, hay que dejarlo todo por irnos días, hacer maletas, estudiar itinerarios, viajar, dormir en camas de hotel en ciudades extrañas y leer poesías ante personas desconocidas, poesías con las que tal vez se ha perdido el contacto y que se antojan anticuadas y necias! Así pues, el poeta suele arrepentirse amargamente cuando, movido por la vanidad, la codicia o el deseo de viajar, se deja convencer para explicar un curso.

Las personas que hacen un trabajo regular y organizado, que están acostumbradas a iniciar diariamente el trabajo a las ocho y a las dos, que suelen salir de viaje inmediatamente después de recibir un telegrama y en su apretado programa una tarde libre se les antoja un pequeño paraíso, que se entregan a sus placeres con el reloj en la mano, ¡estas personas no tienen idea de cómo vive su dudosa existencia un poeta, de qué modo ocioso, irregular, arbitrario y con qué despilfarro de tiempo! Ciertamente es que algunos realizan su trabajo con cierta perseverancia y regularidad, resisten horas enteras ante su mesa, empiezan por la mañana a una hora determinada y se obligan a permanecer insensibles tanto al estado del tiempo y las perturbaciones acústicas del exterior como al propio capricho y la propia pereza, hombres nobles y heroicos a los que estoy dispuesto a desatar los cordones de los zapatos, pero a los que me sería imposible emular. En cuanto a mí se refiere, creo que ningún hombre decente y

trabajador me estrecharla la mano si supiera el escaso valor que concedo al tiempo, qué desperdicio días, semanas e incluso meses, que malgasto mi vida con bagatelas. Ningún superior, ningún cargo, ninguna regla me prescribe la hora de levantarme y acostarme, cuándo debo trabajar y cuándo descansar, mi trabajo no está sujeto a ningún plazo, y ni al diablo le importa si para un poema de tres estrofas necesito una tarde o un trimestre. Cuando un día me parece demasiado espléndido para dedicarlo al trabajo, lo honro paseando, pintando una acuarela u holgazaneando. Cuando un día se me antoja demasiado gris, frío o caluroso para trabajar, lo despilfarro leyendo sobre el canapé o pintando abigarradas fantasías con lápices de colores, o permaneciendo en la cama si es invierno y siento todavía algún dolor. Si se me ha extraviado la estilográfica o experimento la necesidad de reflexionar sobre la relación entre la mitología hindú y la china, o si he encontrado durante el paseo matutino a una mujer hermosa, no pienso siquiera en el trabajo. Pero por otra parte, aunque trabajar no es mi fuerte y en el fondo me disgusta, considero un gran deber esforzarme por conseguir una continua disposición hacia el trabajo. Y si bien es cierto que tengo tiempo para holgazanear, no lo tengo para viajar, pescar, hacer vida de sociedad o muchas otras cosas bonitas —no, he de estar siempre cerca de mi lugar de trabajo eventual—. Si estoy invitado a cenar en Lugano mañana por la noche, me siento perturbado porque, ¿cómo sé yo si mañana por la noche no se presentará, alado, uno de los hermosos y raros momentos en los que el ave mágica canta para mí y me llama la voluptuosidad del trabajo? Por consiguiente, para un haragán de esta índole, que en el fondo desearía estar siempre dispuesto a trabajar, no puede haber nada más repugnante que saber con meses de anticipación que en unos días determinados ha de presentarse en alguna parte y realizar un cierto trabajo.

Si me viese obligado a justificar mi vida anárquica y ociosa, podría aducir unas cuantas cosas en mi descargo. Podría decir que en el momento del trabajo verdadero, aunque sólo se presente unas pocas veces al año, no existe para mí ni el tiempo atmosférico ni la salud ni ningún obstáculo ni el día ni la noche; que, entonces, fanático como un faquir y olvidándome del mundo y de mí mismo, me lanzo al remolino del trabajo, del que más tarde regreso agotado, quebrantado y pequeño. También podría mencionar que no desperdicio el tiempo por pura gandulería y puro desorden, sino por protesta consciente contra la frase más insensata y sagrada del mundo moderno: que el tiempo es oro. Esta frase es en sí totalmente cierta, se puede convertir fácilmente el tiempo en dinero, del mismo modo que la corriente eléctrica se convierte fácilmente en luz y calor. Lo insensato y vulgar de esta frase, la más necia de la humanidad, reside solamente en que se atribuye al «dinero» el más elevado valor. Pero prefiero no tener que justificarme. Soy en efecto, pese a todas las pruebas ficticias que pudieran presentarse en contra, un gandul, un holgazán, un hombre comodón que rehúye el trabajo, para no hablar de algún otro vicio. Tal vez

sea despreciado por ello, tal vez envidiado, pero nadie sino yo sabe lo caro que pago mis vicios. En fin, dejémoslo. En cambio debo decir algo más sobre eso de que «el tiempo es oro», porque está íntimamente ligado a la historia de mi viaje. La repugnancia que siento por este dogma del mundo moderno y por este mundo moderno en sí, al que considero una civilización mecánica, es tan grande que evito siempre que me es posible doblegarme a sus leyes. Mientras que en la actualidad, por ejemplo, se considera un progreso poder recorrer con el tren más de mil kilómetros en un día, yo encuentro insoportable e indigno pasar más de cuatro o cinco horas en un vagón de ferrocarril, y necesito una semana para un viaje que otro realizaría en un día y una noche. Para los amigos que son mis anfitriones en diversas etapas de mis viajes, esto resulta molesto hasta cierto punto, pues cuando me siento a gusto en algún lugar suelo resistirme varios días a continuar el viaje, a hacer maletas, a enfrentarme con el desagradable y fatigoso estrépito de estaciones y trenes. Entre las máximas de muchos sabios se cuenta el proverbio: «¡Vive cada día como si fuera el último de tu vida!». Pues bien, ¿quién, en su último día, respiraría hollín, arrastraría baúles, se apiñaría contra las barreras del andén y llevaría a cabo todas las risibles manipulaciones que lleva consigo un viaje en tren? Lo único bonito que tiene es el encierro con un grupo de semejantes reunidos al azar, pero por bonito que sea, al cabo de unas horas ha perdido todo su encanto. Y si la suerte te depara estar sentado en un vagón junto al hombre destinado a ser tu amigo del alma, sin el cual ya no podrías vivir, tendrías que ser muy torpe para no convencerle al cabo de un rato de que se apeara contigo del tren y en cualquier estación atractiva te ayudara a encontrar césped y flores, nubes y cielo. No voy a negar que viajar a mi manera requiere bastante tiempo y es más bien propia de la Edad Media; si alguna vez me decidiera a viajar hasta Berlín (hasta ahora he podido evitarlo), este viaje duraría por lo menos doce días. Hay que ser ciertamente muy poco moderno para aceptar mi método de viaje y comprender sus grandes ventajas. Como es natural, mi modo de viajar tiene también inconvenientes, como el de ser bastante caro, pero como compensación mis viajes me han proporcionado muchos placeres que serían totalmente inalcanzables por el método moderno. Y por estos placeres no me importa pagar, los tengo en una estima extraordinariamente alta, lo cual no es de extrañar en una persona tan ávida de placeres como yo. El destino de muchas personas es considerar la vida en su conjunto como dolor y sufrimiento, no sólo en las ideas, con un pesimismo estético-literario, sino también física y realmente. Estas personas, entre las cuales lamento contarme yo, tienen más talento para sentir dolor que para sentir placer, respirar y dormir, comer y digerir, y todas las sencillas funciones animales les procuran más dolor y esfuerzo que placer. Pero como a pesar de ello y siguiendo un mandato de la naturaleza sienten en sí mismas el impulso de ratificar la vida, encontrar buenos los dolores y no soportar la carga, estas personas persiguen con ansia inusitada todo cuanto pueda

aportar un poco de alegría, animar, satisfacer y entusiasmar, y conceden a estas cosas bonitas un valor que las personas sanas, normales y trabajadoras no les suelen atribuir. La naturaleza coloca en este camino el don de algo muy hermoso y complicado ante lo cual casi todos los hombres sienten cierto respeto: el humor. De vez en cuando aparece en estas personas dolientes, demasiado blandas y demasiado ávidas de placeres y consuelo, eso que se llama humor, un cristal que sólo surge entre dolores profundos y duraderos y que pertenece a las mejores producciones de la humanidad. Este humor, inventado por los afligidos para poder soportar e incluso ensalzar los dolores de la vida, es siempre y cómicamente considerado por los demás, los sanos y no afligidos, como lo contrario de lo que es, como el arrebató de una irrefrenable alegría de vivir; ante él los sanos se golpean los muslos, relinchan y después se quedan siempre perplejos y un poco ofendidos cuando leen de vez en cuando noticias como ésta: que el amado y prestigioso cómico X se ha ahogado voluntaria e incomprensiblemente en un ataque de melancolía.

Espero ser perdonado por tener tanto tiempo libre y divagar de una cosa a otra; volveré inmediatamente a mi tema. Pero si no lo hiciera, habría que preguntarse: ¿puede ser importante lo que cuente una persona sobre un viaje, una persona que critica el ferrocarril y, sin embargo, lo usa; que pasa los días en la ociosidad, acechando constantemente diversiones y pasatiempos, que acepta una invitación a impartir un curso mientras considera esta actividad con el mayor escepticismo, y para la cual la repulsa y burla de la vida seria, real, moderna, activa y trabajadora se ha convertido en una especie de deporte? No, no puede ser relevante en absoluto lo que tenga que decir sobre un viaje semejante romántico, y quien quiera escuchar a este bufón, que lo haga consciente del peligro de que el bufón, al estilo de los humoristas, pierda continuamente de vista su supuesto tema y haya de buscarlo una y otra vez. Es posible que sea una especie de humorista, y los humoristas, sea cual fuere el título o tema que elijan, lo usan siempre como pretexto, en realidad su único tema es la extravagante tristeza y, permítaseme la expresión, la pusilanimidad de la vida humana, y el asombro de que esta vida lastimosa pueda ser a veces tan bella y exquisita.

Así pues, con mi viaje sucedía lo siguiente: había llegado el verano, la melodía de mi vida no mejoraba, me asediaban las preocupaciones, y mis consuelos favoritos, la pintura y la lectura, habían perdido gran parte de su fuerza porque me dolían constantemente los ojos, lo cual ya me había ocurrido en años anteriores, pero nunca con tanta violencia y duración. Sentía con claridad que volvía a encontrarme en el triste final de un deseo cumplido y que mi vida tenía qué entrar en un nuevo signo para recobrar de nuevo un sentido. A fuerza de años y sacrificios había logrado erigirme una ermita donde, oculto y totalmente solo, podía entregarme a mis pasatiempos y vicios, pensar y fantasear, leer, pintar, beber vino, escribir y ahora este

deseo se había cumplido, lo había saboreado, y los ojos me dolían, leer y pintar ya no suponían la dicha de antes, y de esta situación, cuando se hiciera insoportable y yo hubiera ardidado en su fuego, surgiría un estado nuevo, una nueva tentativa de vida, una nueva encarnación, como ya me había sucedido otras veces. Ahora la cuestión era saborear los sufrimientos, cerrar los ojos, empequeñecerme y aceptar el destino. Desde este punto de vista, el viaje a Ulm a principios de noviembre se me antojaba en extremo oportuno. Aunque no me proporcionara nada más, significaría un cambio, nuevas imágenes, personas nuevas. Interrumpiría la soledad, me incitaría a la participación, a asomarme al exterior. Sí, me parecía muy oportuno. Empecé a planearlo un poco. Antes de la conferencia de Ulm quería visitar Blaubeuren, tenía que ser antes, pues no deseaba llevar a la hermosa Lau y a mis amigos al desánimo y disgusto que solían acometerme después de tales actos. Por consiguiente, debía partir a finales de octubre. Pero la distancia entre mi aldea de Tesino y Blaubeuren era grande, tenía que dividir este largo viaje en pequeñas y agradables etapas para que fuese placentero y digestible. En todo caso, decidí hacer un alto en Zurich, donde vivían unos amigos, y donde, sin estar expuesto a los horrores de la vida de hotel, podría gozar un poco de la vida ciudadana, de la música, el buen vino, el cine, tal vez el teatro. Por otra parte, cuanto más calculaba más caro me parecía el viaje, y los honorarios por la conferencia de Ulm no preveían un viaje que podía durar semanas en vez de días. Por este motivo no me desagradó que llegase repentinamente de Augsburgo una invitación para dar una conferencia. Augsburgo estaba sólo a dos horas de tren de Ulm, por lo que ni siquiera era necesario partir el trayecto en dos. Fijé la conferencia de Augsburgo para dos días después de la de Ulm, y mi proposición fue aceptada. Ahora mi viaje era un poco más importante y verosímil que antes, pues no sólo vería Ulm y Augsburgo, las antiguas ciudades suabas, sino que desde Augsburgo me dirigiría a Munich, donde tenía muchos amigos y donde muchos años atrás, bastante antes de la guerra, había vivido días alegres y felices.

Por de pronto me anuncié a mis amigos de Zurich, Ulm y Munich, entusiasmadas respuestas e invitaciones incrementaron mis deseos de viajar e incluso me pareció posible, tras prolongada reflexión, cubrir el trayecto Zurich-Blaubeuren en un solo día. Esto requería salir de Zurich a las siete o las ocho de la mañana, lo cual me pareció una hora excesivamente temprana para finales de octubre, pero me sentía dispuesto a hacer este pequeño sacrificio; sonriendo, me apunté los horarios de los trenes.

Durante los meses de verano mi profesión principal no es la literatura, sino la pintura, y me pasaba los días, hasta donde me lo permitía la vista, pintando con aplicación en los lindes de nuestros hermosos bosques, bajo los castaños, los alegres pueblos y colinas del Tesino, que hace ya diez años creía conocer más íntimamente que cualquier otro hombre de la tierra y que desde entonces he tenido ocasión de

conocer todavía más a fondo. Mi carpeta de acuarelas fue abultándose, y lenta e imperceptiblemente como cada año los campos amarillearon, los amaneceres se enfriaron, las montañas adquirieron un tono más violeta bajo el crepúsculo, y en mi verde tenía que mezclar cada vez más amarillo y rojo. De repente los trigales quedaron vacíos, la tierra rojiza dormitaba, y los maizales eran dorados y de un rubio pálido. Había llegado setiembre y comenzado la claridad del veranillo de san Martín. En ninguna otra época percibo como en estos días la llamada de la caducidad, en ninguna otra estación del año absorbo así los colores de la tierra, ávida y delicadamente a la vez, como un bebedor la última copa de una buena cosecha. También había tenido algunos éxitos con mi pintura, a cuyo respecto soy un poco ambicioso; me compraron varias acuarelas y una revista mensual alemana dispuso que yo ilustrara el artículo de un escritor sobre el paisaje del Tesino, ya había visto las pruebas de las ilustraciones y recibido mis honorarios de pintor, y jugaba entusiasmado con la idea de que tal vez aún conseguiría escapar totalmente de la literatura y dedicarme a la artesanía, para mí más simpática, del pintor. Fueron unos días buenos. Pero cuando en mi alegría esforcé demasiado la vista y tuve que dejar de pintar, y el otoño empezó a insinuarse con numerosos indicios, la inquietud se adueñó de mí. Puesto que ya había iniciado la reconstrucción de mi estado de ánimo y estaba resuelto a cambiar y emprender un viaje, no tenía ningún sentido aplazarlo. Decidí partir a fines de setiembre.

De pronto tuve muchas cosas que hacer. Debía llevar en la maleta lo necesario para varias semanas, y no era mi intención llevar durante estas semanas la vida de un viajero, sino detenerme tranquilamente aquí y allá, tal vez pintar, tal vez escribir. En todo caso, cargaría con mis utensilios de pintor y una buena selección de libros, había que repasar trajes y ropa interior, coser botones, zurcir desgarrones; todos los armarios y cajones estaban abiertos. En el último momento resultó evidente que el traje negro para las conferencias ya no estaba presentable, y hubo que hacerle toda clase de reparaciones. Y antes de que hubiera cerrado la maleta llegó otra invitación a una conferencia, esta vez de Nuremberg, con el requerimiento de que fuese inmediatamente después de Augsberg. Esto exigía reflexión. Nuremberg encajaba de maravilla en mi viaje, era, junto con Ulm y Augsberg, el complemento casi imprescindible para un viajero culto. Así pues, acepté, pero no para un día después de Augsberg, sino para cinco días más tarde. Este espacio de tiempo bastaría para recorrer de manera digna la distancia entre Augsberg y Nuremberg.

Ahora ya podía viajar. Zurich era mi primera meta. De allí pensaba trasladarme a Baden, a orillas del Limmat, y someterme a una breve cura de sus benéficas aguas sulfurosas. Pero cuando se hubieron llevado la maleta grande y yo me disponía a iniciar el viaje con el maletín de mano, el sol de setiembre resplandecía con tal fuerza y los viñedos estaban tan repletos de uvas maduras y azuladas, que hubiera sido un

pecado viajar al frío y desapacible Zurich. ¿Cómo podía haber olvidado la vendimia, que ahora iba a perderme? Deshacer el equipaje, quedarme y volver a mi estado anterior era imposible. Pero en Locarno tenía unos amigos a quienes no había visto desde hacía bastante tiempo. Allí podría empezar mi nueva vida sin tener que despedirme del sol y los viñedos. Me dirigí a Locarno.

Aquí me recibió una pequeña ciudad y un paisaje de los cuales tiempo atrás había conocido bien cada arroyuelo y cada pared de piedra con hendiduras tapadas por pequeños helechos y rojas cariofileas, un paisaje que por tres veces durante la guerra me había cobijado, consolado y ayudado a recuperar la alegría y el agradecimiento. Los locarneses estaban de muy buen humor, Locarno acababa de ser elegida sede de la Conferencia Diplomática, y la ciudad se disponía a renovarse y acicalarse. Todo era un regalo para la vista, y cuando el señor Stresemann se sentó durante su estancia en Locarno en uno de los bonitos bancos de la *piazza*, su traje quedó manchado porque todos habían sido pintados recientemente con pintura al óleo.

Había hecho bien, Locarno era un buen comienzo para mi viaje. Robé a la ciudad algunas libras de sus dulces uvas, que comí en las laderas más soleadas de Brione y Gordola, y volví a gozar, después de una prolongada soledad, del placer de estar con amigos, charlar y expresar con la lengua y la mirada lo que a cada momento cobra vida en nuestro interior y que en el camino hasta la pluma pierde su contenido mejor y más peculiar. En ningún arte soy tan principiante y aficionado como en el de la vida social, pero ninguno me deleita tanto como él en las raras horas en que puedo practicarlo rodeado de amigos. Sobre el Tamaro amanecía un día resplandeciente tras otro, y aunque el maravilloso camino costero de Rivapiana ha perdido el encanto de la soledad y el aislamiento que tenía hace veinte años, e incluso sólo diez, este rincón marino sigue siendo todavía un agradable refugio. Y en cuanto se ha dejado atrás la proximidad de los hoteles y el par de caminos preferidos para las excursiones, y se adentra uno en la áspera y escarpada comarca montañosa, se llega a un lugar que está fuera de Europa y fuera del tiempo, entre piedras y arbustos, lagartos y serpientes, en una tierra pobre, pero cálida y amable, llena de color y de atractivos humildes y tiernos. Aquí estudié en años pasados lagartijas, mariposas y langostas, apresé escorpiones y rezadoras, hice mis primeros ensayos con la pintura y, acompañado de un perro sin amo llamado «Río», pasé muchos días buenos correteando por el monte. Por doquier olía fragancias del pasado, por doquier aparecían de repente pequeños avisos del recuerdo, la esquina de una casa, la valla de un jardín, para traer a mi memoria las horas de restablecimiento y convalecencia que viviera aquí en los tiempos más difíciles de mi vida anterior. Dejando aparte mi ciudad natal de la Selva Negra, durante toda mi vida sólo he sentido verdadero amor patrio por esta comarca que rodea a Locarno, y algo de él aún subsistía en mí y se alegraba.

Permanecí en Locarno cuatro o cinco días, y ya al tercero empecé a percibir los

beneficios del viaje, y algunos que ni siquiera se me habían ocurrido. ¡No recibía el correo! ¡Todas las preocupaciones que trae consigo el correo, todas sus exigencias e impertinencias a costa de mis ojos, mi corazón, mi estado de ánimo, habían desaparecido de repente! Sabía, naturalmente, que esto era sólo un respiro y que en el próximo lugar donde me detuviera más tiempo tendría que hacerme enviar todo lo recibido, por lo menos las cartas. Pero de momento, hoy, mañana y pasado mañana no habría correo, yo era un hombre, un hijo de Dios, y mis ojos y pensamientos, mis horas y mi humor me pertenecían, a mí solo y a mis amigos. ¡Ninguna redacción haciéndome reclamaciones, ningún editor exigiendo el texto corregido, ningún coleccionista de autógrafos, ningún poeta joven, ningún estudiante pidiéndome consejo para su composición, y tampoco cartas amenazantes o difamatorias de alguna asociación de fieras germanas, no, nada de todo esto, sólo silencio y tranquilidad! Dios mío, cuando se está dos días sin recibir el correo se da uno cuenta de la cantidad de lastre y porquería que hay que tragar día tras día durante toda la vida. Es exactamente lo mismo que ocurre cuando se está algún tiempo sin leer el periódico (yo lo hago desde hace años); entonces comprende uno, avergonzado, que desperdiciaba todas sus mañanas y echaba a perder su inteligencia y su corazón leyendo tonterías desde el editorial hasta el boletín de cotización de la Bolsa. ¡Y qué agradable sentir que gracias a la ausencia del correo competía únicamente a mi humor decidir qué prefería pensar, qué prefería olvidar, qué sueños tejería mi imaginación! Sobre todo, que nadie me recordase la literatura, ni que pertenecía a una profesión sospechosa y poco decente, y en consecuencia poco respetada, ni que en una incomprensible locura de juventud había cometido el error de hacer de mi talento una profesión. Pues bien, puedo decir que disfruté de este respiro a conciencia y a fondo, y que incluso jugué a menudo con la idea de si sería posible prolongar indefinidamente esta situación, conseguir mediante algún truco ser inaccesible y carecer de domicilio conocido, y alcanzar así esa felicidad que cada pajarillo bajo el cielo, cada gusano bajo la tierra y cada aprendiz de zapatero disfruta sin saberlo: ¡no ser conocido, no ser víctima del estúpido culto a la personalidad, no tener que vivir en el repugnante, falso y sofocante aire de la publicidad! Yo ya había intentado con frecuencia sustraerme a este engaño, y cada vez tuve que constatar que el mundo es inexorable, que no quiere del poeta obras y pensamientos, sino la dirección y la personalidad, para adorarla y desecharla, adornarla y desnudarla de nuevo, disfrutar de ella y después escupirle, como hace una niña díscola con su muñeca. Una vez, con ayuda de un seudónimo, conseguí durante casi un año expresar mis ideas y fantasías bajo un nombre supuesto, a salvo de la gloria y la persecución, sin ser estampillado, pero al fin fui descubierto, traicionado, los periodistas me asediaron, me pusieron la pistola contra el pecho y tuve que confesar. Fue el fin de la breve felicidad, y desde entonces volví a ser el conocido literato Hesse, y lo único que pude hacer para

vengarme fue escribir exclusivamente cosas que sólo pudieran ser saboreadas por una reducida minoría, con lo cual mi vida fue un poco más tranquila.

Sin embargo, no se me permitió olvidarme por completo de la literatura. Un lector a quien fui presentado me saludó con entusiasmo como el autor de *Peter Camenzind*. Yo lo miré y enrojecí; ¿qué podía decir a aquel hombre? ¿Podía decirle que ya no logro acordarme de ese libro, que no lo he leído desde hace quince años y que en mi memoria lo confundo casi siempre con el trompeta de Säkkingen? ¿Que no es el libro en sí lo que aborrezco, sino el efecto que ha tenido en mi vida, el hecho de que su éxito totalmente inesperado me introdujera en la literatura, de la cual ya no he podido salir pese a mis desesperados esfuerzos? El no hubiera comprendido nada de todo esto, hubiera interpretado mi aversión por mi propio nombre de literato (lo sé por amarga experiencia) como hipocresía y coqueteo con la modestia. Jamás me hubiera comprendido, por lo que no contesté nada, enrojecí un poco y me escabullí en cuanto me fue posible.

Cuando emprendí de nuevo el viaje, decidido a separarme con energía del verano y el sur y proseguir sin interrupción hasta Zurich, experimenté otra agradable ventaja del viajero: la facilidad con que se aceptan las despedidas. Cuando en ocasiones anteriores abandonara a mis amigos locarneses para dirigirme a casa, siempre lo hacía con la impresión de que tardaría mucho tiempo en volver a verlos, y la despedida me costaba y entristecía. También en esto soy un hombre poco moderno: no rechazo ni detesto las emociones y sentimentalismos, sino que me pregunto: ¿Cuándo vivimos realmente, cuándo percibimos la vida si no es en nuestros sentimientos? ¿De qué me sirve una bolsa repleta, una elevada cuenta en el Banco, una muchacha bonita, si no me hace sentir nada, si no interviene mi alma? Es cierto, por mucho que odie los sentimentalismos en los demás, en mí mismo los amo y hasta los mimo un poco. El sentimiento, la ternura y la ligera excitación de las vibraciones psíquicas constituyen mi dote, la esencia de mi vida. Si dependiera de la fuerza de mis músculos y fuera un luchador o un boxeador, nadie podría exigirme que considerase la fuerza muscular como algo secundario. Si mi fuerte fuese el cálculo y llevara la dirección de una gran empresa, nadie me pediría que despreciase el cálculo mental. Sin embargo, la época moderna exige al poeta, y muchos poetas jóvenes lo exigen de sí mismos, que odie, se avergüence y evite a toda costa precisamente aquello que es su naturaleza íntima, la excitación del alma, la capacidad de enamorarse, la capacidad de amar y enardecerse, de entregarse y experimentar lo inaudito y supranormal en el mundo de los sentimientos, todo lo que constituye su fuerza y que podría llamarse «sentimental». Pues bien, que lo hagan, yo no pienso imitarlos, mis sentimientos me son mil veces más queridos que toda la brillantez del mundo, y sólo ellos me han salvado durante los años de guerra de unirme al sentimentalismo de los arrojados y exaltarme por el tiroteo.

Así pues, me marché con el corazón ligero. Cuando uno no viaja hacia su ermita, sino en dirección al ancho mundo, la despedida no tiene nada de triste; uno se siente superior a los que se quedan, se promete sin escrúpulos volver cuanto antes, y además con convicción, al fin y al cabo se está de camino y como flotando. Esta despedida fácil fue el último eco de Locarno que me siguió hasta el San Gotardo. Y decidí no hacerme enviar tampoco el correo durante mi estancia en Zurich, sino esperar para ello a encontrarme en Baden.

En este recorrido hay muchas estaciones que han jugado un papel en mi vida: Göschenen, Flüelen, Zug y también Brunnen, donde un verano Othmar Schoeck terminó de componer su *Penthesilea* —en mi recuerdo resplandece una tarde en su habitación con él al piano—. Pasé de largo por todas ellas y en Zurich me dejé engullir dócilmente por la ciudad. Zurich es una palabra que puede significar para cada uno algo diferente. Para mí significa desde hace años algo asiático, tengo amigos allí que han vivido muchos años en Siam, y fue en su casa donde me alojé, rodeado de cien recuerdos de la India, el mar y paisajes remotos, el aroma de arroz al curry, un templo siamés dorado y un sereno Buda de bronce. Salir de vez en cuando de este rincón exótico para vagar por la ciudad moderna, risueña, elegante, acudir a conciertos, exposiciones, teatros y también al cine, volvió a ser para mí puro placer durante varios días.

Con la ciudad mantengo, incluso hoy, unas relaciones pueblerinas e infantiles. Me resulta difícil una visión de conjunto y siempre me dejo absorber por los detalles, en el tranvía contemplo los numerosos rostros, leo los carteles, admiro a un mecánico o un aprendiz, que recorre en velocípedo las transitadas calles con las manos en los bolsillos, intento reconocer la canción que silba, observo largamente al urbano colocado en el centro de un cruce peligroso y dirigiendo con una mano enguantada de blanco a todos los furiosos vehículos, me dejo atraer por los anuncios de los cines, miro un escaparate tras otro y me maravillo de la cantidad de libros, juguetes, artículos de piel, cigarros y otras cosas apetecibles, me pierdo por callejuelas estrechas flanqueadas de fruterías y verdulerías, quincallerías y humildes escaparates de polvorientos estantes llenos de sellos antiguos, vuelvo a encontrar una calle de mucho tráfico, la cruzo con peligro de mi vida, y al final, cansado, me alegro de poder sentarme en alguna parte, pero no en un café o un restaurante moderno, sino en el barrio de pescadores o quincalleros, en una pequeña taberna llena de humo donde carteros o mozos de equipajes beben vino blanco ante el mostrador, o comen las rosquillas, salchichas o huevos duros que siempre hay en grandes cantidades en todas las mesas. En estos lugares es donde suelo aterrizar, ya sea en Milán o Zurich, Munich o Génova; en callejuelas algo sombrías y mohosas, en tabernas cuyo único adorno consiste en una copa con dos peces de colores o un ramillete de flores de papel y de cuya pared pende la fotografía amarillenta de Napoleón III y de un club

deportivo de los arrabales, y que de algún modo me recuerdan las primeras y prohibidas visitas a tabernas de mi época de colegial. En ellas se bebe en grandes vasos vino blanco de la región, que es muy bueno, y se come lo que ya se encuentra sobre la mesa, cómicos pasteles salpicados de comino, largos y picantes, orejones y gruesas salchichas. Se oye hablar con pureza y energía la lengua popular del país, y se ve el oficio de la gente en sus ropas y uniformes. Entra un chófer con abrigo de piel, bebe un aguardiente en pie ante el mostrador y se da aires de señor, da una palmada en la espalda al tabernero y al perro un puntapié, se seca la boca y da un portazo al salir. Entra una mujer pálida, vistiendo un traje raído, se queda un momento junto a la puerta, humildemente, se acerca despacio a la mujer del tabernero, le enseña una botella vacía que oculta bajo el delantal, empieza a proponer un trato en voz baja y es expulsada del local. Un hombre joven asoma la cabeza por la puerta y grita: «¿Está Robert por aquí?». El tabernero menea la cabeza: «Hoy está en el cincuenta y siete». Llega un mozo de recados, cargado con un sillón contra la pared, pone el tiesto sobre la mesa, se sienta y bebe un doble de cerveza. Por motivos que hasta ahora no he analizado, todos estos sucesos me resultan interesantes, puedo contemplarlos durante mucho rato, el tiempo de beber dos o tres cervezas.

Mi poco depurado gusto me permite asimismo visitar el cine, en el cual me considero uno de los admiradores más sinceros y acaso más entendidos de Chaplin. También me gusta mucho el machista italiano, mientras que evito las largas y espectaculares películas históricas, que pretenden instruir.

También asistí a una exposición internacional de arte, y me alegró ver que entre la gran profesión de obras destacaban con fuerza los cuadros más recientes de Karl Hofer. Acto seguido me senté con algunos pintores y literatos en un café, y en poco rato me enteré de todas las novedades en el mundo del arte y me sentí muy erudito en este terreno.

De cada una de estas excursiones volvía a Siam con satisfacción, y descansaba bajo el Buda y entre las ánforas chinas. Para un ermitaño y misántropo, esto es lo más hermoso de los viajes: ver de nuevo a los amigos, ser una vez más un huésped rodeado de calor y efusión, charlar con alguien, hablar en serio con alguien, reír, brindar con alguien. A la larga no he conseguido nunca unirme a un círculo, pertenecer o estar afiliado a un grupo, llegar a una especie de constante simbiosis con otras personas. En cambio, siempre he tenido la suerte de encontrar durante algún tiempo amigos queridos, y ello me proporciona el placer de poder entregarme y hablar abiertamente y sin reservas incluso de política. El hecho de que mis amigos, incluyendo a aquéllos que me conocen íntimamente y en todas mis locuras y extravagancias, me sigan siendo fieles, es la única justificación concluyente que sabría aducir para mi vida algo estrafalaria.

Estos días en Zurich interrumpieron mi viaje por breve tiempo; en el Verenaahof

de Baden me instalé para una estancia más prolongada, me dispuse a trabajar ante la mesa de escribir y el caballete, y encontré esperándome el correo del que había podido evadirme durante diez días. Ahora tuve que volver a escribir todas aquellas postales: «¡Estimado señor! Le agradezco de corazón su amable invitación a colaborar con usted, pero sintiéndolo mucho...». También había invitaciones a más conferencias, incluso una que me interesaba, sobre el acercamiento de la Europa moderna al Oriente, a India y China. Hubiera podido decir muchas cosas a este respecto, y si el lugar no se encontrase tan al norte de Alemania y yo hubiese tenido talento para dar conferencias, habría sido un placer para mí analizar el síntoma de esta afición a Asia en su tan sencilla estructura y significación. Pero pronunciar conferencias no era mi fuerte, ya lo había intentado una vez y no me salió del todo mal, pero experimenté más nerviosismo que en las ocasiones más solemnes e importantes de toda mi vida. No, gracias. «Muy señores míos, he leído con gran interés su invitación a pronunciar una conferencia sobre Oriente y Occidente, pero por desgracia...».

También habían llegado varios manuscritos de poetas jóvenes, y al principio me propuse, aunque con un suspiro, leerlos todos de cabo a rabo. Pero cuando terminé de leer el correo dos días después, los ojos me dolían, y me quedé mirando los sobres vacíos bajo el efecto de las punzadas. Además, la carta con que uno de estos poetas acompañaba su manuscrito me resultaba en extremo antipática, su admiración y halago eran tan rastreros y poco auténticos que me fue fácil negarme a su petición. No obstante, escribí a cada uno de los tres poetas unas líneas corteses en el sentido de que yo, enfermo de la vista y sin secretario, no podía leer sus manuscritos. Entonces metí los abultados manuscritos en sendos sobres, los franqueé y me resigné a reconocer que los diez días de descanso no habían servido de nada y que debía volver a cuidarme los ojos. Una razón más para entregarme de pleno a la cura de Baden que, como ya he descrito en otro lugar, considero inútil repetir. Pasé muchas horas agradables con mi médico, y muchas veces, por la noche, el dueño del hotel, entre cuyos amigos celebro contarme, me preguntó: «Señor Hesse, ¿qué le parecería una botella de Pommard?». También recibí no pocas visitas. Apareció mi viejo amigo Pistorius, a quien hacía años que casi no veía, tan cambiado y envejecido como yo; con agradecimiento volví a recorrer con él su mundo interior, oscuro y ardiente, lleno de sagrados símbolos, y le conté qué había sido entretanto de mí y de los brotes sobre los cuales vaciláramos en un tiempo. También Louis el Terrible hizo su aparición un buen día, fugaz, con el maletín de viaje en la mano, visible sólo durante unas horas. Quería viajar a las Baleares para pintar allí, me invitó con insistencia a acompañarle, y desde entonces no he sabido más de él.

La etapa de descanso de Baden pasó mucho más rápidamente de lo que imaginara; también esta vez, como siempre, había cargado con demasiada lectura y

material de trabajo. Ahora tuve que volver a hacer maletas. Se me antojó innecesario pasear por Alemania todos los libros y la ropa usada, metí todo lo superfluo en la maleta grande, gimiendo, la facturé, y cuando la última tarde me dispuse a llenar el maletín de mano, lo que me había propuesto llevar conmigo no cabía en su reducido interior. Tuve que meter el traje negro en una caja de cartón y atarla con un cordel. Durante las últimas noches había dormido muy mal, me desagradaba extraordinariamente tener que reemprender el viaje. Debía partir mañana temprano, entre siete y ocho, y dirigirme a Blaubeuren, tal como anunciara a mi amigo de dicha localidad. Ahora, con mi maldita caja de cartón y el reciente descubrimiento de que había metido en la maleta grande varias cosas imprescindibles para el resto del viaje, comprendí una vez más lo que significa hacer promesas con atolondramiento. Tenía que estar en Zurich mañana a las siete, aún estaba en Baden y me sentía tan cansado de hacer maletas, que hubiese preferido bañarme tres semanas más en el agua sulfurosa. Mañana, después de una noche de insomnio (porque, ¿de qué me servía tomar un Veronal si tenía que levantarme al primer canto del gallo?), debía recorrer toda la distancia hasta Blaubeuren, con trasbordo en Tuttlingen, llegar exhausto y de mal humor a Blaubeuren, y todo porque dos días después gentes desconocidas de Ulm esperaban que recitase poesías, ¡y lo mismo en Augsburg y después en Nuremberg! ¡Desde luego había sido un loco para avenirme a estos planes! No, ahora me dirigiría a Zurich, pernoctaría allí, consultaría el asunto con mis amigos y entonces redactaría tres bonitos telegramas diciendo que el señor tenor no podía acudir debido a un fuerte resfriado. ¡Sí, sería lo mejor!

Viajé hasta Zurich, después de pedir a la mujer de mi amigo que fuese a recibirme a la estación, y me senté a esperarla en el bar con sentimientos encontrados y ante un Mâcon seco, cargado con la caja de cartón y con mis preocupaciones de viajero. Hacía frío, estaba resfriado y ronco, lamentaba no haberme quedado en Baden, lamentaba no haber vuelto ya a mi hogar de Tesino. Entonces llegó Alice y nos fuimos a su casa; el gran Budame observaba con ironía mientras yo exponía mis penas y vacilaciones. La amiga me aconsejó que prosiguiera el viaje; más tarde me arrepentiría de haberme dejado llevar por el mal humor. Mal humor, sí, pensé yo, vosotros la gente normal no os imagináis lo que sentimos las personas como yo cuando no hemos dormido, madrugado de modo absurdo, pasado largas horas en el tren y vacilado sobre programas y obligaciones inoportunas. Me defendí, y cuando el diálogo creció en severidad, me negué enérgicamente a madrugar mañana para reemprender el viaje. Muy bien, me contestaron. Lo mejor sería que me acostara temprano, y al día siguiente ya habría tiempo de telegrafiar.

Respiré aliviado, había ganado una noche y una mañana. Mi amigo llegó a casa, cenamos, bebimos una copa de vino, me tomé un Veronal y no di señales de vida hasta una hora sensata de la mañana siguiente, entre las diez y las once. En lugar de la

caja de cartón recibí una pequeña y cómoda maleta, con bonitas etiquetas de Siam, Singapur y Java, y después del desayuno partí, ya medio reconciliado con mi destino, hacia la frontera alemana. Entonces me di cuenta de que había sido un error pretender llegar a Blaubeuren de un tirón y arriesgarme al estúpido heroísmo de coger el primer tren de la mañana. En vez de seguir hasta Blaubeuren, me quedaría en Tuttlingen para pernoctar allí y llegar un día más tarde de lo convenido a casa de mi amigo y el Tarugo de Plomo. Resignado, me arrellané en el sillón de mi compartimiento, frente a mí dormía un grueso comerciante con una manta sobre las rodillas, ante la ventanilla se deslizaba el paisaje tan conocido por mí desde los años vividos en el Lago de Constanza, apareció el Rin y el salto del Rin, se presentó el empleado de aduanas y el hombre que se interesa por los pasaportes, aparecieron los montes Hegau y surgieron los viejos tiempos en que este paisaje había sido mi patria. Llegó la estación de Singen, y de repente se me ocurrió que no era justo por mi parte pasar de largo por estos lugares donde aún tenía amigos de la juventud. Sin embargo, me explicaba muy bien que al elaborar mis planes de viaje no hubiese pensado en Singen y en aquellos amigos, pues tenía buenas razones para no querer pensar en mis años del Lago de Constanza. Cuando en Singen abrí la ventanilla y eché una mirada a la estación, un hombre uniformado se acercó y anunció cortésmente que el tren haría una parada de cuarenta minutos. Bien, me apeé, telefoneé a la ciudad, mis amigos vinieron corriendo, el marido, la mujer y el hijo, un estudiante, que era sólo un bebé la última vez que le había visto. Y así también esto salió bien, y cuando hubieron pasado los cuarenta minutos pude proseguir mi viaje con la conciencia tranquila. Anocheció antes de acercarnos a Tuttlingen, y al encenderse las luces el comerciante se despertó y empezó a hablar. Era sajón y no estaba satisfecho, había ido a Italia por negocios y en Italia y Suiza se podían censurar muchas cosas, y en general... «Mire usted —dijo—, no puede decirme nada de nuevo, conozco el paño. La vida es una estafa, esto es lo que es, diga usted lo que diga». Yo estaba totalmente de acuerdo en lo referente a sus palabras, pero no aprobaba el tono de su voz, guardé silencio y me alegré de llegar a Tuttlingen. Ahora me encontraba en Suabia, en mi patria, y una vez más pasaría la noche en una pequeña ciudad suaba. En la estación había un empleado de hotel, le seguí y entré en una buena y antigua pensión; en el momento de entrar apareció encima de la ancha y rectilínea calle principal una resplandeciente luna llena. Salía a darme la bienvenida, lo cual le agradecí. Era una pensión sólida, antigua y respetable, y me dieron una habitación cómoda; me refresqué los ojos siempre ardientes con un poco de agua fría y pedí una sopa de gallina para la cena. Era muy buena, y como aún no conocía Tuttlingen, me pareció indicado dar un paseo por la ciudad antes de irme a dormir. Me subí el cuello del abrigo, encendí un cigarro y eché a andar sin rumbo. Ya había visto la calle principal, que no se me antojaba el ideal de una ciudad suaba en las horas nocturnas, por lo que me metí en la primera callejuela,

tropecé con unas latas, bajé por una pendiente y de improviso volví a ver la luna, que se reflejaba en las aguas maravillosamente mansas del río, puntiagudos frontones se elevaban contra el pálido cielo, no había ni un alma a mi alrededor, un perro ladraba detrás de una cerca. Paseé lentamente arriba y debajo de la calle, crucé un puente y retrocedí sobre mis pasos, el agua despedía frescor, los frontones puntiagudos eran iguales que los de mi ciudad natal, y mientras pensaba en la patria y en mi vida excéntrica y solitaria, la luna volvió a aparecer entre los tejados, esta vez blanca y pequeña, y en este instante me visitó un recuerdo de mi adolescencia. Evoqué el momento en que tal vez me convertí en poeta (aunque ya había compuesto versos antes). Ocurrió lo siguiente: en el libro de lectura que teníamos los alumnos de latín de doce años de edad figuraban las habituales historias y poesías, las anécdotas de Federico el Grande y Eberhard el de la Barba, y a mí me gustaban todas, pero entre ellas había algo muy diferente, algo maravilloso, algo totalmente mágico, lo más hermoso que yo encontrara en mi vida. Era una poesía de Hölderlin, el fragmento *La noche*. ¡Oh, cuántas veces leí entonces estos pocos versos, y qué ardor maravilloso y secreto, y también inquietud despertaba esta sensación: esto es poesía! ¡Esto es un poeta! ¡Cómo resonaba en ella por primera vez en mi oído la lengua de mis padres, con qué fuerza y profundidad, cómo brotaba de estos versos increíbles, que para mí, tan niño, carecían de verdadero contenido, la magia de la clarividencia, el secreto de la poesía!

—*La noche viene,
Llena de estrellas, y bien poco
preocupada por nosotros,
Resplandece, prodigiosa, la
desconocida entre los hombres,
Asomando, magnífica y triste, sobre
las cimas de los montes.*

Nunca más, por muy profusa y apasionadamente que leyera en mi juventud, han hechizado tanto unos versos como éstos al adolescente de entonces. Y más tarde, cuando leí Zarathustra a los veinte años y me sentí similarmente hechizado, me vino en seguida a la mente aquella poesía de Hölderlin y aquel primer asombro de mi alma de muchacho en presencia del arte.

Así pues, este viaje mío a Suabia, nacido de oscuras reminiscencias de la hermosa Lau y el poeta Mörike, tenía la misión de conducirme a los ecos de mi juventud y revelarme las profundas raíces y la inevitabilidad de todas las cosas. Y aunque el viaje no me proporcionara más que desengaños, este momento bajo la luna, con el recuerdo inesperado de la poesía de Hölderlin, era suficiente recompensa.

Las personas como yo nos contentamos con poco o bien solamente con lo mejor. Entre dolores, desesperación y profundo hastío de la vida, nos basta oír por un sublime instante una respuesta afirmativa a la pregunta de si tiene sentido esta vida tan difícil de sobrellevar, aunque en el instante siguiente volvamos a hundimos en la turbia corriente, para seguir viviendo otra larga temporada, no sólo soportando la vida, sino amándola y ensalzándola.

Dejé a la luna de Hölderlin y las calles dormidas junto al río y volví a mi pensión, conmovido y consolado por el inesperado encuentro con uno de los santuarios de mi juventud. Hasta bien entrada la noche resonaron en mí los versos y las voces de mis años juveniles. ¡Ah, con cuánta fuerza me habían atraído estas voces, qué lejos me habían llevado durante muchos años de todo aquello que es valioso e importante para los no predestinados! ¡Cuántas profundas y solitarias bienaventuranzas me habían deparado, en qué hondos sufrimientos y dudas me habían sumergido estas voces mágicas, la canción de una vida más noble, de una humanidad más sublime que ésta en la que hemos nacido! Me habían conducido a la lucha y la desintegración de toda realidad, a un aislamiento gélido e irreversible, a terribles abismos de desprecio hacia mí mismo, a divinas cumbres de piedad. Y si hoy, bajo la creciente presión de mi vida, me evado hacia el humor y contemplo la supuesta realidad de los bufones, aunque sólo sea por un breve espacio de tiempo, es solamente para dar una respuesta afirmativa a esas voces sagradas e intentar tender un frágil puente entre ellas y la realidad, entre el ideal y la experiencia. La tragedia y el humor no son contrastes, o mejor dicho, sólo son contrastes porque la una desafía tan despiadadamente al otro.

El hecho de que a la mañana siguiente, tras un retrasado desayuno, encontrase falta de encanto a la ciudad de Tuttlingen, no se puede imputar exclusivamente a mi incapacidad de ver algo bonito en el mundo durante la mañana, pues como me han asegurado testigos dignos de crédito, Tuttlingen puede calificarse de ciudad poco atractiva. Sin embargo, esto no me desanimó, fui de nuevo a visitar el río y los frontones, y lo encontré todo en el mismo lugar, a excepción de la luna y a excepción del hechizo de aquella hora nocturna. Por lo visto, yo había venido aquí en el momento oportuno, a la única hora, extraordinariamente rara y bendita en que Tuttlingen era una misteriosa ciudad encantada. Ahora sería fácil abandonar el lugar; me compré un bocadillo, encontré mi maleta siamesa en la estación y subí contento al tren, un atestado tren dominguero que se dirigía al hermoso valle del Danubio. Bajo un sol espléndido vi adormecidas a Beuron y Werenwag, me dominaba el ansia de apearme y ver más de cerca estos lugares seductores, pero sabía que mi amigo de Blaubeuren, ya desengañado ayer por mi retraso, me esperaba con impaciencia, y por este motivo me contuve. El tren se adentró en una espesa niebla, el azul y el sol habían desaparecido de improviso en un recodo del valle, yo apenas podía descifrar los nombres de las estaciones. También estaba gris y nublado cuando llegamos a

Blautal a primeras horas de la tarde. Con un minuto de retraso, mí querido amigo vino corriendo a mi encuentro por el camino ancho y tranquilo que conduce al Blautal y a los secretos de Blaubeuren, de los cuales nada deja adivinar al recién llegado. Nos detuvimos, mirándonos a la cara, nada favorecida por los años, y creo que ambos sentimos una alegría sincera y profunda. Para mí al menos, que vivo desde hace veinte años lejos de la patria de mi juventud, es algo extraordinariamente agradable y embriagador comprobar de vez en cuando que aún hay de verdad algunos hombres que han sido niños conmigo, me han llamado por mi apodo de colegial y recuerdan las mismas cosas que yo. ¡Y qué emocionante y ridículo es constatar cada vez que las personas a quienes se ha conocido en la adolescencia no cambian en absoluto! Así ocurría con mi amigo. Nuestra amistad databa de la época en que teníamos catorce años, y en mi imaginación vive aún con su cara de niño de entonces, y aunque ahora camine con el paso circunspecto de un profesor y lleve un gran bigote y tenga las mejillas algo hundidas y algunas canas en los cabellos, nada de ello puede engañarme ni imponerme, para mí será hasta la tumba mi condiscípulo de quince años, y yo seré lo mismo para él. Constatar de nuevo este hecho nos hizo bien, y de excelente humor emprendimos la marcha hacia el valle, entablando inmediatamente una conversación, y sin damos cuenta llegamos a una pequeña y deliciosa ciudad, llena de viejas casas pensativas con frontones entramados y tejados en estado impecable, en cuyas afueras se encontraba el silencioso recinto del convento. Aquí volví a pensar de repente en la hermosa Lau, recordé su historia a mi amigo y también su pétreo baño en la bodega del convento de monjas, le dije que ver este baño era para mí lo más importante de Blaubeuren y le pedí que, cuando pudiera, me guiase hasta él. Pero mi amigo no sabía nada de la bodega ni del baño, y yo empecé a pensar que tal vez se tratara de una bonita invención de Mörike. Entonces encontramos a un hombre que era, ¡oh, casualidad!, conserje del convento y a la vez conservador, celoso guardián y conocedor de los tesoros de Blaubeuren. Le expuse mi deseo, le describí con exactitud la situación reseñada en el poema de Mörike, y su rostro se iluminó. Naturalmente, existía esta bodega, y una corriente subterránea la comunicaba con el Blautopf; en cuanto dispusiera de tiempo me conduciría hasta allí. Concertamos una hora para el día siguiente y entonces entramos en el antiguo convento, donde vive mi amigo; nos recibió la dueña de la casa e inmediatamente nos precedió hasta el comedor, pues habían esperado mi llegada para sentarse a la mesa. La comida consistió en una ensalada suaba de patatas y un excelente y ligero vino de Besigheim, y ahora sí que me sentí en Suabia, en la patria, volví a hablar el suabo y dejé de ser un viajero para convertirme en mi hermano; ya no era el ermitaño solitario, me formulaban preguntas y me contaban cosas de mis condiscípulos y maestros y de sus hijos respectivos. Volví a ver al hijo de mi antiguo profesor de latín, que ahora enseñaba en el convento, y mañana esperaban la llegada de otro

condiscípulo, que era párroco de pueblo y tenía un hijo estudiando en la escuela. Contemplé a mi anfitrión, que comía con mesura y se secaba los grandes bigotes, y a su mujer, que hablaba con ponderación y tenía pequeñas arrugas alrededor de los ojos, pero todo era inútil, para mí seguía siendo el colegial Wilhelm.

Pasé dos días en Blaubeuren, en un nuevo anexo del convento que, pese a su desastrosa arquitectura, me inspiró un gran afecto. No me sentí a gusto a todas horas, de noche apenas dormía y oía toda clase de ruidos, me preocupaba anticipadamente por Ulm, pensaba con nostalgia en mi ermita del sur, miraba a veces con franca envidia a mi amigo, que tiene un cargo y una actividad sensata y ha de cumplir determinadas obligaciones todos los días, pero todo esto era superficial, carecía de importancia, mientras que todo lo demás era increíblemente importante y hermoso. Fueron hermosos los encuentros con alumnos del convento, para quienes yo era una especie de curiosidad; pues, a mi vez alumno de esta misma escuela, me había escapado de ella tras una breve e involuntaria estancia, y esto figuraba en su recuerdo como una novela de forajidos. Pero ¿cómo era posible? ¿Tenían estos jóvenes y apuestos mozalbetes, de rostro inocente e infantil, la misma edad que nosotros entonces? ¿Podía ser que tras estas frentes lisas y dentro de estas cabezas rubias bulleran los mismos violentos problemas que una vez en nosotros, la misma dialéctica y afición a filosofar, los mismos ardientes ideales? También mi amigo sostenía la opinión de que esta juventud actual, cuya vida en el convento era mucho más fácil que la nuestra, tenía muchos menos problemas que nosotros y vivía mejor. Pero mientras decía esto, mi querido Wilhelm ya no tenía quince años, y yo tampoco, en tomo a nuestros ojos había muchas arrugas y las canas de nuestros cabellos gritaban desvergonzadamente.

Hermosa e importante fue nuestra primera visita al Blautopf; bajo los árboles y sobre la fabulosa superficie del río nadaban hojas amarillentas, gansos y patos, en el fondo vivía la hermosa Lau, que enviaba a la superficie su sonrisa azulada; solitaria y triste se levantaba la conmovedora estatua de un rey de la antigüedad. Todo olía a patria, a Suabia, a pan de centeno y a leyendas, y una vez más me extrañó que este paisaje tan maravillosamente vivo y singular fuera tan poco conocido por los nuevos pintores alemanes. Por doquier estaba oculta la hermosa Lau, por doquier se olía la fragancia de la juventud, la niñez, los sueños, el alajú, y no menos de Hölderlin y Mörike, y yo no podía lamentar que no se levantaran pequeñas estatuas tuyas. Era comprensible, los suabos siempre habían tenido más poetas que reyes.

¡Y nuestra visita a la bodega del convento de monjas! Por una vieja escalera y un pasillo abovedado nos condujo nuestro guía a una bodega muy hermosa, de techo alto y muros gruesos, nos enseñó los puntos cardinales, nos enseñó de dónde venía la corriente de agua subterránea, y cuando yo no fui capaz de esperar más y le pregunté por el baño, iluminó una esquina de la solemne estancia con su linterna de bolsillo y

quedó al descubierto una de esas acostumbradas manchas de cemento, como una losa, todavía bastante nueva, ¡y esto, por lo visto, era el baño de Lau! Bajo esta maldita losa de cemento fluía el agua fresca y misteriosa donde la bella había nadado, flotando hasta el pecho en la corriente. Por suerte, estos maestros albañiles habían dejado al menos un agujero redondo en el cemento, que cubrieron con una tapa del mismo material, y cuando la levantamos, vimos resplandecer el agua negra bajo el débil rayo de luz; casi en seguida volvimos a tapar el agujero, en silencio, como quien oculta un cadáver profanado.

No hablamos de si es cierto que los suabos y otras gentes de hoy han sido totalmente abandonados por los dioses, ni de si realmente ignoran que poseen al mismo tiempo a Lau, a Mörike y todas estas maravillas en las cuales ninguna región alemana es tan rica como Suabia. Preferimos no formular estas complicadas preguntas y decidimos alegrarnos con lo que aún queda en Blaubeuren de viejos tesoros y herencias no cubiertos por cemento, que afortunadamente es mucho. Lo visitamos y contemplamos todo con amor: el famoso altar, la sillería del coro, las delicadas bóvedas, la sala capitular, los monumentos fúnebres. Y por la noche, cuando me adormecí por un exiguo cuarto de hora, no soñé con Lau nadando hacia el agujero y asomando la cabeza por la rendija de la tapa de cemento, sino con algo infinitamente más querido que no puedo confiar a nadie. Por otra parte, Blaubeuren no se había agotado para mí y mi amigo cuando hubimos visitado los monumentos de épocas más piadosas. Existía un tiempo intermedio que estaba más cerca de nosotros y cuyo encanto no era menor, a saber, nuestra juventud, y ahora contemplamos las reliquias de aquel tiempo legendario, las ridículas y queridas fotografías de la clase, en las cuales yo, el prófugo, ya no aparecía: las aulas, los dormitorios y los comedores de los alumnos y las cartas de compañeros preferidos, durante cuya lectura tal vez le silbaron los oídos a nuestro amigo de la calle Zwickau de Altenburg.

De acuerdo con mi experiencia, los teólogos y filólogos suabos tienen tendencia a llegar tarde a la estación, pero casi siempre atrapan el tren en el último segundo. Esto nos ocurrió también a nosotros cuando el tiempo intermedio se esfumó con terrible velocidad y yo debía partir hacia Ulm para pronunciar la conferencia. Un momento más y hubiera perdido el tren, por lo que nos ahorramos las ceremonias de despedida. Llegué a Ulm en pleno crepúsculo.

Y ahora se me ocurre que olvidé relatar una pequeña experiencia de mi estancia en Baden. Un día conocí allí en el consultorio del médico a un habitante de Ulm que me invitó a alojarme en su casa cuando fuera a su ciudad, y a mi llegada lo encontré en la estación, y con él un conocido mío de Ulm que me había enseñado la ciudad veinte años atrás. Entré en una casa amable, con niños, con personas afectuosas, en ella no había ningún extraño, me encontraba todavía en Suabia. En cambio, ahora empezaban mis obligaciones. Apenas instalado, tuve que mudarme de ropa y pensar

en mi conferencia, y no lo hice con gusto, aunque tampoco aquí fui capaz de comprender totalmente los motivos de mi conducta. Sin embargo, no puedo ahorrarme el intento de analizar en lo posible estos hilos de la casualidad.

No sólo tengo contra las conferencias públicas las inhibiciones, por otra parte fáciles de vencer, propias del solitario frente a reuniones sociales, sino que tropiezo aquí contra desórdenes y discrepancias de principio profundamente arraigados, que tienen su origen, dicho breve y claramente, en mi desconfianza hacia la literatura en general. Me acometen no sólo en las conferencias, sino también y con más fuerza en el trabajo. No creo en el valor de la literatura de nuestro tiempo. Comprendo, por supuesto, que cada época ha de tener su literatura, así como su política, sus ideales, sus modas. Sin embargo, nunca me libro de la convicción de que la obra literaria alemana de nuestro tiempo es algo pasajero y desesperado, una semilla plantada en una tierra pobre y mal preparada, interesante, desde luego, y con una gran problemática, pero apenas capaz de resultados maduros y perdurables. Por consiguiente, no puedo considerar los intentos de los actuales literatos alemanes (incluyendo los míos, naturalmente) para crear formas reales, obras auténticas más que como algo insuficiente y de imitación; por doquier me parece percibir un trasfondo rutinario, una imitación sin vida. En cambio, veo el valor de una literatura de transición, de un pensamiento problemático e inseguro que con la máxima sinceridad reconoce su propia penuria y la penuria de su tiempo. Tal es el motivo de que ya no pueda disfrutar y sancionar muchas obras bien elaboradas de escritores actuales, mientras siento simpatía por muchas manifestaciones totalmente burdas y sin escrúpulos de los más jóvenes y por cualquier intento de honestidad sin reservas. Y esta discrepancia afecta de pleno mi propio pequeño mundo y literatura. Amo a los poetas alemanes de la última gran época, hasta 1850, amo a Goethe, Hölderlin, Kleist y los románticos con todo mi corazón, sus obras son para mí imperecederas, leo una y otra vez a Jean Paul, leo a Brentano, Hoffmann, Stifter, Eichendorff, del mismo modo que no me canso de escuchar a Händel, Mozart y toda la música alemana hasta Schubert. Estas obras son siempre perfectas, incluso cuando ya no corresponden a nuestros sentimientos y problemas, son creaciones completas, independientes del tiempo, al menos para innumerables contemporáneos nuestros. Estas obras me han enseñado a amar la poesía, para mí son tan naturales como el aire y el agua, su modelo acompañó a mi juventud. No obstante, ahora sé muy bien, al cabo de largos años, que es inútil imitar estos hermosos modelos (aunque lo he intentado sin esperanza una y otra vez). Sé que lo que escribimos hoy en día y escribiremos durante mucho tiempo no puede crear una forma, un estilo, un clásico, y que en nuestra zozobra no tenemos otro refugio que el de la máxima sinceridad. Entre esta necesidad de ser sinceros, de confesarnos, de entregarnos y aquella otra necesidad de la juventud, la de la expresión armoniosa, entre estas dos necesidades oscila

desesperadamente toda la literatura de mi generación. Porque aunque estemos dispuestos a la sinceridad última, hasta la entrega de nosotros mismos, ¿cómo encontrar el modo de expresarla? La lengua de nuestros libros, de nuestras escuelas no nos lo facilita, nuestra escritura está marcada desde hace tiempo. Libros aislados, llenos de desesperación, como el *Ecce homo*, de Nietzsche, parecen enseñarnos un camino, pero al final sólo nos enseñan con más claridad la inexistencia de un camino, sea cual fuere. Nos pareció que el psicoanálisis sería una ayuda, y ha traído consigo algunos progresos, pero ningún autor, ni psicoanalista ni poeta con instrucción analítica, ha sido capaz hasta ahora de liberar a esta especie de psicología de su coraza de academicismo excesivamente estrecho, dogmático y vanidoso.

Ya es suficiente, el problema ha quedado expuesto. Cuando yo, ahora, invitado como escritor a pronunciar una conferencia, me encuentro ante el público con mis papeles en la mano, este problema está concentrado en mí, convierte a las hojas que tengo en la mano en un material deficiente, hace doblemente palpitante mi búsqueda de la sinceridad sin consideración a la belleza. Mi mayor deseo sería apagar las luces y decir a la gente: «No voy a dar ninguna conferencia, lo único que tengo que decir es que me esfuerzo por liberarme de la mentira. Ayudadme a hacerlo y vámonos a casa».

Pese a esta inhibición, las pocas conferencias para las que me he dejado convencer han acabado casi todas causando una tolerable satisfacción a los organizadores. Pero siempre me ha asombrado que el pequeño esfuerzo de hablar en público durante una hora pueda cansar tanto a una persona, a menudo hasta el agotamiento.

En el caso en que un poeta abstracto o ideal se dirigiera a un público abstracto o ideal, las cosas no irían bien, la ocasión sería totalmente trágica y sólo podría acabar con la autodestrucción del poeta o con su lapidación a cargo del auditorio. Pero en el mundo de la experiencia todo transcurre de modo diferente, aquí hay espacio para pequeñas trampas, aquí hay espacio sobre todo para el viejo intermediario entre el ideal y la realidad: el humor. En tales veladas hago mucho uso de él, de humores de todas clases, como la alegría forzada. ¡Intentemos asimismo dar una fórmula reducida a esta refracción de los rayos puros, a esta sórdida adaptación a la realidad!

Así pues, se trata de que el poeta, dudando en su fuero interno de sí mismo y del valor de sus esfuerzos poéticos, se enfrente a una sala llena de oyentes que por su parte no tienen idea de los complicados procesos por los que pasa el alma del señor conferenciante. ¿Cómo le será posible a este poeta leer pese a todo su fajo de apuntes, en lugar de echar a correr y terminar por ahorcarse? Lo hará posible ante todo la vanidad del poeta. Aunque no pueda tomarse en serio ni a sí mismo ni al público, sigue siendo vanidoso, porque todo el mundo lo es, incluso el asceta, incluso el hombre que duda de sí mismo. No digo esto para coquetear; creo poder excluir a mi persona del término medio europeo, conozco mejor que nadie el estado en que el Yo

eterno que hay en nosotros contempla al Yo mortal y examina sus saltos y muecas, lleno de compasión, lleno de burla, lleno de neutralidad. ¿Cómo si no abandonaría mi Yo a la horda de lectores menos experimentados? Pero precisamente porque en este punto sé algo más que el término medio, sé con frecuencia hasta el límite de lo tolerable, precisamente por esto puedo calcular la vanidad del poeta con bastante frialdad. Es mayor que la que podría esperarse de un hombre dotado para pensar, pero es que la opinión de que la facultad de pensar y la vanidad se excluyen mutuamente es un craso error. Por el contrario, nadie es más vanidoso, nadie tiene más avidez de eco y sanción que el intelectual, y de hecho necesita apremiantemente el eco y la sanción. Esta vanidad, que en mí no es más fuerte que en los demás poetas, pero que de todos modos tiene varios caballos de vapor, me ayuda ahora en mi desesperada situación ante el público, al que en realidad no tengo nada que dar y que sin embargo espera algo de mí. Algo en mí, algo que está compuesto de vanidad en sus dos terceras partes, se resiste a entregarse a las personas reunidas en esta sala y a confesar su insignificancia. Algo en mí me hace considerar apetecible obligar a este auditorio, no a actuar, ni siquiera a aplaudir, sino a escuchar en silencio y con atención mis pensamientos y poesías, cuya intención y el sentido de la intención son exactamente opuestos al sentido del público. Por consiguiente, realizo un gran esfuerzo, aprieto los dientes, y como en las cosas intelectuales uno solo es siempre más fuerte que una masa, gano la batalla. Me escuchan en silencio, doy la impresión de ser un hombre que tiene efectivamente algo que decir. Puedo soportarlo durante una hora escasa, y entonces he de terminar, estoy agotado.

Sin embargo, en el turbio plano del mundo de la experiencia no es solamente mi necia vanidad, la manía borreguil y a la vez humorística de imponer mi persona, lo que viene en mi ayuda. También me ayudan el público y mi actitud hacia el público. Éste es un punto en el que soy más fuerte que muchos de mis colegas. En realidad, el público como tal me es completamente indiferente. Incluso aunque entre yo y el público ocurriera lo peor, si fracasara por completo y me silbaran, el hecho me afectaría muy poco. Uno de mis dos Yo silbaría enérgicamente con ellos. No, las personas que llenan la sala no me dan miedo ni espero mucho de sus reacciones. Ya no soy joven, conozco el ambiente. Sé con bastante exactitud cuántos de estos oyentes me criticarán después, personalmente o por carta, en ocasiones privadas y puramente egoístas. Conozco a la especie que delante del famoso invitado aplaude con fuerza y después le escupe veneno. Conozco a la especie de los ambiciosos, que te prodigan con descaro los más exagerados superlativos y proclaman su respeto hacia tu persona, hasta que observan que sus esfuerzos no sirven de nada y te dan la espalda con la máxima rapidez. Conozco también a los malintencionados, que aseguran con satisfacción que los famosos y los intelectuales son hombres al fin y al cabo, tienen rasgos cómicos y muestran timidez o vanidad. Sé todo esto, ya no soy el

ingenuo que se imagina que toda esta gente se ha reunido por su causa, por su singular personalidad. Sé que vendrían igualmente por un cuarteto tirolés. Sé que un discurso de Ludendorff atraería a un auditorio cien veces mayor, y un combate de boxeo a un público mil veces más numeroso. Y como yo vivo, para mi persona, apartado de la sociedad, con la que sólo alterno en calidad de invitado, el respeto y el éxito en esta sociedad (siempre que no se inmiscuya mi vanidad primaria) me tienen totalmente sin cuidado. En esto disfruto de todas las ventajas del ermitaño, que siempre vive con un pie en la India y a quien nada se puede dar ni quitar, y soy consciente de estas ventajas.

Sin embargo, no es solamente la fuerza de atracción de la vanidad ni la indiferencia del ermitaño hacia el público lo que me impulsa a comprometerme de vez en cuando, pese a las mayores objeciones e inhibiciones, a pronunciar una conferencia. Gracias a Dios interviene en ello otra cosa, algo mejor, lo único bueno que existe, y que es el amor. Esto parece contradecir todo cuanto he dicho sobre mi indiferencia hacia el público, y de hecho es así. Pero si bien es cierto que mediante mi experiencia y mi actitud indiferente hacia el público logro salvarme a mí mismo, también lo es que me dirijo entonces con tanto más amor y esfuerzos tanto más cálidos al hombre individual. Si este hombre, al cual puedo amar y por el cual puedo esforzarme, se encuentra realmente en la sala, por ejemplo, en la persona de un amigo, entonces me dirijo sólo a él, dedico toda mi conferencia a esta única persona. Si, por el contrario, no está presente, o ignoro que haya venido, pienso en él, le conjuro ante mis ojos, le doy la personalidad de un amigo lejano, una novia, una hermana o uno de mis hijos, o bien me fijo en un rostro de la sala que me resulte simpático. Me aferró a este rostro, lo amo, le dirijo toda mi efusividad, toda mi atención, todos mis esfuerzos por ser comprendido. Y éste es el talismán que viene en mi ayuda.

En Ulm esta cuestión no me fue difícil. No sólo había en la sala varios rostros amables y conocidos, sino que en conjunto me encontraba entre amigos, estaba en Suabia, en mi casa, así que no me resultó difícil. Estábamos en un edificio muy bello, el museo de la ciudad, cuyo director había organizado el acto; me invitó a visitar su museo al día siguiente, y después acudió a casa de mis anfitriones para beber una copa de vino y estar reunidos un rato, a fin de que el hecho algo problemático de que hubiese pronunciado una conferencia no me dejase un sabor desagradable. Yo estaba muy cansado, pero también alegre de haber cumplido ya mi obligación.

Y ahora me quedaban casi dos días para Ulm, y pude comprobar que el recuerdo de las cosas bellas es veleidoso incluso para aquéllos que se consideran dotados de buena memoria. Porque cuando era joven visité una vez esta ciudad extraordinariamente hermosa y original, y había olvidado muchas cosas. No había olvidado la muralla de la ciudad ni la torre del Matarife, como tampoco el coro de la

catedral y el Ayuntamiento, todas estas imágenes surgieron en mi memoria y no se apartaban mucho de la realidad; hubo en cambio innumerables imágenes nuevas que vi como por primera vez, antiquísimas e inclinadas casas de pescadores sobre el agua oscura, casitas enanas sobre la muralla, altivas casas de burgueses en las calles, con un original frontón o un adornado portal. Pero además de lo ya famoso y clasificado, que ya no me impresionó tanto, capté con la cámara oscura de mis ojos una gran cantidad de pequeñeces: un perro boloñés, rostros suabos tras cortinajes medio corridos, complicadas chucherías, ya un poco navideñas, en las tiendas de postales y algo siempre atrayente para mí: los rótulos de las firmas comerciales. Leer los nombres y apellidos de comerciantes y artesanos en una ciudad desconocida es siempre para mí una necesidad y un placer, del mismo modo que siempre he considerado muy importantes y reveladores los nombres de las novelas que he leído. También me ha parecido notable y emocionante encontrar alguna vez en la vida real nombres que sólo conocía por haberlos leído en un poema. Por ejemplo, un día, hace muchos años, me sobrecogió encontrar en Alsacia el nombre de Arbogast, este nombre hermoso y quimérico del que durante años creí que había sido inventado por Mörike para su mejor novela. Leyendo los rótulos no sólo es posible enterarse de si la población de una ciudad es más católica o evangélica, si hay o no muchos habitantes judíos, sino que también se averigua, por los nombres de pila católicos, algo del espíritu y la procedencia de una población, de sus predilecciones, de sus santos patronos. Y por doquier resonaba la fuerte y familiar lengua suaba, por doquier oía palabras que no había oído hacía mucho tiempo. Es lo mismo que cuando se vuelve a ver la piedra caliza o arenisca, los árboles y las flores del mundo de los recuerdos, o de repente se saborea de nuevo un agua, un vino, una comida, una manzana o una droga, o se huele una fragancia que no se había oído durante años y que pertenece a los miles de recuerdos carentes de nombre. Yo me entregué a estos olores, a estas nubes de recuerdos anónimos. Me contaron chistes e historias de Ulm, pasé muchos ratos con los niños de mi anfitrión, les enseñé el cuento en tomo al cual giró mi conferencia de la víspera, que está escrito a mano y contiene pequeños dibujos de colores; durante los años de inflación, estos dibujos me ayudaron a sobrevivir. Una tarde visitamos al profesor Baum en su museo de Ulm, que merece sobradamente una visita.

Bebí café y comí pasteles en casa de aquel conocido que me enseñara Ulm por primera vez en nuestros años de juventud, en un aposento cómodo y repleto de objetos hermosos y notables. De nuevo evoqué intensamente a Mörike, pues mi conocido poseía gran cantidad de recuerdos suyos, libros en que Mörike había hecho anotaciones y subrayado sus pasajes favoritos. Las anotaciones se referían a las semillas que quería sembrar en su jardín la próxima primavera: entre ellas había pocas hortalizas y muchas flores. También apareció un antiquísimo maletín de

cañamazo con el cual emprendió mía vez un viaje el cura párroco Mörike. En esta casa había muchos pequeños tesoros, y estaban en lugar apropiado. Yo había entrado en ella agotado, nervioso y malparado —pues si casi nunca conozco un verdadero bienestar, en los viajes todavía menos—, y al cabo de poco rato me sentí bien e invadido de paz el corazón.

Al anoecer del último día en Ulm, mientras me acostaba, empecé a pensar un poco en todo, en lo ocurrido durante mi viaje por Suabia, en Singen, en Tuttlingen, en Blaubeuren, en Ulm, en el hermoso museo, y de improviso me di cuenta de que casi todo estaba bajo el signo del pasado, de cuántos muertos habían intervenido y de que, en realidad, los más vivos habían sido los muertos. Fue Hölderlin, entre las fachadas llenas de vigas de Tuttlingen, fueron Mörike y la hermosa Lau, así como el recuerdo de Arnim y los guardianes de la Corona, fueron los artistas de todos los altares, sillerías del coro, losas fúnebres y la magnífica arquitectura. Y aunque fueran muertos los que por doquier me habían acompañado en este viaje, todos eran inmortales. Pero estas personas muertas hacía mucho tiempo, cuyas palabras vivían en mí, cuyos pensamientos me habían educado, cuyas obras convertían el mundo sombrío en bello y posible, ¿no habían sido todas ellas extraordinarias, enfermas, dolientes, difíciles, creadoras por necesidad y no por alegría, arquitectos por odio hacia la realidad y no por avenencia con ella? ¿Habían construido, querido realmente estas catedrales los ciudadanos de la Edad Media, que al fin y al cabo eran panaderos y comerciantes y gentes satisfechas, sanas y apacibles? ¿No habían sido obligados a ello por la insatisfacción de otros, de la minoría? Y si la realidad tenía razón, si los menos eran unos pobres neurasténicos, si lo mejor y lo correcto era ser burgués, padre de familia y contribuyente, hacer negocios y procrear hijos, si la fábrica, el automóvil y la oficina eran realmente lo normal, lo auténtico, lo sensato para el hombre, ¿por qué construían entonces semejantes museos? ¿Por qué emplear un celador para guardar el altar de Blaubeuren? ¿Por qué llenar grandes vitrinas de dibujos y gráficos e incluso gastar para ello el dinero del Estado? ¿Por qué venerar, coleccionar, guardar, exhibir, pronunciar conferencias sobre estas extravagancias, estas fruslerías, estos caprichos enfermizos de chiflados artistas si no existiera en ellos algo de lo esencial, del sentido, del valor auténtico de la vida? ¿Por qué los habitantes de Ulm estaban orgullosos de la buena conservación de su vieja ciudad en lugar de derruir sus vetustos adornos y levantar fábricas y casas de apartamentos? ¿Por qué los fabricantes, cuando salían en automóvil de sus oficinas y querían tener algo bonito, gastaban su dinero en obras ilustradas sobre antiguos monasterios o con grabados de maestros difuntos que en toda su vida no habían poseído ni la centésima parte de lo que cuesta hoy día uno sólo de sus cuadros? ¿Por qué la mejor alabanza que oí en Ulm dedicada a una arquitectura moderna fue que se adaptaba con mucha decencia al viejo estilo de las calles? ¿Y por qué tenía que ser tan feo todo lo actual? Desde

Zurich a Ulm, en todo lo que la mano del hombre ha cambiado y construido no había nada bello, a excepción del par de islas diminutas de los edificios antiguos. Lo otro era estación, fábrica, casa de apartamentos, almacenes, cuartel, edificio de Correos, cada uno más feo y triste que el anterior, apropiado para repugnar al hombre e inducirlo al suicidio.

No formulé la pregunta para esclarecer los motivos de esta fealdad y tristeza, no me interesaba ni la tasa de crecimiento de la población (que el Estado y la sociedad deberían reducir por todos los medios, en lugar de fomentarla) ni las leyes de la economía (que en la época en que se construyeron las catedrales góticas eran las mismas de hoy), sino que me preocupaba únicamente esta cuestión: loco poeta que vas de viaje, ¿estás realmente loco? ¿Estás enfermo y asqueado de la vida, y a menudo apenas puedes sobrevivir solamente porque te has negado a adaptarte a la realidad «tal como es»?

Y una vez más, aunque estaba dispuesto a pensar imparcialmente, tuve que contestar lo mismo que ya había contestado con frecuencia: no, tienes mil veces razón al protestar contra este horrible «mundo tal como es», tienes razón si mueres y te asfixias en este mundo, en lugar de aprobarlo.

Y de nuevo sentí la distancia entre dos polos opuestos, y sentí sobre el abismo entre realidad e ideal, entre realidad y belleza, la oscilación de ese puente aéreo que se llama humor. Sí, con humor se podían soportar incluso las estaciones, incluso los cuarteles, incluso las conferencias literarias. Con la risa, no tomando en serio la realidad, siendo constantemente consciente de su destructibilidad, todo se podía soportar. Las máquinas llegarían a aniquilarse mutuamente, los arsenales se vaciarían de sus cachivaches y un día, donde ahora se levanta una gran ciudad, volvería a crecer la hierba y a correr las comadreja y las martas. No, no hay que hacer a este mundo cómico el honor de tomarlo en serio.

Al otro día me despedí después de la comida, prometí volver y subí a un tren. Esta noche, hacia las nueve, habrá terminado mi segunda conferencia y estaré libre durante tres días. ¡Ah, estas estaciones! ¡Estos sucios y oscuros andenes, estas escaleras llenas de personas tristes, apresuradas, temerosas, estas tontas barreras, estas ridículas ventanillas tras las cuales hay un hombre que recoge sus naipes con las gafas sobre la nariz! ¡No tomar nada en serio!

El autobús del hotel de Augsburg me dejó ante unas puertas giratorias de cristal, dentro sonaba la música de la hora del té, este agudo invento de las generaciones actuales para evitar también en los momentos de paz y descanso el trabajo de hablar, de observar, de pensar, de ensimismarse. Fui a recepción, me dieron una llave, un botones me acompañó, todo a mi alrededor era muy moderno, restaurante, vestíbulo, guardarropía. El botones fue conmigo hasta el primer piso, abrió las puertas del ascensor, y de repente me encontré en un amplio y antiguo palacio, con regios y

silenciosos pasillos, puertas altas y macizas sobre las cuales había sendos escudos tallados y pintados, mía escalera feudal. Me abrió una puerta y vi una habitación muy hermosa, de techo alto, cuya ventana daba a un verde invernadero. Con alegría tomé posesión del hotel más original y bonito que viera jamás en una ciudad alemana de medianas proporciones. El teléfono de la habitación era lo único que me estorbaba, estos aparatos son peligrosos. Bueno, en un caso de apuro podía desconectarlo o hacerlo pedazos. Sin embargo, primero lo utilicé para anunciar a mi patrocinador que había llegado el artista de la velada. Entonces descansé un poco, saqué algunas cosas de la maleta, me cambié de ropa y pedí leche y un coñac. Tenía el *Simplizissimus* en el bolsillo del abrigo y leí una de las cartas de viaje de Ringelnatz, que me gusta mucho; pero cuando llamaron a la puerta para llevarme a la conferencia, comprendí que había dormido durante un buen rato. Era de noche y hacía frío, me condujeron por una calle ancha y señorial hasta una sala de conciertos, esta vez no conseguía ponerme a tono con la situación y hacer funcionar el habitual aparato psicológico, pero no tardé en lograrlo, en pescar entre la multitud un rostro al que pudiera dirigirme, y a partir de entonces leí mis hojas con compostura, bebí algún sorbo de un agua excelente, y la representación terminó antes de que pudiera empezar a protestar interiormente contra ella. Vaya, esto sí que era una suerte. Corrí hacia mi salita de espera, me enfundé en el abrigo y encendí un cigarro. Ahora la gente me rodeó, me preparé para las acostumbradas cortesías, contento en el fondo de no conocer a nadie en la ciudad; y en aquel momento se me acercó una dama de encendidas mejillas, me miró riendo y me dijo en suabo: «¡Cómo!, ¿no me reconoce?». Era de la Selva Negra, de mi ciudad natal, había ido a la escuela con mis hermanas, y detrás de ella apareció su hija, una muchacha bonita y sonriente con las mismas mejillas ardientes, y los tres nos reímos y resolvimos continuar un rato juntos. Pero no tardé en observar que esta noche estaba algo soñoliento: un caballero me alargó uno de mis libros con el ruego de que escribiera una dedicatoria a su esposa. Yo acababa de pensar en Nuremberg y en que ahora, afortunadamente, sólo me quedaba esta ciudad por liquidar; escribí algo en su libro y se lo devolví con una sonrisa. El leyó y en seguida me enseñó la página de la dedicatoria. ¡Había escrito: «En recuerdo de la velada en Nuremberg»! Tuve que tachar y cambiar el nombre. Entonces fuimos a mi hotel para beber una copa de vino, y la dama de Calw habló de nuestra pequeña ciudad y ambos nos pusimos a hablar su dialecto, del que todavía podíamos acordarnos, y la hija nos miraba, encontrando cómicos a estos dos viejos; de pronto apareció y se unió a nosotros un nativo de Neuenbürg, y yo vi que aún continuaba estando en el centro de Suabia. Ya era tarde cuando subí la señorial escalinata y entré en mi habitación. En realidad era fácil ganarse el pan con semejantes conferencias. Sin embargo, no era el pan lo que me faltaba, sino el aire, y este aire, el aire de la vida, de la satisfacción, de la fe en mi profesión y en mis actos, tampoco soplaba en Augsberg, tampoco se me pagaría aquí

con estos honorarios. Por el contrario (y por eso ha equipado Dios a tenores y virtuosos con esta genial exageración de la vanidad), cuando el conferenciante de veladas literarias recorre las ciudades como tenor y bardo, la ocasión es óptima para que un artista culto y seguro de su propia importancia se convenza de su insignificancia y de la total intrascendencia de su persona y su especialidad. Da igual que los miembros del círculo literario oigan a Thomas Mann o a Gerhart Hauptmann, al barón Münchhausen o al tenor Hesse, a un profesor berlinés conferenciando sobre Homero o a un profesor muniqués sobre Matthias Grünewald, es exactamente lo mismo, cada una de estas especialidades es sólo un detalle de la muestra, un hilo del tejido, y la muestra se llama industria del intelecto y el tejido se llama explotación de la cultura, y ni el conjunto ni las especialidades por separado tienen ningún valor. ¡Señor, no permitas que pierda el humor, déjame vivir un poco más! ¡Y déjame también colaborar en alguna obra que tenga más sentido, más valor que toda esta feria! ¡Permíteme aportar mi grano de arena para que Alemania cierre por fin sus escuelas estatales, para que Europa trabaje enérgicamente en la disminución de su índice de natalidad! ¡En lugar de dinero por estas conferencias, en lugar del honor y las lisonjas, dame una bocanada de aire para respirar!

Los escépticos aseguran que todavía no se ha muerto nadie por tener el corazón destrozado. También niegan que un literato pueda morir por falta de aire. Como si un literato no pudiese respirarlo todo, destilar un folletín más de un gas o una fetidez cualquiera.

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido, y cuando salí para dar un vistazo a Augsburg me di cuenta de que era día de mercado. Nunca he aprendido mucha historia, sino que he obtenido todos mis conocimientos de los versos de los poetas, y del mismo modo que estaba más enterado de los secretos de Blaubeuren que los mismos profesores del lugar, gracias a Mörike, también en Augsburg me hallaba bien preparado gracias al recuerdo de los guardianes de la Corona de Arnim, y en Nuremberg por mediación de Wackenroder y E. T. A. Hoffmann. No necesito asegurar aquí que Augsburg es una ciudad muy hermosa. Pero algo encontré en ella que me gustó y me hizo bien de forma muy especial. En el mercado, donde se exhiben asombrosas cantidades de mantequilla, quesos, fruta, salchichas y otros productos, vi gran número de campesinos, en particular mujeres de campesinos e incluso algunos niños que todavía llevaban el viejo y auténtico traje popular. De alegría hubiese abrazado a la primera que vi, pero sólo caminé a poca distancia de ella por las viejas callejuelas. Corpiño estampado de flores pequeñas, mangas de original anchura, fruncidas en las muñecas con un cordón, una graciosa cofia, ¡oh, cómo me recordaba todo mis años infantiles y los mercados de ganado en Calw, donde cientos de campesinos y campesinas iban vestidos así y donde se podía reconocer con exactitud y desde lejos a los campesinos de las distintas comarcas por

el color de sus pantalones de cuero!

Mis últimas horas en Augsburg fueron las mejores. Tuve suerte en esta ciudad, y anoche había sido muy injusto con ella al confundirla con Nuremberg. Además de todo lo bonito y amable que me había ocurrido hoy, me reservaba aún una sorpresa especial. En Augsburg vivía un matrimonio que, después de leer un libro mío catorce años atrás, me había escrito y bautizado a su primera hija con el nombre de uno de mis personajes, y ahora este matrimonio se presentó, me invitó a comer, se tomó la simpática molestia de ofrecerme una comida exquisita y entonces, con ayuda de un coche, me enseñó en pocas horas lo más bello e importante del Augsburg antiguo. A pesar de que me avergonzaba deber todo este cariño y atención a un libro que ahora me parecía insoportable, fueron unas horas encantadoras. ¡Ah, cuántas cosas bellas y extraordinarias me fue dado contemplar en esta ciudad de fábula! En la sacristía de St. Moritz hay una colección de viejas casullas de una opulencia que uno cree encontrarse en Roma, y en una capilla contigua hay cuatro obispos sentados, no de madera o de piedra, sino sus mismos cuerpos, momificados, vestidos de pontifical. Lo más hermoso en mi opinión fue la puerta de bronce de la catedral, pero el interior de este venerable templo me ofreció algo más. Vi a un hombre de aspecto rústico, con una gran barba rubia, vestido de un verde desteñido y con una mochila en la espalda. Entraba en la iglesia justo delante de mí, y entonces lo vi avanzar por la imponente nave como si buscara algo, y cuando lo encontró, se arrodilló ante una capilla, con la cabeza descubierta y los brazos en cruz y empezó a rezar; rezaba con los ojos, con la boca, con las rodillas, con los brazos extendidos y con las manos abiertas, rezaba con el cuerpo y el alma, ciego y sordo para el mundo, sin percatarse de nuestra presencia, de los curiosos venidos a este lugar sacrosanto para buscar bronce romanos y ventanas góticas en lugar de buscar a Dios. Este hombre inmerso en su plegaria y las mujeres vestidas con trajes de campesina son las imágenes que gané en Augsburg para mi libro ilustrado más íntimo y eterno, y no la sala dorada ni los altivos palacios y fuentes ni todo el boato.

Al atardecer partí hacia Munich, donde me esperaban varios días para descansar, ordenar el conjunto de imágenes y lamentar que aún tuviese que ir a Nuremberg. Una tarde me resultó casi peligrosa, porque visité al director del Park Hotel, quien me había conocido en otros lugares de esta tierra como un amigo del buen vino, y ahora se empeñó en ofrecerme algunas botellas escogidas de su bodega. Al final, ya que soy un bebedor pero no estoy acostumbrado a grandes cantidades, tuve que hacer un pequeño esfuerzo, pero todo acabó bien. Y entonces —si es que no fue una agradable ilusión de mi ligera embriaguez— apareció de pronto mi anfitrión y amigo de Baden junto al Limmat, quien se rió y brindó conmigo. A fin de no descuidar mi educación, otro día fui a la redacción de un gran periódico, pero no me sentí a gusto en este lugar y no resistí más de un cuarto de hora. Pero no puedo contar demasiadas cosas de

Munich, allí he tenido siempre remordimientos de conciencia, pues viven en esta ciudad gran número de personas que en otro tiempo me conocieron bien y por las cuales siento afecto. Hubiese debido visitarlas a todas, pero la empresa era demasiado grande y, ¿qué hubiera obtenido de ella? Treinta personas me habrían preguntado amistosamente si me encontraba bien, qué hacía, si estaba contento de mi vida, mi salud, mi actividad, y formulado otras preguntas penosas, y yo habría tenido que sonreír amistosamente, y asentir con la cabeza, y esto es terriblemente fatigante. Sin embargo, vi a algunos de los que puedo considerar mis amigos, pero no en sus casas, junto con sus mujeres y niños, sino a solas en una bodega o taberna, y hablamos de la depresión económica, de los años pasadas, de los veranos en el lago de Constanza, de los viajes a Italia, de los amigos caídos en la guerra. Mi humor no era muy bueno aquellos días, y no sólo porque ya estaba harto de literatura y porque hubiese dado mucho para no tener que ir a Nuremberg, sino también por otros motivos.

Mi viaje se aproximaba lentamente a su fin, en seis semanas había cubierto con mucha calma la distancia entre el Tesino y mi etapa final, y aún no había tenido tiempo de formularme la pregunta que llenaba mi corazón: ¿qué pasará ahora? ¿Qué has encontrado y obtenido en tu viaje? ¿Volverás de nuevo a tu trabajo y tu aislamiento, podrás quedarte sentado y con los ojos doloridos en tu biblioteca, o emprenderás alguna otra cosa? Y esta cuestión seguía sin solucionar. Había pronunciado conferencias, disfrutado del cariño y de sinceras charlas con los amigos, bebido buen vino aquí y allí y pasado horas agradables en ambientes cálidos y amistosos, mantenido a raya a lo insoportable, olvidado mis males en la contemplación de edificios antiguos (las bóvedas de crucería góticas son las que me producen el efecto más embriagador), sentido también algunas veces, en los momentos de cansancio provocado por una charla excesiva, una pasajera nostalgia por mi lejana ermita —pero nada había cambiado, nada se había solucionado—. El peso de esta situación se dejaba sentir más y más, y cuando por fin me dirigí a Nuremberg, lo hice con un humor desabrido y huraño, y el hecho de que fuese a pesar de todo, de que me sintiera obligado a este estúpido heroísmo, en lugar de zafarme del asunto con un telegrama, fue algo de lo que ahora tendría que arrepentirme. Porque Nuremberg fue una gran decepción para mí.

Viajé en un día desapacible, de lluvia y nieve; volví a pasar por Augsberg, vi la catedral y St. Moritz elevándose sobre la ciudad, y entonces llegamos a comarcas desconocidas, y en el último tramo empezó un paisaje agreste, solitario y magnífico, con bosques de pinos cuyas copas eran sacudidas por la tempestad de nieve. Era hermoso y estaba lleno de misterio, pero también oprimente y sobrecogedor para un hombre del sur como yo. Si seguimos así, pensé, veremos más y más pinos, más y más nieve, después Leipzig o Berlín, y muy pronto Spitzbergen y el polo Norte. ¡Dios mío, si hubiera aceptado también la invitación de Dresden! No podía ni pensarlo. Sin

ello el viaje ya era bastante largo, espantosamente largo, y me alegré cuando llegamos a Nuremberg. En secreto había esperado de esta ciudad gótica toda clase de maravillas, había soñado encuentros con el espíritu de E. T. A. Hoffmann y el de Wackenroder, y quedé defraudado. La ciudad me causó una impresión terrible, de lo cual, naturalmente, no tiene la culpa la ciudad, sino únicamente yo. Vi una ciudad antigua y encantadora, más rica que Ulm, más original que Augsburg, vi San Lorenzo y San Sebald, vi el Ayuntamiento con su patio, donde se eleva el pozo de gracia tan indescriptible. Vi todo esto, y todo era muy hermoso, pero lo rodeaba por doquier una ciudad comercial grande, dura, aburrida, rebosante de automóviles, de motores ruidosos, todo temblaba bajo el ritmo de otro tiempo, un tiempo que no construye bóvedas de crucería y no sabe levantar pozos bonitos como flores en patios silenciosos, todo parece estar a punto de derrumbarse de un momento a otro, pues ya no tenía utilidad ni alma. ¡Cuántas cosas bellas y deliciosas vi en esta ciudad demente! No sólo las célebres, como las iglesias, las fuentes, la casa de Durero, el castillo, sino también gran cantidad de aquellas cosas pequeñas y fortuitas que en el fondo me gustan más. Una botica, llamada de la Bala, donde me compré un nuevo recipiente para bañarme los ojos, una casa antigua y hermosa en uno de cuyos escaparates había un pequeño cocodrilo disecado saliendo de la cáscara, y otras cosas por el estilo. Pero todo lo vi envuelto en los gases de estos malditos vehículos, todo vibrando con una vida que no puedo calificar de humana, sino de endemoniada, todo dispuesto a morir, dispuesto a convertirse en polvo, nostálgico de desmoronamiento y destrucción, asqueado de este mundo, cansado de existir sin objeto, de ser bello y carecer de alma. Tampoco me compensó la amabilidad con que fui recibido en el círculo literario ni el suspiro de alivio que exhalé al final de mi última conferencia (en mucho tiempo, tal vez para siempre). Todo era desconsolador. En el hotel, una calefacción excesiva que no se enfrió en toda la noche, y la imposibilidad de abrir la ventana y oír el ruidoso tráfico de las calles; y para colmo aquel aparato en la habitación, un teléfono, que después de una noche de insomnio y con terribles dolores, destruyó por la mañana mi última hora de descanso. ¡Hombres, no me atormentéis así, dadme antes una muerte rápida!

Mientras tanto, el observador que hay en mí presenciaba esta situación con su calma acostumbrada, curioso por saber si yo explotaría esta vez o lograría contenerme. El observador que hay en mí (un personaje que no aparece en esta narración), que no tiene nada que ver con los sufrimientos y alegrías del bardo viajero y que se limita a observar, estaba presente y tal vez algún día hablará con más imparcialidad de estas experiencias. Hoy habla solamente el tenor viajero, el hombre accidental que hay en mí y que vive y sufre lo accidental.

Precisamente en Nuremberg, donde me imaginé a mí mismo nonagenario y moribundo, donde no tenía otro deseo que dejarme enterrar, precisamente aquí estuve

en contacto con gente en su mayoría joven. Uno de ellos, un estudiante, me confundió después de la conferencia. Me pidió que escribiera algo en su libro, y como a mí no se me ocurría nada (¡qué hubiera podido ocurrírseme en tales circunstancias!), me propuso que le escribiera algunas palabras griegas, mía cita del Nuevo Testamento que aparece en uno de mis libros. Hacía más de veinte años que no dibujaba una letra griega; ¡sólo Dios sabe cómo debió quedar la inscripción! Otro muchacho, con el que pasé la mayor parte de mi breve estancia en Nuremberg, era un joven poeta. Ya había ganado mi simpatía hacía algún tiempo, en parte por un inteligente artículo sobre mí, en el que describía muy bien la inutilidad de mis ensayos poéticos y sus causas, y en parte por una pequeña poesía cuyo héroe es el poeta Grabbe y que posee un verdadero encanto. Este joven poeta me acompañó por todo Nuremberg, se sentó pacientemente a mi lado, aunque abstemio, en las tabernas nocturnas, y con su rostro agradable y sus manos pequeñas y delicadas se me aparecía en algunos momentos como un ángel cuya misión era protegerme en esta ciudad de cualquier extremo.

Pese a ello, yo me sentía realmente indeciso y perdido, y sólo comprendía una cosa con claridad, que debía marcharme lo antes posible. En Munich tengo un amigo, uno de los buenos y dignos de confianza, y fue a él a quien telegrafíé para decirle que me era imposible continuar aquí y que me esperase en Munich con el siguiente tren expreso. De algún modo volví a meter todas mis posesiones en la maleta, de algún modo abandoné el hotel y llegué a la estación, y partí extenuado, pero feliz de haber decidido marcharme de Nuremberg, que parecía consagrado a la destrucción. Era un buen rápido, que hasta Munich no se detuvo en ningún lugar, pero así y todo duró mucho y fue casi insoportable, por lo que llegué a Munich con noventa años a cuestas, el cerebro destrozado, los ojos ardientes y las rodillas temblorosas. Este momento fue tal vez el más hermoso de mi viaje. Ya estaba de nuevo en Munich, todavía con vida, había cumplido mis obligaciones y ya no necesitaba pronunciar jamás otra conferencia. Y allí se encontraba mi amigo, alto y fuerte, con ojos sonrientes; tomó mi maleta y, en vez de largas preguntas y explicaciones, me dijo que irnos conocidos nos esperaban en la taberna. Yo hubiese preferido subirme a una cama, pero también la taberna era buena idea, y accedí. Diversos corifeos de la literatura y la crítica nos esperaban ante una mesa, y fue decantado un Mosela verdaderamente noble; oí las conversaciones y discusiones más interesantes y me sentí muy contento, pues todo esto no me concernía en absoluto, no exigía nada de mí, se limitaba a ser interesante, y yo podía estar allí sentado, mirar los rostros inteligentes y excitados, beber el Mosela y sentir cómo se aproximaba el sueño, y si me venía de gusto, mañana podía dormir hasta tarde, todo un día, todo un año, todo un siglo, nadie pretendía nada de mí, ningún tren silbaba para mí, ningún pupitre de conferenciante estaba iluminado y adornado con la botella de agua en espera de mi persona, ni tenía que dibujar letras griegas o de otra índole.

En casa de mi amigo, situada en pleno campo y lejos del centro de Munich, permanecí aún muchos días, a fin de reponerme y estudiar la técnica del viaje de regreso. Aquí me remordió la conciencia y, consciente de mi temor a la vuelta, me decidí a hacerme enviar la correspondencia. Llegó el montón de sobres, que requirió varios días de trabajo, y entre todo lo insignificante había también algo de interés, como una carta bastante larga de aquel joven poeta a quien había tenido que devolver su manuscrito. Entonces me resultó algo desagradable su misiva de falsos halagos, pero ahora me recompensaba con una sinceridad inigualable y me hacía saber con acertadas expresiones, seleccionadas con fuerza y cariño, lo indeciblemente necio, pueril y antipático que yo siempre le había parecido. ¡Bravo, joven hermano poeta, continúa por este camino! Sinceridad, y no un lenguaje florido es lo que esperamos de la literatura joven.

Mi amigo bávaro más querido consiguió sacarme por una noche de su aldea de la Alta Baviera para una buena y cordial velada que nunca olvidaré. Ahora que volvía a ser un hombre privado, mi actitud hacia la literatura era más ingenua, y me atreví a hacer lo que he hecho muy pocas veces en mi vida: acercarme personalmente a algunos colegas. Pasé un rato no improductivo con Josef Bernhart; un protestante y un católico no pueden avenirse más que nosotros aquella noche. Estuve en casa de Thomas Mann, pues quería demostrarle que mi antiguo amor por su estilo no había desaparecido, y además sentía deseos de ver cómo le iba a este hombre que ofrece a su trabajo tanta fidelidad y solidez, y que no obstante parece conocer tan profundamente las incertidumbres y desesperaciones de nuestra profesión. Hasta muy entrada la noche estuve sentado a su mesa, y él condujo la conversación elegantemente y con estilo, de buen humor, un poco cordial y un poco burlón, protegido por su bella casa, protegido por su inteligencia y buenas formas. También estoy agradecido por esta velada. Y ahora sentí deseos de ver asimismo al hombre que escribe las cartas de artistas en *Simplizissimus*, Joachim Ringelnatz, y él tuvo la amabilidad de venir una tarde y bebimos en el Ratskeller toda clase de buenos vinos y nos sentimos satisfechos. Cuando nos separamos, cogí el tranvía y me fui a casa, estaba cansado y me acosté; en cambio Ringelnatz empezaba a trabajar a esta hora, debía presentarse en su oficina, y no lo envidié por ello.

En Nymphenburg me sentí muy bien y fui objeto de mimos, pude pasar el día entero lavándome los ojos con agua fría o paseando bajo los viejos y solemnes árboles, cuyas hojas marchitas, nuestras pequeñas hermanas, se escapan caprichosamente con el viento. A menudo las seguía con la mirada, triste, pero también a menudo las miraba y me reía. Como ellas, yo también me escapo, hoy hacia Munich, mañana hacia Zurich, y después en sentido inverso, en el intento, por el impulso de escapar del sufrimiento, por el impulso de aplazar un poco más la muerte. ¿Por qué se defiende uno así?, me angustiaba. Porque éste es el juego de la

vida, me reía.

Y porque reír me parecía algo bueno y muy deseable, pregunté a mi amigo si había actualmente en Munich un cómico verdadero y clásico como los que conociera en ocasiones anteriores. Pues sí, mi amigo sabía de uno, se llamaba Valentín, y buscamos en el periódico y nos enteramos de que por las noches representaba en un teatro su pieza *El caballero bandido de Munich*. Y una noche fuimos. En el pequeño teatro se presentaba hasta las diez una obra de Strindberg, y después le tocaba el turno a Valentín. Actuaba con una reducida compañía en *El caballero bandido de Munich*, una pieza maravillosa, de una extraordinaria comicidad. El objeto de la obra era dar oportunidad a Valentín de hacer su guardia como centinela con un largo sable y decir o hacer cosas cómicas. Muchas veces era también triste hasta las lágrimas, por ejemplo, cuando se sentaba sobre la muralla de la ciudad en el frío atardecer, tocaba el acordeón y pensaba en su juventud, en la guerra y en la muerte. O cuando, pensativo, contaba durante largo rato un sueño suyo en que era un pato y había estado a punto de comer un gusano muy grande. En este punto se pretendía aludir, en la forma más simple, a la insuficiencia del entendimiento humano. Este pasaje trágico era saludado, como el del acordeón, con atronadoras carcajadas: nunca he visto un auditorio más divertido. ¡Cuánto les gusta reír a los hombres! Corren desde puntos lejanos de la ciudad, en la noche fría, pagan dinero, esperan largo rato, no entran en el teatro hasta la medianoche, y sólo para poder reír durante una hora. También yo me reí mucho; por mí, la pieza hubiese podido prolongarse hasta la mañana siguiente. Dios sabe hasta cuándo no volveremos a reír. ¡Y cuanto más grande es el cómico, tanto más terrible e impotente aparece nuestra necedad y nuestra necia y afligida incomunicación en la fórmula cómica, y tanto más hay que reír! Detrás de mí, entre los espectadores, había una mujer joven que apoyó los dos codos sobre mis hombros. Yo me volví porque pensé que tal vez se había enamorado de mí, pero sólo era la risa, la dominaba como a una poseída por el diablo. El recuerdo de Valentín pertenece a las cosas más preciadas de este viaje.

Pero ya había permanecido demasiado tiempo en Munich y sentado a la mesa de mí amigo. Sé un hombre, me decía una voz, y decídetes a partir. Ahora ya no era lo mismo que en Locarno, ahora la despedida ya no era fácil, ahora no viajaba hacia el mundo y no podía mirar a los que se quedaban con un sentido de superioridad, ahora se trataba de regresar a la jaula, al frío, al exilio. Pero la hoja se balancea en el viento y ha de ir donde éste la lleva. ¿Adónde me dirigiré ahora? ¿Cuántos días lograré aún posponer el regreso? Es probable que todavía viaje mucho, tal vez todo el invierno, tal vez toda la vida. Por doquier encontraré al final a este o aquel amigo, beberemos vino una noche, y también aquí o allí me encontrarán de nuevo a la hora del crepúsculo mis buenos espíritus y las cosas sagradas de mi juventud. Y por doquier tendría la elección de contemplar el viento frío y las hojas barridas con tristeza o con

risa. Quizá fuera cierto, como yo había supuesto de vez en cuando, que en mí se ocultaba algo parecido a un humorista, y entonces todo me saldría bien. Era sólo que aún no estaba del todo desarrollado, las cosas aún no me habían ido lo bastante mal.